



INOCENTE OBSESIÓN

VIRI VALLERA

Inocente Obsesión

Viri Vallera

Derechos de autor © 2024 Viri Vallera

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Contenido

<u>Página del título</u>
<u>Derechos de autor</u>
<u>Capítulo 1</u>
<u>Capítulo 2</u>
<u>Capítulo 3</u>
<u>Capítulo 4</u>
<u>Capítulo 5</u>
<u>Capítulo 6</u>
<u>Capítulo 7</u>
<u>Capítulo 8</u>
<u>Capítulo 9</u>
<u>Capítulo 10</u>
<u>Capítulo 11</u>
<u>Capítulo 12</u>
<u>Capítulo 13</u>
<u>Capítulo 14</u>
<u>Capítulo 15</u>
<u>Capítulo 16</u>
<u>Epilogo</u>

*Para ser felices se necesita eliminar dos cosas: el temor de un mal futuro
y el recuerdo de un mal pasado.*
Séneca

Capítulo 1

Se despertó alrededor de las cuatro de la mañana con treinta minutos, como venía siendo habitual últimamente desde hacía aproximadamente tres años, quizás un poco antes. La cosa es que, después de que las ganas de orinar la obligaran a levantarse, ya no volvía a pegar ojo, se desesperaba e incluso le molestaba seguir acostada en la cama, sentía como la espalda le comenzaba a doler, pero creía que era normal luego de haberse acostado a las ocho treinta de la noche.

Ya nada era igual, tenía treinta y siete años y prefería dormir que estar desvelándose, además de que de vez en cuando le salían achaques, como que las rodillas se le inflamaban o definitivamente no podía caminar cuando una pierna inexplicablemente le dolía si se apoyaba en ella o bien le dolían los hombros y se le hacía imposible mover demasiado el brazo. No sabía si aquello era normal, era cosa de la edad o simplemente era defectuosa por genética de sus padres que eran hipertensos; su abuela paterna con diabetes, mientras que la materna murió de infarto antes de que la conociera. Su abuelo materno, apenas y caminaba por culpa de las rodillas, el pobre estaba muy enfermo y aunque se había operado para sentirse mejor, no tuvo mucha mejoría, seguía quejándose de dolores día y noche. Su otro abuelo paterno, terminó con demencia senil y su bisabuelo también padeció lo mismo, así que Viviana temía pasar por lo mismo cuando fuera mayor.

A sus treinta y siete años seguía soltera y viviendo en casa de sus padres, nunca vio la necesidad de irse de allí. Se sentía bien con ella misma aun habitando bajo el techo de sus progenitores y la mayor razón de peso para continuar allí era porque su madre padecía del corazón y luego de que les diera un susto, Viviana decidió no irse, pensó que era mejor quedarse con ellos.

Esa mañana, no le dolía nada y se alegraba de que su cuerpo hubiera decidido comportarse de manera decente. Como cada día, se dio una ducha antes de comenzar a arreglarse para ir a dar clases. Viviana era maestra de historia, ese día le darían la bienvenida a una nueva colega que impartiría clases de literatura y como era de esperarse, los citaron con algunos minutos de antelación para darle la bienvenida a la nueva profesora.

Una vez lista, bajó a desayunar con sus padres y se marchó en su auto rumbo a la escuela faltando cinco minutos para las siete. Le gustaba llegar antes de la hora acordada, era algo que su padre le había enseñado, sobre todo, para que de esa manera no fuera con prisas y fuera con cuidado.

En su recorrido habitual rumbo a la universidad, el tráfico estaba inusualmente lento. Poco después descubrió el motivo del porqué se había hecho el embotellamiento. A alguien se le había pinchado una llanta a medio camino y tuvo que avanzar de ese modo unos metros hasta encontrar un lugar en donde orillarse cuidadosamente.

Genoveva maldijo en voz alta cuando se dio cuenta de que se había pinchado; ella no tenía idea de cómo cambiar una llanta y, para colmo de sus males, los automovilistas que iban detrás de ella la estaban volviendo loca con sus pitidos, exigiéndole de esa manera que se apresurara a salir del carril para que les permitiera retomar su camino con normalidad.

Lo que más le fastidió del asunto es que nadie hasta ese momento se había ofrecido a ayudarle, todos pasaban y pasaban y ninguno se detenía a auxiliarle una vez que se orilló para no seguir retrasando a los vehículos.

Frustrada, miró la llanta trasera de su auto. De no encontrar pronto quien la ayudara, tendría que dejar su coche allí e irse en un taxi. Más tarde se encargaría de llevarlo a un mecánico para que le ayudara.

Genoveva era nueva en la ciudad, así que no conocía a nadie, mucho menos tenía el contacto de un buen mecánico y el momento de hacerse con uno bueno llegó mucho antes de lo esperado. Continuaba peleando por su mala suerte, cuando alguien detuvo su auto justo detrás del de ella y, cuando creía que sería un hombre para ofrecerle su ayuda, del vehículo bajo una mujer aproximadamente de su misma edad, de cabello castaño claro, lacio, cayendo por encima de sus hombros, pantalón de vestir de color negro, blusa blanca y zapatos de tacón bajo.

A Genoveva se le antojó que era tipo ejecutiva o algo parecido por su manera de vestir y por el aroma de su perfume que la invadió de inmediato; era una mezcla entre jazmín, sándalo y madera. Olía bien y se veía en muy buenas condiciones. No era gorda ni flaca, tenía las medidas justas, con todo en su lugar.

— ¿Puedo ayudarle? — le preguntó Viviana a la mujer que la había divisado rápidamente de pies a cabeza en menos de un segundo.

—No lo sé. ¿Sabe de algún mecánico para que pueda cambiar mi llanta? — quiso saber Genoveva con algo de frustración al estar casi segura de que aquella mujer lo menos que sabía era de mecánicos y que si su auto estaba en condiciones debía ser por su marido.

—Está de suerte.

— ¿De verdad?

—Sí.

— ¿Puede llamarlo para que venga?

—Tiene delante de usted a la persona que le ayudará a cambiar esa llanta ponchada — dijo, desabotonándose la blusa de las muñecas, mientras Genoveva la miraba con incredulidad —. ¿No me cree? Ya verá que sí la cambio — dijo con toda seguridad.

Viviana fue a su auto luego de arremangarse las mangas, se ató el pelo en una cola, se puso una enorme playera oscura sobre su impoluta blusa blanca, para enseguida volver con Genoveva y pedirle que le hiciera el favor de darle el maneral y un gato para comenzar a hacer su trabajo.

—No tengo gato — le informó Genoveva —. Solo el maneral.

—No te preocupes yo tengo uno, así que no habrá problemas — dijo yendo de inmediato por el suyo, que se encontraba en la cajuela de su auto.

A Genoveva le asombraba la seguridad y el cambio que aquella mujer sufrió al decirle que le ayudaría con la llanta. Su rostro femenino había quedado de lado para dar paso a uno más rudo y a Genoveva le agradó.

Viviana colocó el gato en la posición correcta y comenzó a alzar el vehículo. Una vez que la llanta quedó en el aire, comenzó a sacar el primer birlo. Por un momento, Genoveva creyó que no lograría aflojarlo, pero luego de unos momentos lo consiguió, dejándola con la boca abierta, porque sus brazos delgados y muñecas no parecían tener la fuerza suficiente como para aflojar algo como eso.

— ¡Qué fuerte eres! — exclamó Genoveva sin salir aun de su asombro.

—Para nada — dijo mirándola mientras continuaba agachada, tomándose un momento para continuar con el segundo.

—Por supuesto que sí, yo no sería capaz de hacerlo nunca.

—Es cuestión de mañas y práctica. Cuando le dije a mi padre que quería aprender a manejar, me dijo — se tomó un momento para mirar a Genoveva a los ojos —. Te voy a enseñar,

pero antes de eso, tendrás que aprender a cambiar una llanta y cuando lo hagas, no tendré problemas en hacerlo. Yo le dije que era injusto y solo una excusa para no hacerlo — continuó sacando birlos —. Él se tomó la tarea muy en serio y cada tarde que teníamos libres, él me ponía a aflojar birlos.

— ¿Cuántos días pasaron antes de que aflojaras el primero? — se interesó en saber Genoveva.

— Como dos semanas aproximadamente. Pero lo conseguí.

— Y después de eso te enseñó a manejar.

— Eso solo fue el comienzo; me mostró como poner el gato, como ser capaz de sacar la llanta de refacción y demás antes de que por fin me dejara tomar el volante. Decía que debía aprender como mínimo a cambiar una llanta por mí misma si llegado el momento no había quien lo hiciera. En su momento me pareció injusto, ahora le estoy muy agradecida.

— Y yo también, dale las gracias de mi parte.

— Por supuesto.

Unos minutos más tarde, Viviana había terminado y tenía las manos bastantes sucias, además de que había terminado un poco sudorosa, haciendo que Genoveva se sintiera bastante avergonzada por haberle dado semejante molestia. De haberse encontrado en una situación en la que no tuviera que llegar a su nuevo trabajo, la invitaría a beber algo y no es porque fuera alguien bonita, no lo era, tampoco era fea, sino que tenía un rostro anodino, su personalidad y las cualidades que había visto, la hacían una mujer interesante, además de que su aroma y manera de vestir la habían cautivado.

— Muchas gracias, no sé lo que hubiera hecho si usted no se hubiera comedido a ayudarme y no sé cómo pagarle lo que ha hecho por mí. Me encantaría invitarle a algo de beber, pero tengo que ir a trabajar y acabo de llegar a la ciudad.

— No se preocupe, vaya sin cuidado. Yo tampoco hubiera tenido tiempo de acompañarle. También tengo que ir a trabajar.

— Y ahora por mi culpa se ha ensuciado las manos y transpirado.

— No se preocupe, ya me limpiaré con toallas húmedas y pondré el aire acondicionado del auto.

— Nuevamente, muchas gracias — dijo tendiendo su mano para estrechar la de Viviana.

— De nada — manifestó ofreciendo su antebrazo en lugar de su mano sucia —. Que tenga buen día.

— Igualmente.

Genoveva subió a su auto y poco después retomó su camino, mientras Viviana se limpiaba las manos religiosamente, para después quitarse la playera, acomodarse la blusa, subir al auto y encenderlo; prender el aire acondicionado y empezar a refrescarse, para poco después soltarse el cabello y acomodárselo un poco con los dedos.

Viviana había sido muy consciente de las miradas que la mujer que acababa de ayudar le había dedicado. No le extrañó, la mayoría de las mujeres que la veían cambiar una llanta la miraban con asombro solo por hacer algo sencillo como eso.

Viviana sabía que no era lo que se dice una mujer guapa o atractiva. Hacía años que no se fijaba en ninguna mujer, tras lo ocurrido con Nerea había cerrado su corazón y sus ganas de volver a enamorarse se quedaron como en el fondo del mar, cubiertas de sarro y corales. Aunque a veces no podía evitar mirar a las mujeres bonitas, pero eso era todo lo que hacía. Sabía que esas mujeres no estaban a su alcance y la mujer que había acabado de ayudar sin duda era una de esas, bonitas, sin embargo, no para ella y tampoco quería complicarse la vida otra vez con ilusiones

tontas. Eso había estado bien cuando era más joven y aquella mujer no la volvería a ver jamás en su vida.

Mientras que Genoveva había buscado en la mujer que le cambiaba la llanta algún anillo de matrimonio, no encontró nada, así como tampoco señales que indicaran que era madre de familia. No había nada que le hubiera dado una pista de lo que era aquella mujer. En resumidas cuentas, estaba segura de que sus caminos nunca volverían a encontrarse.

Capítulo 2

Viviana llegó justo a tiempo y estacionó en el lugar de siempre, sus clases iniciaban a las ocho de la mañana, pero antes tenían la bendita reunión para darle la bienvenida a la maestra de literatura, así que no tendría que ir corriendo hacia su aula para iniciar su jornada, que culminaba a las seis de la tarde.

Genoveva estaba feliz de encontrarse en una nueva institución como aquella. Era una de las mejores universidades y su sueldo, por supuesto, sería mucho mejor que el anterior que tenía y estaba feliz de encontrarse allí, iniciando una nueva etapa. Solo esperaba que los demás colegas no fueran unos estirados.

Viviana se dirigió a la sala de reuniones, en donde ya se encontraban varios profesores. Dio los buenos días apenas entrar y, justo detrás de ella, entró la mujer que hasta hacía poco había acabado de ayudar a cambiar la llanta de su coche.

Viviana y Genoveva se miraron con desconcierto, no se saludaron ni dijeron nada y aparentaron no haberse visto antes. El director de la institución se dirigió hacia la recién llegada y le extendió la mano para saludarla.

—Bienvenida, maestra — le dijo el director.

—Muchas gracias.

—Colegas, ella es Genoveva Alcalá y será la nueva maestra de literatura.

Todos los reunidos allí estrecharon la mano de Genoveva y se presentaron con ella, incluso Viviana, que pareció un tanto seca al momento de devolver el saludo a la maestra de literatura, quien esperaba algo más cordial de su parte.

—Espero que se encuentre a gusto — le dijo el director a Genoveva.

—Seguro que sí.

—¿Ya ha visto todas las instalaciones?

—Aún no.

—Me gustaría mostrárselas yo mismo, pero tengo documentos que revisar — entonces la vista del director se paseó por la sala de reuniones y se detuvo en la profesora de historia —. Profesora Viviana, ¿sería tan amable de mostrarle las instalaciones a su colega?

—Por supuesto — respondió Viviana sin poder escapar.

Poco a poco la sala de reuniones fue quedando vacía, dejando únicamente a Viviana y a Genoveva solas en la elegante y sofisticada estancia. Ambas se miraron sin decirse nada, la profesora de historia mantenía el rostro serio, pero no pudo evitar sonreír cuando Genoveva enarcó una bonita ceja.

—Con que además de saber cambiar llantas eres una profesora de historia en esta universidad — dijo Genoveva.

—Creo que esa soy yo — respondió, pero ya no mostraba la misma seguridad y confianza que demostró cuando cambiaba la llanta.

Genoveva notó el cambio. Quizá se debía a que Viviana era de esas estiradas, o bien, le daba vergüenza de que ella ahora sabía su secreto, ese del que era capaz de cambiar una llanta.

Pero era todo lo contrario, Viviana estaba nerviosa de poder ser la guía de una mujer tan guapa como la profesora de literatura, aquella mujer que creyó y dio por hecho que no volvería a ver; no obstante, el destino se encargaba de ponérsela de nueva cuenta en su camino.

—Vamos o se nos hará tarde para iniciar nuestras clases.

Genoveva disfrutó del rápido recorrido que Viviana le dio por la universidad; era clara, breve y concisa a la hora de contarle sobre algo relacionado a la casa de estudios. Viviana había resultado una grata sorpresa para la maestra de literatura; su manera de ser, de hablar y lo poco que había visto de ella hasta ese momento, la tenía bastante interesada en su persona. Lo que más le llamaba la atención de ella, era su personalidad; esta vez no le había importado si era bonita o no, mucho menos si era delgada o tenía un buen aspecto físico. No, para nada; esta vez había sido diferente, sobre todo, porque la mujer en cuestión, continuaba dirigiéndose a ella con respeto.

Sin duda la universidad era enorme, con varias aulas, salas de estudio, biblioteca y una pequeña sala para eventos.

—Gracias por mostrarme el plantel y enseñarme el aula en que tengo que dar clases —expresó Genoveva, mirando los ojos color café que tenía delante de ella.

—De nada —respondió sosteniéndole la mirada a la de ojos verdes, que la hizo sentir un escalofrío—. Nos vemos luego.

Genoveva la vio alejarse y entrar a dos aulas más allá. Mientras que Viviana podía sentir la intensa mirada de ojos verdes clavada a su espalda. Si algo le gustaba a la profesora de historia eran las mujeres con ese tipo de color de ojos, sumándole que tuvieran rostro bonito, cejas delineadas y perfectas, como las de Genoveva, que, aunque a Viviana no le gustara mucho el nombre, en la profesora de literatura le venía sobrando si se llamaba Petronila, pues cualquiera le vendría bien.

La primera clase iba a comenzar y Viviana se preparó para recibir a los alumnos del primer semestre. Eran más hombres que mujeres, pero eso a ella no le importaba, su único trabajo era enseñar. Una vez que llegó el momento de iniciar la clase, se presentó e hizo saber sus reglas y el método que tenía para enseñar. Una vez que dejó eso en claro, dio inicio con la enseñanza.

Viviana era una profesora bastante querida entre el alumnado, no era la más relajada con sus alumnos, pero tampoco era una maestra insoportable. Sabían que cuando les otorgaba una prórroga para sus trabajos y no la cumplían, se veían en situaciones difíciles, pues no les concedía más tiempo del que ya se les había dado. Aun así, a menudo se tomaba la molestia de ayudar a todos aquellos que tenían problemas con sus trabajos y los ayudaba a salir adelante. Solo por eso, se ganaba el aprecio de aquellos que pasaban por su aula.

Así como esa mañana una joven quedó prendada de Viviana apenas la mirara y escuchara hablar apasionadamente sobre historia. Sus ojos color gris no pudieron evitar quedar hipnotizados por la mujer mayor, que vestía de manera formal y tenía un buen físico, además de que llenaba el aula con el aroma de su perfume.

Irene no apartó la vista de la profesora en ningún momento durante la hora que duró la clase. La maestra de historia la tenía cautivada por la manera de hablar y de verse tan segura a la hora de explicar.

Para Irene, Viviana se encontraba en una edad perfecta, en la que consideraba que ya tenía la vida resuelta y era dueña de tomar todas sus decisiones, y que nadie podía decirle qué hacer, además de que aún era joven, pero no lo suficiente para que la tomaran como una tonta o se burlaran de ella. Fue inevitable que Irene comenzara a imaginarse una vida con aquella mujer que veía por primera vez.

—¿Alguna duda? —preguntó Viviana a Irene al percatarse de que la joven llevaba mucho rato mirándola fijamente, causándole un escalofrío.

—No, ninguna —respondió con apenas voz.

—Bien, continuemos.

Cuando terminó la clase, Irene aguardó a que todos salieran del aula a la espera de poder acercarse a la profesora, que se había sentado detrás de su escritorio, colocándose unos lentes y leía atentamente algunas notas.

—Me ha gustado mucho su clase — soltó Irene, provocando una sorpresa en Viviana, que creía que ya se encontraba sola en el aula.

— ¡Dios! Me asustaste — manifestó viendo a su nueva alumna mientras se llevaba una mano al pecho.

—Lo siento, no era mi intención — dijo avergonzada, mientras nerviosamente sujetaba los tirantes de su mochila.

—Está bien, no te preocupes — trató de restarle importancia Viviana, regalándole una sonrisa a la joven para que dejara su nerviosismo.

Tras sus muchos años de experiencia dando clases, conocía cuando una persona estaba nerviosa, o bien le costaba mucho dirigirse a alguien, y la joven en cuestión parecía ser de esas.

—Me alegra que te haya gustado mi clase — continuó Viviana dándole toda su atención.

—Hasta mañana, profesora.

—Hasta mañana. ¿Cómo te llamas? — alcanzó a preguntarle antes de que se fuera.

—Irene.

—Nos vemos mañana, Irene.

Genoveva por su lado se encontraba bastante feliz dando clases en la universidad, le parecía mentira que luego de sus muchos esfuerzos ya se encontrara en el lugar donde quería estar desde hacía años, pero sus estudios se habían visto retrasados por culpa del corazón. Bien decía el dicho que primero lo que deja y luego lo que apendeja. En ese entonces Genoveva no lo vio de esa manera, se enamoró y se dejó envolver por el intenso y maravilloso sentimiento que la invadía en aquel entonces.

Tuvo dos años de noviazgo con Lucía y, después de ese tiempo, llevaron su relación a algo serio y decidieron casarse, cuando ambas aún estaban estudiando su maestría, al tiempo que trabajaban como maestras de preparatoria. Aquello en un principio parecía ir viento en popa, aunque luego de tres años de su matrimonio, Lucía comenzó a cambiar con ella e iniciaron las primeras peleas fuertes. Siempre habían discutido, pero nunca de una manera en la que las palabras hirieran más que cualquier golpe.

Un día, mientras Genoveva intentaba mejorar la relación de pareja, para dejar las peleas y las discusiones atrás, se llevó la sorpresa de su vida. La que en ese entonces era su esposa, su compañera y su todo, la estaba engañando con otra; en específico con una supuesta amiga, la cual daba clases en la misma escuela. Genoveva entendió en ese momento por qué su Lucía había cambiado y por qué se habían extinguido las demostraciones de amor y cariño hacia ella.

Aquello había sido como un puñal en su espalda y otro en su corazón. Más allá de la rabia, le dolía el alma, le dolía la traición de la persona que le prometió amarla para siempre en las buenas y en las malas, le engañaba de la manera que menos esperaba.

Lo que sucedió después fue el divorcio y, con ello, Genoveva se dedicó a beber, perder el juicio y la cordura por el engaño de la mujer que amó. Sí, fue su culpa haber perdido aquel tiempo de estudio, pero en ese momento lo que sentía era más fuerte que cualquier otra cosa que pudiera devolverla a la realidad. En el momento en el que tocó fondo, fue cuando la directora de la escuela en la que daba clases le puso un ultimátum. Genoveva sabía que la mujer había sido benévola con ella al no correrla por llegar a la escuela con resaca y, en muchas ocasiones, oliendo aún a alcohol, pese a que se vaciara casi los botes enteros de perfume y comiera mentos.

Sin embargo, aquello había quedado atrás y ahora volvía a ser quien era antes de su desastroso y fallido matrimonio. Desde entonces, solo se había dedicado a tener aventuras y nada más. No había vuelto a enamorarse, había clausurado su corazón y se encontraba bien sin preocuparse de tener alguna persona que pudiera estarle poniendo el cuerno.

No obstante, no podía de dejar de pensar en Viviana. Era algo extraño que luego de muchos años se tomara la molestia de dedicarle más de un pensamiento a una persona luego de tanto tiempo sin hacerlo. Pero es que la profesora de historia era algo singular, no era para nada el tipo de mujer con las que solía salir o gustarle; sin embargo, Viviana tenía algo que le hacía interesarse en ella. Así que se propuso intentar acercarse. No le daba miedo el rechazo, estaba segura de que, si lo hacía a modo de amiga, sabría descubrirla.

Cuando llegó la hora del almuerzo, Genoveva caminó hacia el aula en la que esperaba que Viviana aún se encontrara allí. Para su gran suerte, la profesora de historia continuaba sentada frente a su escritorio acomodando algunos papeles.

—Hola — saludó Genoveva haciendo que Viviana levantara la vista.

—Hola — le devolvió el saludo al tiempo que se quitaba las gafas de lectura.

A Genoveva le pareció interesante y mucho más inteligente.

—Me gustaría invitarte a comer — le dijo sin apartar la vista —, en agradecimiento por haberme ayudado a cambiar la llanta de mi coche y, así, me muestra algún sitio para comer por aquí cerca.

—No es necesario que me invites, con gusto te mostraré en donde suelo almorzar o beber un café.

Viviana pasó junto a Genoveva y dejó la estela de su perfume a su paso, el cual la maestra de literatura respiró, antes de seguirla para caminar junto a ella.

Irene se había apresurado para arribar al aula de la profesora de historia para invitarla a comer; sin embargo, había llegado tarde y sintió cierta desilusión al ver a Viviana caminar junto a la nueva maestra de literatura. Ambas parecían mantener una amena conversación y aquello molestó a Irene, ya que la mujer era madura y, sobre todo, guapa, poniéndola en una situación muy inferior a ella, que era aún muy joven, pero encontraría una manera de llegar a ella.

— ¿Es necesario ir en auto? — preguntó Genoveva cuando salieron al patio de la universidad.

—No, queda cerca.

Lo que Genoveva no sabía es que Viviana caminaba rápido, que seguir su ritmo le costaría mucho más de lo que imaginó y, lo que decía que estaba cerca, no era exactamente eso, al menos creyó que el lugar estaría al cruzar una calle o algo así, pero no fue así. No obstante, con el pasó tan veloz de Viviana, habían hecho aproximadamente cinco minutos en llegar a una pequeña cafetería que estaba a unas cuerdas en la que servían de todo un poco.

—Espero te guste — dijo Viviana como si nada cuando se dirigió a la mesa que ocupaba cada que iba.

Pero no se había dado cuenta, de que Genoveva apenas podía seguir caminando y respirar a la vez. La profesora de literatura volvía a estar impresionada por Viviana, que se acomodaba muy tranquila en la mesa de siempre y Genoveva se dejaba caer pesadamente sobre la silla.

—Parece que no estas acostumbrada a caminar — observó Viviana mirando el rostro rojo y algo sudoroso de Genoveva.

—Yo más bien diría que lo que hicimos fue correr — jadeo soplándose aire con la mano.

—Me parece que no estás acostumbrada a caminar — dijo intentando ocultar una sonrisa que asomaba a sus labios algo divertida por ver a la ojiverde azorada por la caminata.

—La verdad es que no — aceptó.

— ¿Y qué haces para mantenerte en forma? — quiso saber.

—Nada, heredé una buena genética — sonó casi presumida —. ¿Y tú?

—Yo trato de hacer ejercicio. Correr y llevar una alimentación balanceada.

—O sea, que mantienes una dieta rigurosa.

—En realidad no tanto, como de todo, pero sin pasarme.

En ese momento, llegó la señora que atendía. Viviana pidió pollo con ensalada y Genoveva ordenó lo mismo. Se quedaron en silencio y ambas aprovecharon para mirar su celular. Cuando estaban por dejarlos de lado, les llevaron la comida.

—Gracias — dijeron al unísono.

— ¿Quieres una toalla húmeda? — le pregunto Viviana a Genoveva cuando la vio que iba a comenzar a comer.

— ¿Eh? Sí, claro — dijo tomando la toalla que Viviana le dio.

Tras quedar con las manos limpias, comenzaron a comer. Genoveva se percató de que Viviana comía más lento de lo normal; era cuidadosa a la hora de masticar y de vez en vez daba un sorbo al vaso de agua que había pedido.

—Como de esta manera porque si lo hago más rápido la comida se me atora y es horrible la sensación que tengo en el pecho.

— ¿Y por qué te sucede eso?

—Según me dijeron los doctores, es por problemas de gastritis y reflujo, pero... — se encogió de hombros —. Quién sabe.

— ¿Y no has tomado medicina para ello?

—Sí, pero nada me hizo efecto. Unos días estoy bien y otros no tanto. Así que como despacio para evitar atorarme.

Cuando terminaron de comer y pidieron la cuenta, Genoveva fue muy rápida y le entregó un billete a la mujer, para que cobrara el almuerzo de las dos, mientras Viviana la miraba con indignación.

—No era necesario — le recriminó Viviana cuando salían del lugar.

—Ayudarme a cambiar la llanta no era necesario, al menos no era algo que muchos estuvieran dispuestos a hacer esa mañana en la que todos iban al trabajo.

Viviana no respondió nada, solo se limitó a caminar al mismo ritmo de antes y Genoveva la siguió así su corazón trabajara al doble; aquella inusual mujer la tenía más que interesada.

Capítulo 3

Viviana llegó a casa a eso de las siete de la noche. Su madre la recibió con un beso en la mejilla como era costumbre desde que apenas era una niña y llegaba de la escuela primaria y, a pesar de que ya hubieran pasado los años y Viviana fuera una mujer adulta, su madre seguía mirándola de la misma manera, dándole los mismos mimos que antes y Viviana no se negaba a los cariños de su madre. Estaba segura de que eran los únicos que iba a recibir y, sobre todo, debía aprovecharla todo el tiempo que fuera posible. Tanto sus padres como ella se iban volviendo viejos, en especial temía por su madre, que tenía un problema del corazón y Viviana, aunque no lo dijera, le asustaba que cualquier mañana su progenitora no despertara.

— ¿Cómo te fue, hija?

— Bien.

— ¿Vas a cenar?

— Algo ligero, lo de siempre. No te preocupes.

— ¿Comiste algo al mediodía?

— Claro que sí, mamá.

Subió a su habitación para darse un baño y cambiarse de ropa, le dolían los pies y se sentía cansada. Mientras estaba a solas en su cuarto, recordó a Genoveva y sus ojos verdes. Sin duda era una mujer guapa y atractiva, de esas por las que tenía gusto, pero que no estaban en su poder conquistar, porque simplemente hacía mucho tiempo que había dejado de buscar el amor o de intentar conquistar mujeres que no le harían caso o que simplemente la veían como una amiga.

Antes, cuando tenía aún veintitantos años, intentó ligar con varias mujeres de su edad, pero en ninguna causó el efecto que ellas le provocaron o cuando les hablaba de su atracción por ellas, simplemente desaparecían y no volvían a buscarla, o bien, le decían que solo la miraban como una amiga y nada más. Así que luego de su última decepción, decidió no volver a buscar nada, porque al final era solo ella quien se sentía decepcionada e insegura.

Ahora, ya no se preocupaba por eso del amor, su amor era destinado a sus padres y a una gata que tenía, la cual ya había ido a verla a su habitación.

— Hola, preciosa — la saludó Viviana cargando a su peluda mascota en brazos.

Fresa olía a fresas. Viviana bañaba a su gata una vez por semana, o bien, cuando su propia gata se lo pedía. Su hermana se la había regalado un día de su cumpleaños y fue muy feliz, porque aquel animalito la seguía a donde quiera que iba y cuando se quedaba sola en casa o en su habitación trabajando hasta tarde, Fresa estaba con ella haciéndole compañía.

— ¿Quieres comer? — le preguntó y la gata le contestó con un maullido.

Viviana solía hablar con Fresa más de lo que podía llegar a hacerlo con cualquier persona y la gata ronroneó cuando su dueña le acarició la cabeza. Poco después bajó con ella a la cocina para darle de comer.

— ¿Con qué te golpeaste ahí? — le preguntó su madre cuando descubrió a Viviana poniéndose ungüento en la espinilla, en donde lucía un moratón.

Viviana dio un brinco y miró a su madre de pie en la entrada de la puerta del baño, la cual había dejado abierta, creyendo que no iría por allí.

—Me golpeé cuando bajaba la refacción.

—¿Te ponchaste?

—No, es que ayude a una mujer a cambiar la llanta de su auto.

—¿Y no que no había pasado nada?

A menudo se le olvidaba a Viviana contar las cosas. No es que ella le diera mucha importancia lo que vivía día con día, aunque siendo sinceras, tampoco les decía a sus padres cuando se sentía mal, y eso era algo que hacía desde que era una niña. Sus progenitores se daban cuenta de su mal cuando se iba a acostar, eso era lo que los alertaba a preocuparse por ella, ya que era siempre muy activa y solo la enfermedad la hacía caer en cama, pero siempre sin quejarse.

—Se me olvidó decírtelo — dijo devolviendo el ungüento en su lugar —. El mundo a veces suele ser muy pequeño.

—¿Por qué lo dices? — inquirió su madre curiosa al escuchar la manera en que se expresó.

—Porque la mujer que ayudé a cambiar la llanta es la nueva profesora de literatura.

—Y lo bueno es que no hubo nada en tu día — le dijo su madre dándole un beso en la mejilla —. Sal de aquí que necesito usar el baño.

Genoveva se encontraba en su nueva casa aún con algunas cosas por desempacar, aun así, estaba feliz de que todo estaba saliendo como lo había imaginado. Lo de su llanta ponchada la había desanimado al creer que no llegaría a tiempo a la universidad, haciéndola quedar mal en su primer día, pero por suerte aquella singular mujer se detuvo para ayudarle y aún seguía pensando en ella, recordando lo particular que era Viviana.

A diferencia de Viviana, Genoveva era una mujer que no tenía familia, así que se movía sola por el mundo sin temor de dejar a nadie detrás. Ni siquiera tenía una pareja estable que la atara a algún lugar, era tan libre como el viento y ahora que había pasado la prueba del primer día, decidió firmemente que se quedaría en esa ciudad por dos razones o quizás tres.

La primera era que la universidad le había gustado, lo segundo era que la zona en la que vivía le gustaba, era tranquila y, sobre todo, se había dado cuenta de una cosa sin proponérselo. Ella y Viviana vivían en la misma colonia. La profesora de historia residía a una cuadra antes de llegar a la suya y se dio cuenta también de que la profesora era algo despistada, pues Viviana había estacionado su coche junto al de ella y cuando salieron al estacionamiento, la profesora de historia salió disparada a su paso veloz, haciendo que a Genoveva le fuera difícil alcanzarla.

No obstante, Genoveva siguió muy de cerca el coche de Viviana, ya que tomaron la misma ruta y de ese modo fue que descubrió que vivían cerca y que la profesora de historia era un ser muy despistado, pero que aun así no dejaba de llamarle la atención. Lo que más le seguía dando vueltas es que no era una mujer de belleza extrema o que se esforzara por verse bonita, no. Viviana no era de esas y algo en lo que Genoveva nunca había reparado, era en lo natural que debía de ser una mujer siempre, tal y como Viviana lo era.

Genoveva siempre trataba de mostrarse tal cual era, pero a la hora de fijarse en mujeres, ponía sus ojos en aquellas que se preocupaban demasiado en su apariencia y se la pasaban

pegadas a un espejo para asegurarse de que se veían bien a base de mucho maquillaje; en cambio, la profesora de historia, no parecía llevar maquillaje, mucho menos preocuparse por mirarse en un espejo, a ella solo le importaba tener las manos limpias y no oler mal.

Genoveva sonrió al recordarla ese día. Deseaba ser su amiga, porque no parecía ser el tipo de mujer que pregunta cosas apenas le das confianza o la oportunidad para hacerlo, pues, a la hora del almuerzo, ni siquiera se molestó en saber cosas de ella y, por primera vez, Genoveva deseó que Viviana preguntara, para de ese modo estar en la condición de poder preguntar; sin embargo, la profesora de historia se limitó a permanecer callada y a hablar lo necesario.

Al día siguiente, Genoveva volvió a estacionar en el mismo lugar que el día anterior y estaba por bajar de su auto cuando Viviana aparcó al lado derecho de donde ella había aparcado. Feliz de su fortuito encuentro, sonrió y bajó del coche poco antes de que la profesora de historia lo hiciera.

— ¡Hola! — saludó Genoveva causando cierta sorpresa en Viviana —. Buenos días.

—Buenos días. No me había dado cuenta de que había estacionado junto a tu coche.

—Creo que lo hicimos desde ayer.

— ¿De verdad?

—Sí, creo que andabas un poco despistada.

—Siempre soy despistada — dijo sonriendo, colgando su bolso en el hombro —. Te lo advierto por si alguna vez no me percató de ti o de algunas cosas.

—Anotado.

Genoveva se unió a la breve caminata que hacía Viviana hacia la casa de estudios todas las mañanas. La profesora de historia permitió que la otra mujer la acompañara, pues entendía que se sintiera aun fuera de lugar en la universidad, ella se sentiría igual de perdida si algún día decidiera cambiarse de ciudad.

—Ahora que me has dicho que eres despistada, te diré que vivo cerca de donde tú vives. Conduje detrás de ti todo el trayecto ayer por la tarde y ni siquiera te percataste de ello — le confesó con una sonrisa y en ese momento, Genoveva fue testigo de cómo Viviana se ruborizaba.

—Eso es para que no te quede duda de lo despistada que puedo ser.

— ¡Increíble! — manifestó Genoveva maravillada de lo diferente que era su colega —. ¿Te molesta si me uno de nuevo contigo para ir almorzar?

—No, para nada.

—Gracias, nos vemos más tarde — dijo alejándose para ir hacia su aula.

Viviana quería decirle que no, que le gustaba ir sola y estar sola, pero por supuesto que no quería ser grosera. Lo que sucedía es que Viviana tenía miedo de la cercanía de aquella guapa mujer, a pesar de que hace mucho su cuerpo y su corazón se habían enfriado, a veces y por momentos, quedaban rescoldos de que aún seguía viva y que podía sentir algo más que dolor y cansancio. Por eso es que temía de aquellos breves momentos en los que se permitía sentir más que cualquier otro día, en los que no era inmune a cualquier cara bonita.

Aun así, trató de sacudirse la sensación de malestar por querer deshacerse de Genoveva. Viviana se conocía a la perfección y sabía que, de pasar más tiempo con la profesora de literatura, crearía un vínculo y ese vínculo la llevaría a enamorarse de su colega. No era la primera vez que le pasaba, las veces que se enamoró le pasó lo mismo, incluso en su primer amor, pues a menudo estaba convencida de que le daban motivos y al final resultaba que solo era ella la que se fabricaba historias.

La última vez había llorado y puesto triste, después se miró en un espejo y comprendió

que no era el tipo de mujer que otras buscaban. No era bonita, tampoco era atractiva, ni sexy, no usaba maquillaje, ni nada parecido; al menos no era el tipo de mujer que atrae miradas y, si no atraía miradas, mucho menos iba a conquistar un corazón, porque para ser sincera, eso de que lo único que importa es el interior, Viviana lo consideraba una mentira para consolar a los desafortunados como ella. Sabía por experiencia que las personas debían de atraerse, que debía haber algo mutuo, recíproco para que funcionara, y ella, hasta el momento y las veces que lo intentó, no encontraba esa otra parte, esa persona que también se sintiera atraída hacia ella.

Algo agobiada entró al aula y se sorprendió de encontrarse con Irene, quien se hallaba de pie cerca de su escritorio a su espera. Así que tuvo que poner buena cara.

—Hola, buenos días — la saludó Irene alegremente, mientras que en sus manos sostenía un café, el cual ofreció a Viviana.

—Hola, jovencita. Buenos días — respondió, sin tomar lo que Irene le ofrecía.

—Es para usted.

Viviana no deseaba tomarlo, pensó que sería una grosería no aceptarlo, pero deseaba saber qué tramaba la jovencita con aquello. Si iba por un favor, ella no era de ese tipo de profesora.

—Gracias, no te hubieras molestado — argumentó tomando la bebida.

—No es ninguna molestia.

—Aún faltan algunos minutos para que empiece la clase.

—Lo sé, solo vine antes para darle el café.

—Muchas gracias — dijo nuevamente Viviana.

—De nada. Nos vemos otra vez en unos minutos.

Una vez que se quedó sola, Viviana dejó escapar el aire que no sabía estaba conteniendo por miedo a que Irene fuera a pedirle algo, pero dio gracias a Dios de que solo fuera a llevarle un café y no saliera con alguna otra cosa. Su mañana estaba empezando a no gustarle mucho y si de ese modo empezaba, no quería saber cómo iba a terminar.

Cuando la clase dio comienzo, Irene no despegó los ojos de Viviana, quien se sintió algo incómoda por su intensa mirada de ojos claros, pero no le dio mucha importancia y continuó dando su clase. No sabía qué podría traerle esa joven en manos, solo esperaba que pronto se le pasara la obsesión que tenía por ella.

Estaba por irse a comer, cuando Genoveva apareció saludándola de nuevo con un “hola” y con una cautivadora sonrisa de dientes blancos y perfectos.

— ¿Nos vamos? — le preguntó.

—Sí.

Como era de esperarse, Viviana no disminuyó el paso por solidaridad a Genoveva. La profesora de historia caminó como siempre lo hacía y la de literatura ya lo había visto venir. Pero lo agradecía, porque era una buena manera de ejercitarse.

—No te parecería mejor venir en un solo auto — el comentario que Genoveva le hizo por la tarde la tomó por sorpresa y dio un salto cuando se disponía a abrir la puerta del coche.

— ¡Me asustaste! — le recriminó Viviana algo irritada.

Genoveva estuvo a punto de sonreír, pero se contuvo al ver que la mujer que estaba a unos pocos metros de ella la miraba algo disgustada y le gustó mucho ver la manera en que su nariz se respingaba hacia arriba, al tiempo que se mordía la mejilla.

—Lo siento, no era mi intención.

Viviana no dijo nada y le dio la espalda, dispuesta a subir a su auto, fingiendo que no había escuchado lo que Genoveva le había dicho y haciéndose la olvidadiza por el susto llevado.

—Te decía que sería buena idea que viniéramos las dos en un solo auto, de esa forma contaminamos menos y ahorramos — continuó Genoveva.

Viviana hizo mil muecas antes de darle la cara a su colega.

—Estaría bien. Ya me lo pensaré.

—Me parece bien.

Viviana llegó de mal humor a casa, esa tarde se dio cuenta de que Genoveva fue detrás de ella durante todo el trayecto de regreso a su hogar. Sentía que su colega se estaba convirtiendo en un grano en el culo, aunque uno bastante bonito, pero a fin de cuentas un grano en el lugar indeseado y ella no estaba para granos.

Mientras que a Genoveva le gustaba estar con ella y hacerla enojar, se había dado cuenta de que a Viviana le agradaba estar sola. La profesora de literatura se dio cuenta de que la mayoría de sus colegas iban a otro lugar para el almuerzo; sin embargo, Viviana era la única que iba a la pequeña cafetería y ahora, muy a pesar de la profesora de historia, Genoveva la acompañaba.

Capítulo 4

Aunque Viviana hubiese querido y deseado con toda su alma que Genoveva se hubiera dignado de pegarse a otra persona, eso no sucedió. A pesar de que ya tenía una semana y se relacionaba con todos los profesores, ella seguía obstinada en pasar el almuerzo con la profesora de historia, aun así, agradeció que ya era viernes y no tendría que verse en la obligación de convivir un día más con ella.

No obstante, a la hora del almuerzo, Genoveva no podía soportar más el que Viviana continuara sin decir nada de su vida, así que intentó indagar qué haría su colega ese fin de semana.

— ¿Qué planes tienes para este fin de semana? — inquirió Genoveva llena de curiosidad.

— Nada en especial, estar en casa.

— Supongo que en compañía de tu pareja — manifestó, metiendo hilo para sacar hebra.

Viviana levantó la vista de su plato y miró a Genoveva, quizás esa era la oportunidad que tenía para quitársela de encima de una vez por todas. La profesora de Literatura quería saber sobre ella, entonces le dejaría saber de ella, tal vez así se alejara como las demás al enterarse de que era lesbiana.

— Soy soltera.

— ¿No ha llegado el hombre indicado?

— Más bien será la mujer indicada — dijo con malicia.

— ¿Y ya la tienes?

— No, tampoco — contestó volviendo a su comida algo irritada al ver que Genoveva ni siquiera se había inmutado ante aquella información.

Genoveva no indagó más, ya que vio su repentina muestra de mal humor. Al menos no se había equivocado al sentir esa sensación de que Viviana era tan lesbiana como ella.

— Pero me siento muy bien en el estado en el que me encuentro — habló luego de unos momentos para sorpresa de Genoveva —. Cuando tenía unos años menos, me preocupaba el no tener pareja, así que buscaba desesperadamente el amor y una pareja. Al final, ninguna de las mujeres con las que salí, me aceptaban. A pesar de las citas que teníamos, ninguna se convertía en mi novia. Al final, era yo quien terminaba sintiéndome mal y así que mejor opté por no volver a salir con nadie y evité preocuparme de muchas cosas. Fue lo mejor que he hecho en toda mi vida.

Genoveva no dijo nada, se quedó callada ante lo que Viviana le había dicho. Por una parte, la consideró cobarde, pero, por otro lado, tenía razón y, sin querer, le dejaba claro que no estaba interesada en tener una aventura.

A pesar de que era sábado, Viviana se despertó a la misma hora de siempre; se puso su ropa deportiva y salió a correr como cada mañana en la que no tenía que ir a dar clases. Ese era el inicio de su rutina de ejercicios, pues ese día era el único en el que podía ejercitarse, ya que el domingo era sagrado para ella y no movía ni un musculo, ni siquiera para ir de fiesta cuando la invitaban alguno de sus vecinos.

Viviana solía correr en la acera en la misma zona en la que residía, corría aproximadamente cuarenta minutos, aunque a veces poco menos, la mayoría de las veces trataba de que fuera ese tiempo.

Mientras que Viviana corría a esa hora de la mañana, Genoveva apenas iba despertando y

se estiraba cuan larga era. Se quedaba en medio de la cama como si fuera una estrellita de mar, sintiéndose feliz de tenerla para ella sola. A ella también le pasaba lo mismo que a Viviana, ciertamente ahora ya no quería a nadie en su vida, pero sí que se le antojaba entretenerse por allí con alguien, tener sexo ocasional con alguna mujer que le gustara y estaba claro que con Viviana no iba a ser. Al menos sí que quería tener una amiga que fuera lesbiana y poder conversar con ella de cosas sáficas.

Se encontraba pensando en todo esto, cuando su celular comenzó a sonar, estiró el brazo para tomarlo sobre el buró, que se encontraba junto a su cama, miró la pantalla y vio que se trataba de su amiga. Era la única persona que había dejado atrás, pero Ana, a diferencia de ella, tenía una familia, una esposa y dos hijos, algo que Genoveva, cuando era feliz y casada, deseó, pero al parecer eso no era para todos.

— ¿Por qué me llamas siempre tan temprano? — fue lo primero que dijo Genoveva, antes de que Ana tuviera tiempo de decir algo.

— Porque tengo dos monstruos que me levantan muy temprano, así yo quiera estar en cama por más tiempo, no puedo — se quejó, aunque Genoveva sabía que aquello realmente no era ninguna molestia para su amiga, al menos no una muy agobiante porque amaba a sus hijos pese a lo caótico que se volvía a veces.

— Pobre de ti, pero eso no significa que tengas que hacerlo pagar conmigo.

— Ya estabas despierta, porque si no, no hubieras respondido inmediatamente.

— Bueno, sí. Ya estaba despierta — admitió.

— ¿Cómo estás? ¿Cómo te va por allá? — quiso saber.

— Bien, no me puedo quejar — respondió al tiempo que se levantaba de la cama para dirigirse hacia la ventana de su habitación que daba hacia la calle —. Aunque el primer día en el que me dirigía a la universidad, el auto se ponchó.

— Y no llegaste a tiempo, me imagino.

— Llegué a tiempo.

— ¿Ya aprendiste a cambiar una llanta?

— No, para nada.

— Llamaste a alguien para que lo hiciera por ti.

— No, tampoco.

— ¿Entonces? — preguntó Ana que se empezaba a desesperar.

Genoveva estaba a punto de responder la pregunta de su amiga, cuando delante de su ventana, miró a Viviana correr en un corto short y playera deportiva, mostrando más piel que nunca. La imagen de la mujer de piernas firmes, corriendo en la acera a esa hora de la mañana la dejó fascinada y sus ojos no dejaban de verla, hasta que la vio doblar la esquina desapareciendo de su campo de visión.

— ¿Genoveva?

— Lo siento.

— ¿Estás cagando?

— No, ¿y si así fuera qué? No me estás viendo defecar.

— Pero no quiero oírte pujar.

— Idiota. Solo veía a mi vecina, mecánica y colega, correr en unos muy cortos shorts, que se le ven bastante bien — dijo abandonando la ventana decepcionada de que ya no podía ver a Viviana.

— ¿Cómo que vecina, mecánica y colega? Explícate.

— El mundo es un pañuelo cuando quiere. La mañana en la que me ponché, una mujer fue

quien se detuvo a ayudarme, porque los caballeros hoy en día están extintos. Luego, cuando llego a la universidad, resulta que la mujer en cuestión es maestra ahí mismo y, para rematar, vivimos en la misma zona.

— ¡Vaya! Seguramente debe de tener unos kilos de más, con un marido gordito y tres hijos.

—Nada de eso.

— ¿Es guapa?

—Umm, no. No es ese tipo de mujer que ves y dices ¿de dónde salió ese mujerón? No, ella no es de ese tipo. No es fea, ni gorda. Tampoco tiene hijos y marido.

—Entonces, está loca.

Las dos rieron ante el comentario de Ana.

—Quizás, pero lo que sucede es que es lesbiana.

—O sea, que encontraste todo a la vuelta de la esquina ¡Qué suerte!

—Qué va, esa mujer es... No sé cómo describirla. Es bastante particular.

—Creo que alguien se ha enamorado.

—Por supuesto que no, idiota.

—A mí me parece que te ha causado una gran impresión.

—Bueno, eso desde que cambió la llanta de mi coche.

—Se me hace que tendrás a tu amante muy cerca de ti, sobre todo para mantenerla vigilada.

—Ella no es ese tipo de mujer, ayer me dejó claro que no está interesada en nadie y por lo que entreví, lleva un tiempo sin intentar algo y no parece ser el tipo de mujer que cambia de idea fácilmente.

— ¡Qué interesante! — expresó Ana al escuchar el tono de voz desilusionado de Genoveva.

— ¿Qué te parece interesante?

—Nada, nada. Solo llamé para saber cómo estabas.

—Gracias, estoy bien. ¿Y ustedes?

—De maravilla, nos hablamos luego. Hoy me toca hacer el desayuno, hasta luego.

—Hasta luego.

Mientras corría, Viviana sintió que alguien la observaba, pero luego de buscar con la mirada, no vio a nadie, aun así, la sensación que sintió fue extraña, erizándole toda la piel por unos momentos; luego sensación que experimentó, desapareció.

Genoveva dio un suspiro, extrañando por primera vez a su amiga, o más bien, a sus amigas, porque ahora la pareja de Ana se había convertido automáticamente también en su amiga.

Después de colgar, se quitó la playera que usaba a modo de pijama y bajó a la cocina para prepararse un café sin leche. Desde que se mudara no había tenido la oportunidad de ir de compras, solo tenía lo que llevó de su antigua vivienda y, lo peor de todo, es que lo suyo no era ir al supermercado, cuando iba, lo hacía con Ana, ella era quien le aconsejaba que era lo mejor y buscaban precios, ahora se sentía perdida, de hecho, no le gustaba mucho la idea de hacer las cosas sola, esa era la verdad, y menos las compras.

Por eso, apenas terminó su café, se le ocurrió la grandiosa idea de ir a casa de Viviana, tocar a su puerta y pedirle el favor de que la acompañara al súper. De tener su número celular, le habría llamado, pero, tras una semana conviviendo, no se lo había pedido, porque notó que no era una mujer fácil de sobrellevar, a pesar de que sabía que podía llegar a ser muy acomodada,

tenía sus límites marcados y el no dar su contacto era uno de ellos.

Tomó las llaves de su auto y se encaminó rumbo a la casa de la mujer por la cual se sentía totalmente atraída por su singular forma de ser, sabía que no era dulce, pero tampoco era como el papel de lija, Viviana se encontraba en algo intermedio y a Genoveva le atraía sin que ella quisiera admitirlo.

Viviana se encontraba en su casa, ya se había duchado, cambiado de ropa y desayunado. Poco después de eso, su hermana llegó a casa con sus hijos, los cuales de inmediato comenzaron a molestar a su tía, para que les contara cuentos o jugara con ellos, pero ese día Viviana no estaba de humor, ese sábado, lo que más deseaba era estar sola y mirar alguna serie en la televisión, aunque con la llegada de los dos diablillos, sus planes se habían venido abajo.

—Alguien tiene cara de culo el día de hoy — dijo Arely cuando vio el rostro de su hermana mayor entrar a la cocina con sus dos sobrinos de cuatro y dos años colgados de sus piernas.

—No sé qué le pasa — repuso su madre —. Hace días que tiene esa cara.

Viviana solo puso los ojos en blanco, aún más fastidiada por lo que su madre y hermana decían. Se sentó junto a la mesa de la cocina, con las dos garrapatas de sus sobrinos en ella, mientras observaba cómo su madre y hermana preparaban el almuerzo y postre.

—Nada, no me pasa nada — gruñó Viviana.

Acababa de decir esto, cuando alguien tocó el timbre de la puerta. Como ella era la única libre, debía de ir a ver quién era y cuando se puso de pie, sus sobrinos aún seguían colgados de ella.

—Una carrera a ver quién llega primero a la puerta — les dijo a los pequeños para que la soltaran.

Viviana consiguió que la dejaran libre y le brindaran grandes sonrisas, al tiempo que sus ojos brillaron llenos de felicidad al saber que su tía haría un pequeño juego con ellos. Contó hasta tres y les dio ventaja para que corrieran por delante de ella.

— ¡Ganamos! — gritaron sus sobrinos tocando la puerta, mirando a su tía, mientras brincaban como chapulines —. ¿Qué nos vas a dar?

— No sabía que había prometido darles algo — les dijo y entonces volvieron a tocar el timbre —. Esperen un momento, voy a ver quién es.

Sus sobrinos se escondieron detrás de ella en cuanto abrió la puerta, Viviana casi se infarta al ver quien era la persona que estaba delante de ella. Se trataba de quien menos le apetecía ver y que por su culpa se encontraba en un estado de fastidio, en el cual ni siquiera ella se soportaba. Por otro lado, la desconcertaba el cómo es que había dado con su casa. Ella nunca le había dicho en donde exactamente vivía, pero conociendo lo poco que ya sabía de ella, seguramente la había espiado y eso la fastidiaba aún más.

Genoveva había aguardado con el corazón latiéndole rápidamente. Cuando escuchó las risas y voces de niños, poco antes de que le abrieran la puerta, sintió algo de decepción al pensar que quizá Viviana le había mentado sobre su vida y que, en realidad, era una mujer heterosexual con esposo y niños. Estuvo tentada a darse la vuelta y retirarse antes de que le abrieran la puerta, pero necesitaba afrontar la verdad, verla con sus propios ojos y, así, aprender a no creer todo lo que le decían.

La puerta por fin se abrió y a pesar de la desazón que comenzaba sentir, no pudo evitar que sus ojos vagaran rápidamente por la figura de Viviana, que ahora llevaba sandalias, pantalones rectos de mezclilla, una blusa en color negro y el cabello recogido en una cola de caballo. Después de observar esto, se dio cuenta de las dos criaturas que se escondían detrás de

ella, asomando sus cabezas y que la miraban con curiosidad. Genoveva no pudo evitar encontrar un parecido en ellos con Viviana.

— ¿Cómo sabes en dónde vivo? ¿Me estás espionando? — fue lo primero que le dijo Viviana antes de decir otra cosa.

—Qué manera tan peculiar de saludar.

—Eres tú la que debes saludar, has sido tú la que has venido a mi casa.

Genoveva no pudo evitar reírse, todo lo que acontecía con Viviana era muy singular, nada era normal u ordinario.

— ¡Hola! ¡Buenos días!

Viviana pensó que para nada eran buenos días, ahora eran horrorosos, gracias a ella.

—Buenos días — respondió, cruzándose de brazos.

Genoveva iba a abrir la boca, cuando aparecieron dos mujeres detrás de Viviana.

— ¿Qué ocurre, Vivi? — le preguntó la mujer mayor mirando a Genoveva.

— ¿Es tu novia? — quiso saber Arely, mirando descaradamente a la mujer que estaba de pie en la entrada de la casa.

—No — respondió Viviana rápidamente, dedicándole a su hermana una mirada envenenada.

En ese momento, los dos niños que se escondían detrás de Viviana, la abandonaron para correr hacia la otra mujer y el más pequeño le tendía los brazos para que lo cargara. Al ver la escena, Genoveva sintió un gran alivio, uno que ni siquiera sabía por qué, pero le alegraba saber que aquellos niños no eran de Viviana y que de verdad era lesbiana y no tenía pareja.

—Disculpen las molestias — dijo Genoveva a las dos mujeres recién llegadas —. Soy Genoveva, profesora de literatura en la misma universidad que Viviana.

—Mucho gusto — manifestó la madre de Viviana acercándose y extendiendo su mano para saludarla —. Soy Francis.

—Sí, de Francisca — la chinchó Viviana.

— ¿Por qué eres tan grosera y no has hecho pasar a la visita? — le riñó su madre.

—No se preocupe, yo solo venía a preguntar a Viviana si le gustaría acompañarme a hacer la compra y me mostrara un poco la ciudad. Me acabo de mudar y no conozco mucho.

A Viviana le fue imposible no mostrar su gesto de desagrado ante aquello; ahora que su madre y hermana habían escuchado, no la dejarían negarse. Maldijo la mala suerte de aquel día, el cual se estaba poniendo peor.

—Por supuesto que te acompañaré, sirve y se distrae, porque trae un genio de los mil demonios — expresó Arely.

— ¿Y a ti quién te preguntó?

Genoveva tenía unas inmensas ganas de reírse de la situación, pero sabía que aquello solo serviría para poner más de mal humor a Viviana, que se le quedó mirando seria.

—Creo que no podré acompañarte, tengo cosas que hacer — declaró.

—No tienes nada que hacer. Así que ve y acompáñala — le ordenó su madre.

—No se preocupe, si Viviana no puede, no hay problema — intervino Genoveva viendo como la boca de su colega se volvía una fina línea, demostrando en aquel gesto su disgusto.

—Mi hermana irá, lo que pasa es que es muy floja para salir.

Viviana entornó los ojos y se alejó de la puerta para ir en busca de su cartera.

—Parece antipática, pero es de buen corazón — continuó Arely.

Poco después, Viviana volvió a aparecer.

—Nos vemos al rato — les dijo a su madre y a su hermana.

—Espero lleguen para el almuerzo — dijo Francis —. Estás invitada — se dirigió a Genoveva.

—Muchas gracias.

— ¡Tía, no se te olvide traernos algo! — le gritaron los dos chiquillos cuando su tía bajaba los escalones del porche.

—Por supuesto que no — les respondió de manera amable y dedicándoles una sonrisa.

Genoveva se dio cuenta de que a sus sobrinos les mostró una cara que no enseñaba a todo el mundo, una en el que su semblante se suavizó y era dulce.

Subieron al auto y ninguna dijo nada, Genoveva se puso en marcha y esperaba que a Viviana se le pasara el disgusto de que la hubieran obligado a ir de compras con ella.

—Detén el auto — le pidió Viviana a Genoveva cuando se introducían al tráfico.

Genoveva, sin decir nada más, hizo caso, se orilló y detuvo el auto apenas encontró un lugar.

—Yo ... — iba a comenzar a disculparse con Viviana cuando lo que escuchó la dejó aún más perpleja.

— ¿Quién diantres te enseñó a conducir? — inquirió mirándola.

—Nadie, realmente.

—O sea que, de la noche a la mañana, tomaste el auto y decidiste que eras conductora.

—Bueno, alguien solo me enseñó lo básico.

— ¿Pero no te enseñó las reglas de vialidad?

—No — respondió avergonzada.

—Baja del carro, yo conduciré. No quiero morir en tus manos en un accidente de auto y, de paso, aprendes a conducir y a venir al supermercado sola.

Genoveva, sintiéndose avergonzada, bajó del lado del conductor y le cedió su lugar a Viviana, que se hizo detrás del volante. Poco después se pusieron en marcha de nuevo y, mientras conducía, la profesora de historia le indicaba a la de literatura qué hacer y qué no mientras conducía; mientras esta prestaba mucha atención y, pese a lo avergonzada que se sintió, le estaba gustando la compañía malhumorada de Viviana.

—En un semáforo siempre trata de detenerte detrás de la línea amarilla, porque así no estorbas a quien vaya a dar la vuelta y evitas accidentes, para eso está esa línea.

—Entendido.

Después de que hubo dado todas las explicaciones e indicaciones necesarias, lo que quedaba de viaje fue en silencio, hasta que llegaron al supermercado.

—Aquí es donde suelo venir con mi madre — dijo Viviana cuando aparcó el auto —. Hay de todo y a buen precio, además de que todo es fresco y de calidad.

—Gracias y perdón por molestarte de nuevo.

Viviana escuchó el tono algo sentimental en la voz de Genoveva y no pudo evitar sentirse afectada y culpable por cómo se había comportado.

—No te preocupes y no me hagas caso. A veces ni yo misma me entiendo — dijo, aunque sabía que se conocía mejor que nadie y si trataba de evitarla, era para que esa manera loca suya de enamorarse de las mujeres no le sucediera con Genoveva lo que en otras ocasiones.

Salieron del auto y Viviana le entregó las llaves, luego de ponerle seguro.

—La verdad es que no me gusta hacer las compras sola — confesó cuando se dirigían hacia el supermercado —. En donde residía antes, iba con mi amiga Ana a hacer los mandados, porque me da miedo recaer en la bebida.

Genoveva miró a Viviana a la espera de que la observara de manera acusadora, pero

continuó caminando sin mirarla.

— ¿Recién lo acabas de dejar?

—No, lo dejé hace tres años. Aun así, me da miedo.

— ¿Has probado una copa de nuevo?

—No, nada desde que lo dejé.

—Entonces, eso habla bien de ti. Todo depende de nuestra fuerza de voluntad y las ganas que tengamos en superarnos a nosotros mismos.

Genoveva sintió alegría. Más allá de Ana, nadie le había dicho eso, incluso cuando se negaba a aceptar una copa le insistían a que bebiera, que no le haría daño, ni le afectaría, pero en su interior, ella sabía que a veces no era tan fuerte, y temía que si probaba de nuevo el alcohol, una copa se convertiría en dos, y luego en tres, hasta terminar de nuevo ebria.

— ¿Bebes? — quiso saber Genoveva.

—No y no me he embriagado nunca. No suelo beber, lo máximo que puedo llegar a tomar es una copa y nada más. No me gusta la cerveza.

—Qué rara eres — se le escapó decirle y se tapó la boca con las manos. Viviana la miró con una fingida cara de horror e indignación, pero luego rio.

—Lo sé.

Una vez dentro, Genoveva cogió un carrito y caminaron por los pasillos.

— ¿Has hecho una lista? — le preguntó Viviana.

—No.

—Algo me dice que eres desorganizada.

Capítulo 5

Viviana caminó a su lado en silencio. A la profesora de literatura le pareció raro que esta vez su acompañante no llevara su bolso, pero lo que más le causaba curiosidad es que, supuestamente, había ido por su cartera y ella no vislumbró ninguna. Sin embargo, cuando sus ojos vagaron por el cuerpo de Viviana, específicamente deteniendo su mirada en su trasero, vislumbró que, dentro del bolsillo de sus pantalones, se encontraba una cartera masculina. Lo descubrió por la manera en que se resaltaba en la parte trasera de su pantalón. Así que, antes de ser descubierta, apartó la vista de aquella parte del cuerpo de Viviana y se concentró en pensar en las cosas que necesitaba para su hogar.

— ¿Vives aún con tus padres? — preguntó Genoveva, luego de que llevaran mucho tiempo en silencio y al recordar la manera en que su madre la había obligado a acompañarla.

—Sí, aún vivo con ellos ¿Crees que es muy patético de mi parte? — inquirió mientras sus ojos se posaban en Genoveva.

—No, solo que me parece extraño, o poco usual, que una mujer de tu edad y, con el sueldo que tienes, viva aún con ellos.

—Tal vez, pero como no soy una mujer de tener amantes ni aventuras, no le vi sentido el irme a vivir sola. Mis padres aún no me echan y me encuentro cómoda con ellos. Por otro lado, mi madre está enferma del corazón y, aunque cocina y hace algunas cosas, hay días en los que no está muy bien y, además, tiene prohibido agacharse. Así que soy yo la que estoy pendiente de ellos cuando se enferman.

— ¿Y tu padre?

—Bueno, él también no es que esté muy sano, padece de la presión arterial y cuando ve a su mujer enferma, se vuelve paranoico. Le da miedo perderla, aunque sé varias cositas suyas.

— ¿Engañó a tu madre?

—Por lo que he sabido de boca de mi propia madre, sí.

— ¿Y cómo ha podido vivir sabiéndolo?

—Porque mi madre ama con ojos ciegos y todo su corazón a mi padre.

Genoveva se quedó pensando por un momento en aquello. Ella había amado con todo su corazón a su exmujer, pero no soportó ver cómo la persona que adoraba, besaba a otra y mucho menos, le hizo gracia imaginar el que entregara su cuerpo a alguien más.

— ¿Fue solo una aventura?

—Digamos que sí, fue sexo de una noche con una prostituta. Sucedió cuando yo apenas era una recién nacida y los hombres, creo que piensan más con la cabeza que hay entre sus piernas que con la que llevan sobre los hombros.

Genoveva no pudo evitar reír ante lo que Viviana había dicho, pero sospechaba que, en el fondo, saber aquello, había llegado a afectar a su acompañante.

—Qué tontos ¿no?

—Sí, más mi madre que lo perdonó. Aunque aquellos eran otros tiempos y, bueno, aun así, creo que ahora comprendo un detalle que mi padre le dio a mi madre, donde decía, *si quieres ser feliz en esta vida, ama, perdona y olvida*. Tal vez para él significó mucho el que mi mamá le perdonara semejante traición.

— ¿Pero solo fue una vez? ¿No hubo romance?

—Sí, fue solo una vez y, desde ese día, dice mi madre que mi papá se comportó como

una sedita.

—Bueno, a mí me pusieron los cuernos y no solo una vez — soltó mientras miraba que leche comprar —. Mi esposa me engañó. Tenía una aventura con su mejor amiga y las miré, eso fue lo peor que pudo hacerme.

Viviana no dijo nada, se limitó a permanecer en silencio escuchando y siguiendo a Genoveva por el pasillo de los lácteos.

—Ese fue el motivo que me llevó a beber, creí que con ella pasaría toda mi vida y resulta que estaba equivocada. Deseaba tener una familia a su lado, quería tener hijos, porque yo fui hija única, mis padres murieron cuando yo era muy joven, así que me quedé sola muy pronto. Por eso es que no tuve reparos en cambiarme de ciudad y mudarme aquí para ser maestra de universidad.

Ahora Viviana se compadecía de ella, podía entender por qué buscaba compañía.

—Solo echaré de menos a mi amiga Ana y a su esposa. Fueron las únicas personas que estuvieron conmigo y me ayudaron a salir del problema de alcoholismo.

—Entonces son buenas amigas.

—Lo son.

Genoveva esperaba que Viviana le contara si tenía buenas amigas, pero no dijo nada más, volvía guardar silencio, luego lo rompía para decirle que iría en busca de alguna chuchería para sus sobrinos. Cuando volvió junto a ella, tenía las manos llenas de chocolates.

— ¿Qué se siente tener sobrinos? — quiso saber Genoveva.

—Umm — pensó un momento antes de responder —. Es algo extraño, aunque cuando sabes que vas a ser tía sientes algo que no sabría explicar y luego, cuando ves que a tu hermana le crece el vientre, te emociona verla. Después, los ves y ya los quieres un poquito más.

— ¿Quieres tener hijos? — no pudo evitar preguntar y tuvo miedo de que Viviana se molestara y no respondiera.

—Antes lo pensaba, cuando creía que encontraría a esa persona especial que estuviera en la misma sintonía que yo. Ahora, conforme pasa el tiempo y me pongo vieja, descarto esa posibilidad.

— ¿Por qué? No eres tan vieja.

—Tú tampoco para que seas madre soltera.

—Buena esa.

—Ya ves.

Tras eso, se quedaron calladas y llegaron a las cajas para pagar. Viviana pagó primero y Genoveva, tal como imaginó, acertó en que la cartera que llevaba su colega era de hombre. Algo más que se sumaba a las peculiaridades de aquella mujer.

Viviana ayudó a Genoveva con las bolsas de las compras. Pese a su negativa en un principio de ir con ella, no parecía habérselo pasado tan mal, ni estaba ya de mal humor. Al parecer, solo era un berrinche de su parte y Genoveva no pudo evitar sonreír ante su loco e infantil comportamiento.

Genoveva fue quien condujo de regreso, y esto solo para demostrar a Viviana que había aprendido la lección de cómo hacerlo correctamente. La profesora de Literatura podía sentir la mirada de su acompañante vigilándola atentamente, como a la espera de que cometiera un error para tener la oportunidad de reprenderla, pero, afortunadamente, no le dio motivos.

—Deberías detenerte en tu casa, para dejar las compras y después ir a comer — ofreció Viviana para sorpresa de Genoveva, que la volteó a mirar estupefacta —. Los ojos en el camino.

Genoveva creyó que, si Viviana se negaba a acompañarla al súper, mucho menos la

quería ver en su casa comiendo con su familia, pero al parecer, se había domesticado y mostrado ese buen corazón el cual Arely le dijo poseía, y no es que ella pensara que la profesora de historia tuviera un mal corazón, de hecho, se lo dejó ver cuando le ayudó a cambiar la llanta. Su cara mala vino después de que se conocieran en la universidad. Genoveva seguía sin comprender qué era lo que le había pasado, ¿por qué se comportaba así?

Antes de que Viviana cambiara de parecer, Genoveva tomó la calle en la que vivía para entrar a su domicilio.

— ¿Lo he hecho bien? — le preguntó Genoveva cuando detuvo el auto en la acera frente a su casa.

— Eso parece — respondió desabrochándose el cinturón de seguridad.

Bajaron del coche, para enseguida comenzar a sacar las compras y llevarlas dentro. Genoveva no esperaba que Viviana la volviera ayudar, pero se dio cuenta de que su acompañante tenía curiosidad de ver su casa por dentro.

La casa, al igual que la de los padres de Viviana, era de dos plantas, contaba con un patio delantero y otro trasero, el cual era más grande que el primero. La vivienda estaba pintada de blanco y en el porche se hallaba un mecedor, en el cual la dueña de la casa ni siquiera se había sentado.

— ¿Tú sola pusiste todo en orden? — inquirió Viviana colocando en la encimera de la cocina la última bolsa de las compras.

— Así es, tuve mucho tiempo para entretenerme — respondió mirando a su alrededor y luego posaba sus ojos en Viviana.

— ¿Vas a hacer algo más?

— No.

— Entonces, vamos a mi casa para almorzar, tengo hambre ¿Y tú?

— También.

Salieron de la casa y Viviana tomó del coche la bolsa en la cual estaban las golosinas para sus sobrinos.

— De todas las golosinas que compré, este es mi favorito — dijo Viviana sacando un Milky Way de la bolsa y se lo metía en el bolsillo del pantalón —. ¿Y el tuyo? — le preguntó mientras le ofrecía el botín —. Hazte de uno antes de que esos diablillos se los coman en un abrir y cerrar de ojos.

Genoveva se sintió su cómplice y con una sonrisa metió la mano en la bolsa y sacó un Twix. Mientras se entretenían con las golosinas, ambas se giraron a mirar hacia atrás, pues tuvieron la sensación de que alguien las estaba mirando, pero no vieron a nadie a su alrededor. Sin decir palabra alguna, echaron a andar de nuevo por la acera hasta llegar a casa de Viviana.

Para Genoveva fue extraño estar sentada en la mesa rodeada de la familia de su colega. Aunque en un principio se sintió avergonzada, todos la recibieron cálidamente, incluso la profesora, que en un principio se mostró disgustada por su presencia cuando la vio en la puerta, ahora parecía actuar distinta; quizá su historia le había hecho ablandar esa postura, o bien, porque le contó un poco de ella.

Cuando dejaron la mesa, Viviana fue la que se encargó de lavar los platos sucios, era su tarea por no meterse en la cocina. Genoveva había hecho el intento de ir a ayudarla, pero tanto Francisca como Arely, la llevaron con ellas hacia la sala de estar para conversar. Sin que se diera cuenta, el día se le había pasado volando y al mirar el reloj de su muñeca, se percató de que era más tarde de lo que imaginó; sin embargo, no se había sentido incómoda en la casa ni con ninguno de ellos. Y, por primera vez en mucho tiempo, extrañó a su familia y deseó tener a

alguien a su lado. Sin darse cuenta, mientras anhelaba aquello, sus ojos se posaron en Viviana, que se topó con su mirada.

—Muchas gracias por el almuerzo — dijo, poniéndose de pie repentinamente un tanto nerviosa luego de que Viviana cruzara miradas con ella. Llena de miedo de que hubiera visto su pensamiento —. Es hora de volver a casa y hacer algunas cosas.

Genoveva se despidió de Francisca y Arely, mientras que Viviana la acompañó a la puerta.

—Gracias por acompañarme el día de hoy — dijo Genoveva bajando los escalones del porche.

—De nada.

—No quería molestarte.

—No me hagas caso, suelo ser así.

Sin decirse nada más, Genoveva caminó de regreso a su casa, sintiéndose extraña, aunque inexplicablemente feliz, al tiempo que sacaba del bolsillo de su pantalón la golosina que Viviana le había dado.

—Sin duda es una mujer indescifrable. Pero completamente franca y transparente.

Capítulo 6

El domingo, pese a sus ganas de ir a casa de Viviana para preguntarle si quería ir al cine con ella, se quedaron solo en eso, en ganas. Aunque el día anterior Viviana hubiera terminado comportándose diferente con ella, temía que ese día hubiese vuelto la misma que le abrió la puerta esa mañana. Así que se quedó en su casa, mirando televisión.

El lunes por la mañana, cuando Genoveva aparcó su auto en el lugar de siempre, se dio cuenta de que en la plaza que ocupaba se encontraba otro vehículo, el cual la separaba del auto de Viviana, quien ya había llegado minutos antes. Al ver esto, sintió que no debía volver a molestarla con lo de ir a comer juntas y que debía guardar distancias, si por lo menos quería mantener un trato decente con ella.

En clases de primera hora, Viviana volvió a tener la intensa mirada de Irene sobre ella. La joven continuaba poniéndola nerviosa, pues era hermosa, como toda persona que se encuentra en sus veinte y pocos años. Pero, pese a su hermosura, para Viviana no era una tentación, pues ya sabía cómo podía terminar el amor entre persona con diferencia de edad, aquello era imposible y lo más importante, Irene no era su tipo de mujer. Mientras que Irene creía lo contrario.

Cuando terminó la clase, como venía siendo costumbre, Irene esperó a que todos sus compañeros se fueran, para acercarse a Viviana, que acababa de sentarse detrás de su escritorio a modo de tratar de evitarla. La joven se detuvo del otro lado y la miró con una dulce sonrisa que Viviana se vio obligada a corresponder.

— ¿Cómo hace para que su clase no se me haga aburrida? — dijo mirando a la profesora a los ojos.

—Considero que eso solo te sucede a ti, porque noto que la mayoría de tus compañeros tratan de disimular alguno que otro bostezo.

—No es cierto, maestra, ¿cómo dice eso? Su clase se me hace demasiado corta, cuando menos me lo espero, ya terminó.

—Siento mucho que te ocurra eso.

De pronto, Irene sacó de alguna parte, la golosina preferida de Viviana.

—Le traje esto — dijo dándole un Milky Way —. Espero que le guste.

Viviana la miró algo desconcertada, esa era su golosina preferida y sintió un escalofrío al ver que Irene le tendía aquel chocolate. Era como si la joven conociera sus gustos y no precisamente porque ella se lo hubiese dicho, sino porque era como si la hubiese estado espiando y observando cuidadosamente a detalle.

—Veo que le da pena aceptarlo — manifestó Irene dejando la golosina sobre el escritorio —. Nos vemos mañana, profesora.

—Te tomas demasiadas molestias.

—No es ninguna molestia.

—Gracias por el chocolate, es uno de mis favoritos. Nos vemos mañana.

—Me alegra saberlo, temía que no le gustara — y se fue.

A la hora del almuerzo, Viviana extrañó ver la figura de Genoveva en la puerta del aula. Aunque en un principio le hubiera molestado su presencia, ahora le apetecía ir en compañía de ella, así que fue a buscarla a su aula y no la encontró. Por primera vez, sintió remordimiento por cómo la había tratado, Genoveva no tenía la culpa de sus estupideces, ni de las veces que se equivocó al pensar que las chicas con las que salía, querían algo más con ella.

Viviana apuró el pasó y la vio caminar hacia otra dirección en la que la semana pasada lo hiciera con ella. Como Genoveva caminaba a paso lento, Viviana la alcanzó enseguida y se adaptó a su ritmo. Cuando la profesora de literatura la miró, le sorprendió mucho y, sobre todo, le alegró enormemente que Viviana la buscara.

— ¿A dónde vas? — le preguntó Viviana.

—A comer ¿Y tú?

—No fuiste a buscarme para ir juntas a comer.

—No quería fastidiarte más.

—Me he acostumbrado a que lo hagas — reconoció mientras le brindaba una sonrisa.

Genoveva no pudo evitar sentirse feliz y sonrió de que la singular mujer fuese a buscarla, así que sin decir nada más, las dos se dirigieron con paso rápido a la cafetería de siempre. Cuando esperaban a que le devolvieran el cambio de su consumición, Viviana extrajo de su bolso, el chocolate que Irene le había dado esa mañana.

— ¿Le ocultaste más golosinas a tus sobrinos? — inquirió Genoveva.

—No, qué va. Este me lo ha dado una alumna de primer semestre.

Genoveva la miró y enarcó una ceja llena de curiosidad.

— ¿A menudo recibes regalos de tus alumnos?

—Muy rara vez, pero este es el segundo detalle que recibo de esta alumna. La primera vez me trajo un café.

— ¿También tu favorito?

—Sí, y créeme que me pone un poco de los nervios.

— ¿Por qué? ¿Es cercana a ti que conoce tus gustos?

—No, para nada — respondió mientras compartía la mitad del chocolate a Genoveva.

—Gracias — dijo tomándolo.

—Por eso es que se me hace raro, es como si supiera exactamente las cosas que me gustan.

— ¿Como si te espíara?

—Exacto, pero eso se me hace algo demasiado paranoico.

—Eso sería demasiado, ¿no crees?

En ese momento, llegó la señora que les entregó el cambio y, una vez que lo tuvieron en la mano, se retiraron.

—Quizás le gustas — comentó Genoveva luego de que salieran de la cafetería.

Viviana sonrió ante aquel comentario.

— ¿Qué te da risa?

— ¿Cómo podría gustarle yo a una joven de veintitantos años? Soy mayor que ella varios años, ni siquiera soy tan guapa.

—Una persona no necesariamente tiene que ser guapa para ser atractiva.

—Bueno, yo no soy ese tipo de persona.

Genoveva había estado a punto de abrir la boca y decirle que estaba muy equivocada, pero se mordió la lengua, no quería retroceder los pocos pasos que había dado hacia ella. Así que continuaron caminando con ese paso de velocista que Viviana imponía y que Genoveva estaba acostumbrándose a llevar.

Durante toda la semana, ambas fueron a comer juntas. El vehículo continuaba obstaculizando la visión de Genoveva para ver a Viviana; aun así, ese no era un total problema, porque siempre iba detrás de la profesora de historia cada que terminaba su jornada en la universidad.

El sábado por la mañana, Genoveva se despertó temprano y se acordó de inmediato que Viviana solía correr por las mañanas en su día libre, así que a toda prisa se asomó por su ventana para ver si de casualidad la veía. Se apostó allí con la nariz aplastada en el frío cristal y allí pasó un buen rato hasta que, luego de algunos minutos, la miró aparecer trotando a un buen ritmo. Despegó la cara del cristal y se enderezó, se pasó las manos por el pelo, por si Viviana sentía su mirada y la observaba desde la distancia y la ubicaba en la segunda planta de su casa, justo en el dormitorio.

De nueva cuenta, Viviana experimentó la sensación de que era observada. Se retiró el audífono de su oreja izquierda, por si escuchaba ruidos a su alrededor, aun así, siempre llevaba el volumen bajo. Buscó en todas las direcciones con la mirada, pero no vio nada, sino que fue unos metros más adelante, que vio la silueta de una persona a través de una ventana, después se dio cuenta que era la casa de Genoveva y que era esta quien la vislumbraba a la distancia.

Viviana se sintió un tanto avergonzada, pero agradeció que Genoveva estuviera al otro lado de la acera y no la viera tan de cerca; aun así, Viviana la saludó con la mano y Genoveva le devolvió el saludo.

Lo que Viviana no supo es que su gesto había hecho que en el rostro de Genoveva se dibujara una gran sonrisa y que decidiera invitarla de nuevo ese sábado a ir de compras. Cuando la perdió de vista, se detuvo frente al espejo de cuerpo entero y se quitó la playera que usaba para dormir, quedándose solamente en bragas.

Se contempló en el espejo. Aunque seguía siendo delgada, porque esa era su fisionomía, era consciente de que sus brazos y piernas no se miraban tan firmes como los de Viviana. Quizás debería comenzar a hacer ejercicio y acompañar a la profesora de historia a correr por las mañanas, para hacer por lo menos un poco de pierna.

Viviana se dio un baño antes de bajar a desayunar ella y su gata, la cual ya la estaba esperando en la puerta del baño, para exigirle a modo de maullidos que le diera pronto de comer.

— ¿En dónde estabas? — le dijo a Fresa —. Te busqué antes de irme a correr para darte de comer y no te encontré.

Fresa la miró con aquellos ojos azules que tenía y le maulló a modo de respuesta como si en verdad entendiera algo de lo que su Viviana le decía.

Viviana decidió vestirse no tan fachosa, por si a su nueva amiga se le ocurría ir de nuevo a por ella para que la acompañara de compras. Aun así, no se hizo muchas ilusiones de que eso ocurriera y, tras desayunar, se puso a leer un libro que hacía poco había pedido en línea.

A las nueve de la mañana, el timbre de la puerta de su casa sonó y Viviana sabía bien que no era su hermana. Ese día le había tocado ir a casa de su suegra, así que no tendría la visita de sus sobrinos. Como si hubiera sido impulsada por un resorte, Viviana se levantó del sofá en el que se encontraba leyendo y fue casi corriendo a abrir la puerta, encontrándose con la mujer de ojos verdes, quien le dedicó una sonrisa en cuanto la vio abrir.

—Hola — fue lo primero que dijo al ver a Viviana —. Te vi correr esta mañana.

—Sí, te vi mirarme a través de tu ventana. Creo que te acababas de levantar.

—Los fines de semana son para dormir y descansar ¿Por qué corres tan temprano?

—Para evitar a los mirones.

Genoveva sonrió, sus conversaciones nunca iban por buen camino, eran las más peculiares que había sostenido con una mujer, pero le encantaba que Viviana fuera distinta.

—Yo no soy una mirona, solo me gusta observar la mañana a través de mi ventana.

—Yo no lo dije por ti.

— ¿Estás ocupada?

—Estaba leyendo ¿Por qué?

—Venía a invitarte a ir de compras, pero si no te apetece...

—De acuerdo, te acompaño.

Genoveva no podía creer que Viviana hubiera aceptado de inmediato y que no estuviera nadie de su familia para obligar a que aceptara acompañarla.

— ¿Deseas esperar allí o quieres entrar en lo que voy por mi cartera y aviso a mi madre de que saldré?

—Pasaré para saludar a tus padres.

Genoveva miró a Viviana ir hacia la cocina y de inmediato salió Francisca a saludarla, mientras la profesora de historia iba a su habitación por su cartera. Cuando estuvo de regreso, lo hizo con Fresa detrás de ella.

— ¿Lista? — le preguntó Genoveva y en ese momento fresa maulló para que su ama le hiciera caso —. ¡Tienen un gato!

—En realidad es de Vivi — dijo Francisca.

— ¿Cómo se llama?

—Fresa — contestó Viviana cargando la gata, que de inmediato comenzó a ronronear —. ¿Qué quieres que te traiga? — le preguntó a su gata y esta le contestó de una manera bastante cariñosa —. Ya sé que quieres — dijo dejándola en el suelo de nuevo y luego se le frotaba en las piernas.

—Ya veo que te ama mucho — manifestó Genoveva mirando la escena.

—Pues no sé si a mí o lo que le doy.

Después de que Viviana se fuera a lavar las manos, se despidió de su madre para ir con Genoveva de compras.

—Hubiera llamado o mandado un mensaje, pero como no tengo tu número. No quería aparecerme directamente en tu casa para hacerte presión y obligarte a ir conmigo. Por medio de un mensaje tienes más posibilidades de excusarte para no venir conmigo.

— ¿Esa es tu manera de pedir mi numero? — dijo, levantando una ceja, mientras que en sus labios asomaba una sonrisa de burla.

—Sí, acepta que ha sido un buen argumento para convencerte de hacerlo.

—No me has convencido.

—Vaya que eres un hueso duro de roer — dijo con una sonrisa en los labios.

—Mi número es...

— ¡Espera! — la detuvo Genoveva tomando su celular, que descansaba en el asiento del coche en medio de sus piernas —. Mejor guárdalo de una vez en mis contactos.

—No te distraigas — le recordó Viviana tomando el móvil —. ¿Cuál es tu contraseña? — preguntó antes de encenderlo.

—No tiene, no hay nada que esconder.

Viviana lo encendió y comprobó con sus propios ojos que efectivamente no tenía contraseña.

— ¿Cómo quieres que me nombre?

—Umm, con tu nombre completo, supongo, ¿o te gustaría que te llame en diminutivo Vivi?

“Como Vivi no eres una niña normal, de ese programa de televisión abierta”. A Genoveva se le antojó que le quedaba a la perfección, no era normal, al menos no era como las mujeres con las que había tratado, Viviana era muy suya y le gustaba, pese a ser de ese modo.

—En realidad no me molesta.

— ¿Puedo llamarte así?

— ¡Ya que! — manifestó fingiendo estar molesta, pero lo cierto era que estaba bromeando y Genoveva ahora comenzaba a conocer lo que era una broma a un enojo.

—Muy bien, Vivi.

—Muy bien, Geno — dijo mirándola con un brillo de maldad en sus ojos y una sonrisa torcida en los labios.

Genoveva se vio obligada a volver la vista al camino, mientras su corazón se había movido dentro de su pecho de una manera desigual al ver aquella sonrisa y escuchar el diminutivo de su nombre en los labios de Viviana. Por un lado, se alegró de que no le hubiera llamado Veva, porque de ese modo su ex la había llamado con cariño, uno que terminó de la peor manera.

En esa ocasión, Genoveva llevó una lista y se la mostró a Viviana, para que no la llamara desorganizada como la otra vez. Una vez que Genoveva tuvo en el carrito los artículos que necesitaba, Viviana se dirigió al departamento de mascotas para comprarle a Fresa unas bolsitas de su alimento favorito.

—Ya veo que consientes mucho a esa gata gorda — comentó Genoveva mientras la veía tomar algunos sobres.

—Es como mi hija, la quiero y me quiere. Aunque no sé si es por la comida y los cuidados que le doy.

—Supongo que algo hay de las dos.

—Tal vez, pero sí me quiere. Porque cuando tengo trabajo que hacer y calificar exámenes, Fresa se queda conmigo haciéndome compañía en mi habitación, me sigue al baño, juega conmigo, es mi compañera ¿Has tenido mascotas?

—Un perro, cuando estuve casada. Él quería más a mi ex que a mí, así que ella se quedó con él. Desde entonces tampoco he querido una, siento que hasta mi mascota me va a traicionar.

—Quizá lo tuyo no sean los perros.

— ¿Un gato?

—A lo mejor o tal vez un pez.

—No lo había pensado.

Una vez en las cajas, Genoveva miró en una de las estanterías el chocolate preferido de Viviana y, sin que esta se diera cuenta, tomó uno e hizo que la cajera lo pasara antes que todo lo demás y se lo guardó en el bolsillo de su pantalón.

Una vez en el coche, Genoveva extrajo la golosina y se la dio a Viviana que la miró a ella y al chocolate.

—Tu favorito, ¿no?

—Sí, gracias — respondió Viviana entre confundida y asombrada por el detalle.

—Es por tomarte la molestia de acompañarme el día de hoy otra vez.

—No tenía nada que hacer, solo iba a leer.

Viviana abrió el chocolate y lo partió a la mitad, una parte para ella y otra para Genoveva. Un simple y sencillo gesto que decía mucho por parte de las dos, sin que ninguna se diera cuenta.

Capítulo 7

El vehículo seguía siendo una molestia para Genoveva, que tenía que buscar lugares aledaños para estacionarse. Ahora rara vez podía aparcar junto o cerca del coche de Viviana, así que ahora no la veía hasta la hora del almuerzo, para irse a comer juntas como cada día. Sin embargo, ese mediodía, cuando recién acababan de llegar y tomar la mesa de siempre, Irene llegó a la misma cafetería, la cual, por primera vez, estaba llena.

—Hola, profesora — saludó Irene al llegar a la mesa en la que Viviana y Genoveva se encontraban sentadas y en la cual sobraba una silla.

—Hola — respondió el saludo Viviana, pero Genoveva captó enseguida que su saludo fue de solo educación, no porque se alegrara de ver a la joven.

—No esperé encontrarle aquí.

—Siempre comemos aquí.

Los ojos de Irene, ahora se dirigieron a Genoveva.

—También da clases en la universidad, ¿verdad? — le preguntó.

—Así es, de literatura.

— ¿Podría sentarme con ustedes? Es que, si sigo buscando donde almorzar, se me hará tarde.

—Claro, por supuesto. No hay problema — aceptó Viviana.

Ambas mujeres le hicieron espacio en la mesa y le permitieron comer con ellas, aunque la interacción entre ellas se vio limitada a solo comer en silencio por la presencia de la joven, que no paraba de hacerle conversación a Viviana y no disimulaba nada que su profesora de historia era el centro de toda su visión. Una vez que les trajeron la comida, Genoveva miraba de vez en cuando a Irene, quien parecía estar muy atenta a cada movimiento y gesto que Viviana hacía al comer, ignorando a Genoveva completamente, haciendo muy obvio que la joven estaba enamorada de la profesora de historia.

Una vez que terminaron de comer y pagaron la cuenta, Viviana se levantó rápidamente de la mesa y Genoveva la imitó, sabiendo que su nueva amiga se encontraba incómoda, bajo la atenta mirada de la joven.

—Profesora, ¿quiere un chicle de menta? — le ofreció Irene a Viviana poco antes de que emprendiera su huida con ese paso veloz e inconfundible de ella.

—Gracias — dijo tomándolo.

—Tome uno usted también — le ofreció a Genoveva.

Genoveva, apenas dar las gracias, siguió a Viviana que ya emprendía su camino de regreso a la universidad. La profesora de literatura casi tuvo que correr para darle alcance, de inmediato supo que estaba molesta.

— ¿Ella es la alumna de los detalles? — le preguntó cuándo se detuvieron unos momentos a esperar que pasaran los autos.

—La misma, se llama Irene.

Genoveva pensó que no le iba a responder, pero le alegraba que Viviana le hablara de ella.

—Le gustas — declaró y los ojos de Viviana la miraron con sorpresa y horror.

— ¡Qué!

—Que se ha enamorado de ti, al menos eres su amor platónico.

—No lo creo, ¿por qué una joven guapa como ella se fijaría en una vieja como yo?

—No eres tan vieja.

—Ja, lo dices porque somos casi de la misma edad.

— ¿Estás tratando de saber cuántos años tengo? — aquello logró arrancarle una sonrisa a Viviana y eso hizo que Genoveva se sintiera feliz.

—Tal vez — respondió Viviana siguiéndole el juego.

—Tengo treinta y siete años, los cumplí este año.

—Pues felicidades atrasadas.

—Gracias, no esperé recibir felicitaciones tan pasadas.

—Ya ves, así es la vida.

—Exacto, así es la vida. No deberías enojarte o amargarte por lo que Irene siente por ti. Estoy segura que solo la impresionaste, quizás cuando avance el curso y vea caras nuevas se olvidará de ti.

— ¿Lo dices por experiencia? ¿Te gustó alguien mayor que tú?

—Sí, cuando tenía casi la misma edad de Irene, me enamoré de una mujer que atendía una tienda de ropa en la que solía comprar.

— ¿Y qué paso?

—Nada, era heterosexual. Pero me encantaba pasar por allí todos los días e intentaba hacerle plática únicamente porque me gustaba y deseaba pasar tiempo con ella. No obstante, como todo en la vida pasa, y vienen nuevas caras, haciendo que te olvides de ese amor platónico.

—Así que estás segura de que se le pasará.

—Por supuesto.

— ¿En qué tiempo?

—No lo sé, puede ser dos meses o más.

—Espero que sea pronto.

El viernes, al final de las clases, Genoveva esperó a Viviana para preguntarle si podía hacerle compañía en su rutina de correr por el barrio.

— ¿Te da miedo irte sola a casa? — bromeó Viviana cuando vio a Genoveva aguardándola recostada en su auto.

—Sí, no sea que me vaya a salir el coco.

—Creo que el interés tiene pies y estos son de mujer — dijo mirando hacia los pies de Genoveva.

A Viviana le gustaba la manera en que la profesora de literatura lucía, vestía apropiadamente, usaba faldas, pantalones o vestidos y usaba un discreto maquillaje, al igual que su perfume. Lo único que no le gustaba mucho de ella era que se tiñera el pelo de un tono rojizo, aun así, la veía guapa, pero Viviana deseaba ver su tono natural de cabello.

—Qué fea eres.

—Nunca dije que fuera bonita.

— ¿Consideras que no eres bonita? — le preguntó, e inesperadamente y por impulso, tomó una mano entre las suyas.

—Nunca me he considerado bonita. Pero tampoco que soy fea. Creo que soy algo neutral en eso de la belleza.

Genoveva sonrió y Viviana le devolvió la sonrisa, luego de la misma manera tan natural en que la profesora de literatura le tomó la mano, la soltó y se sostuvieron la mirada sin saber por qué; pero el momento se dio y ambas se estremecieron en silencio.

— ¿A qué hora sales a correr? — le preguntó para tratar de sacudirse la sensación que

acababa de experimentar.

—A las seis de la mañana ¿Quieres venir?

—Sí, ¿cuántas vueltas das o cuántos minutos corres?

—Corro aproximadamente cuarenta minutos.

— ¡Hala! — exclamó —. No creo que pueda correr tanto.

—No te preocupes, puedes empezar con lo que aguantes. Yo empecé de a poco.

— ¿A dónde te veo?

—Paso por ti. Tienes ropa adecuada y tenis, ¿verdad?

—No, pero puedo conseguir esta tarde si me doy prisa.

—Entonces, date prisa.

—Bien, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Como lo prometió, Viviana fue a casa de la profesora de literatura y tocó a la puerta, la cual de inmediato se abrió y dio paso a una Genoveva en ropa deportiva.

— ¿Lista?

—Nací lista.

Genoveva nunca había bromeado tanto con una persona. Con su ex mujer no podía hacerlo mucho porque se enojaba hasta de una bobada, aun así, estaba segura de que había personas así, aunque siempre deseó que su Lucía cambiara, pero nunca ocurrió, lo que si sucedió fue que la cambiara por otra y ahora que lo pensaba bien, quizás su ex esperó lo mismo de ella. Probablemente ambas nunca estuvieron en la misma sintonía y la juventud las llevó a apresurarse a unir sus vidas en un matrimonio que tal vez no debió suceder.

Viviana y Genoveva hicieron unos calentamientos antes de comenzar a correr, una vez hecho esto, iniciaron su recorrido. La primera y segunda vuelta no afectaron mucho a Genoveva, pero la tercera y la cuarta comenzaron a cobrarle factura a la profesora de literatura, que nunca había movido un músculo, mucho menos correr.

—Si ya no puedes correr más, camina. No fuerces tu cuerpo, ya no eres una jovencita — se burló.

— ¡Mira quién habla! — jadeo Genoveva dejando de correr y tomaba una gran bocanada de aire.

Viviana le dedicó una sonrisa y continuó corriendo dejándola atrás. A Genoveva no le quedó de otra más que caminar, aunque deseaba en algún tiempo no muy lejano alcanzar el ritmo de Viviana y dudaba de que fuera a conseguirlo pronto. Por el momento, se degustó la pupila viendo cómo su colega corría por la acera solitaria.

Genoveva nunca había sudado tanto en su vida, por primera vez tenía la playera empapada y Viviana se encontraba igual que ella, incluso hasta su cabello que iba atado en una cola estaba mojado y por su cuello escurrían algunas gotas de sudor. Nunca pensó que aquello le fuera aparecer sexy, pero lo fue. Viviana se veía sexy.

— ¿Todo bien? — inquirió Viviana cuando se dio cuenta de que la estaba mirando.

—Sí, es la primera vez que sudo tanto.

—Bueno, espero que continúes haciéndolo y no se te quiten las ganas solo por transpirar un poco.

—No, para nada. Hace unos días me miré al espejo y me di cuenta de que estoy muy aguada. Las cosas han comenzado a caer.

—Bueno, eso sucede naturalmente se haga lo que se haga.

—No lo creo, yo te veo en muy buena forma — dijo y Viviana se echó a reír —. ¿De qué

te ríes?

—De que dices que estoy en forma.

—Lo estás, mira esos brazos y esas piernas. Estoy segura de que haces algo más que correr.

Viviana se ruborizó al escuchar aquello, ella no se consideraba en buena forma, lo que hacía era solo para mantenerse por lo menos en una condición más o menos respetable. Si de por sí sufría de repentinos dolores, si no movía el cuerpo estaba segura de que en cualquier momento su cuerpo se oxidaría y no podría moverse por sí sola y odiaba depender de otras personas, al menos cuando se ponía enferma. Odiaba sentirse mal.

—Discúlpame, no quería hacerte sentir incómoda — expresó Genoveva al ver el sonrojo de Viviana.

—Está bien, es solo que no creí que pensaras que estaba en forma. Mi sueño era tener una barra de chocolate en mi abdomen, pero me es más fácil comerme el chocolate, que obtener algo como eso. No puedo dejar de comer cosas deliciosas — se lamentó.

—Estoy segura de que al menos tu piel es firme. Mírame a mí — dijo levantándose la blusa a media calle poco antes de llegar a su casa —. Mi panza da pena.

Viviana la miró y se le antojo que, a simple vista, parecía muy suave y casi estuvo tentada de tocar, para ver si era cierto lo que se imaginaba.

—Yo te veo bien. Digo, no somos veinteañeras. ¿Qué más podemos pedir?

Como era de esperarse, después de correr, fueron de compras juntas y Genoveva volvió a comer en casa de los padres de Viviana.

— ¿Por qué no vamos en el mismo auto a la universidad, una semana en el mío y otra en el tuyo? — volvió a proponer Genoveva —. Considéralo, es una manera de cuidar el medio ambiente.

—Mira, qué preocupada por la naturaleza.

—Vivimos cerca. ¿Para qué ir en dos vehículos cuando podemos ir en uno? ¿Temes que tu amante se ponga celosa?

—Qué ocurrencias dices — respondió riendo.

—Entonces, ¿qué dices?

—De acuerdo, cuidemos el planeta.

Genoveva sonrió ampliamente y Viviana sintió que algo extraño revoloteaba en su interior.

Capítulo 8

El lunes, Viviana y Genoveva llegaron juntas a la universidad. Justo en ese momento, Genoveva descubrió a la dueña de la camioneta que había hecho que su coche y el de Viviana se separaran, obstaculizándole la visión.

Irene era la dueña de la camioneta de lujo que se había interpuesto ante ellas; por eso es que había insistido en que fueran juntas. Le parecía una locura que, siendo casi vecinas, fueran en distintos autos, cuando su destino era el mismo, además de que la hora de entrada y salida era igual.

Genoveva se alegró de que Irene y ellas dos hubiesen llegado en el mismo momento, de esa forma, vería a su maestra llegar con ella y no sola; quizás, de esa manera, probablemente se hiciera ideas equivocadas, se desilusionara y se desenamorara de Viviana.

Genoveva se dio cuenta perfectamente de que Irene las había visto, pero disimuló que no las vio y bajó de su camioneta tan rápido como hubo aparcado, para que ellas no la vieran, sobre todo para que su profesora de historia no la mirara. Lo que no sabía la joven es que Viviana era la madre de los despistados.

Cuando Viviana entró al aula, se encontró con Irene, quien le dio un susto de muerte al verla de pie junto a su escritorio, luego su sobresalto fue sustituido por enojo e irritación. Cada vez le parecía más molesta la forma en que su alumna aparecía.

—Qué susto me diste — le dijo Viviana controlando su mal humor por verla —. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Parece que ha perdido los modales, profesora.

—Buenos días, Irene.

—Buen día, profesora. Le he dejado un café — anunció señalando con la vista el vaso de café sobre el escritorio.

—No tenías por qué tomarte esa molestia — dijo pasando a un lado de ella, para colocar su bolso y algunas carpetas sobre el mueble.

—Es solo para agradecer el que me haya permitido sentarme en la misma mesa de la cafetería el viernes.

—Estoy segura de que tú hubieras hecho lo mismo por nosotras.

El término en plural de “nosotras” no le gustó nada a Irene. Escuchar aquello era casi como una declaración de que su profesora se encontraba en una relación. Aun así, con el corazón enfurecido y lleno de rabia, se atrevió a preguntar con una calma que no sentía.

— ¿Están saliendo?

A Viviana casi le da un ataque al miocardio cuando escuchó aquella pregunta, pero debía de imaginarse que en algún momento alguien tendría la inventiva de suponer y ver cosas en donde no eran. Aun así, debía de dejar en claro que entre ellas no ocurría nada, solo eran... ¿Qué eran? ¿Amigas? Quizás eran algo así, una amistad y nada más.

—No tengo por qué darte explicaciones de mi vida privada — manifestó Viviana con voz y mirada seria a Irene —. La profesora Genoveva y yo solo tenemos una amistad, nada más. Te lo digo porque no me gustaría que se anden difundiendo rumores en la universidad de romances que no son.

—Sí, lo siento, profesora — murmuró Irene fingiendo estar avergonzada, aunque por dentro se moría de la alegría y felicidad de saber que entre ellas no había nada.

Tras disculparse, Irene giró sobre sus talones y salió del aula, dejando a Viviana con la bilis en la garganta.

Por la tarde, cuando se dirigía hacia el coche de Genoveva, se encontraba molesta por el momento tan incómodo que tuvo que pasar esa mañana delante de su alumna. Con el ceño fruncido, se recostó en el auto, justo en la puerta del piloto a la espera de que la profesora de literatura llegara.

Genoveva había tenido un día normal, nada fuera de lo común, excepto por la hora del almuerzo, que notó a Viviana algo seria y tensa, pero no preguntó nada y a ella no le pareció correcto presionarla para que hablara. Ya trataría de saber lo que le ocurría a la hora de salida. Cuando se acercaba a donde había dejado su auto estacionado, vio que Viviana ya se encontraba aguardándola, solo esperaba que no estuviera molesta con ella por el breve retraso.

—Hola, tú — la saludó Genoveva al llegar.

Viviana alzó la vista y se le quedó mirando. Genoveva se dio cuenta de que estaba enojada, lo sabía porque las pequeñas arruguitas que había en su frente estaban pronunciadas, cuando, normalmente, estaban relajadas.

—Hola, ¿nos vamos?

—Claro, ¿esperaste mucho?

—No, ¿qué estabas haciendo? — la pregunta sorprendió a ambas, pero Viviana rodeó el auto, fingiendo no darle tanta importancia a lo que había acabado de cuestionar.

—El profesor de matemáticas me ha invitado a su fiesta de cumpleaños y hemos cruzado más palabras de lo habitual. ¿Te ha invitado a ti también?

—Sí.

—¿Vas a ir?

—No lo sé. Soy muy floja y, si voy, una vez que como se acaba la diversión de la fiesta y deseo regresar a casa inmediatamente. ¿Tú iras?

—¿Me acompañarías?

—No — dijo rotundamente Viviana, subiendo al auto.

—¿Por qué? — la cuestionó Genoveva, acomodándose en el lado del conductor, para luego encender el auto.

—Porque creo que hemos empezado a dar una imagen equivocada.

Genoveva la miró confundida por un momento antes de terminar de salir del estacionamiento de la universidad.

—¿De qué hablas? — quiso saber una vez se puso en marcha para salir del plantel.

—Que Irene cree que estamos saliendo como algo más, no solo como amigas.

—¿Es solo ella o alguien más?

—No lo sé, ella me lo preguntó esta mañana.

—Creo que has caído en su trampa de saberlo por ti misma — expresó con una sonrisa en los labios que irritó aún más a Viviana —. Está celosa y, por tanto, quería despejar dudas. ¿Cuándo lo preguntó?

—Esta mañana.

—Seguramente lo hizo porque nos vio llegar juntas.

—Sabía que no iba a ser buena idea venir las dos en un mismo coche.

—¿Acaso te importa lo que digan los demás?

—No — respondió sin dudar.

Guardaron silencio un momento, mientras Genoveva esperaba que al menos sirviera para que Viviana se relajara.

— ¿Por qué si la fiesta de su cumpleaños no es hasta el sábado, invita con tantos días de anticipación? — inquirió Genoveva luego de un rato.

— Porque hay gente a la que le gusta celebrar que se pone viejo cada año.

— ¿Y a ti no?

— No.

— ¿Por qué?

— ¿Te parece bueno celebrar que cada año te vuelves mayor y que los achaques aumenten?

— Eso no es tan bueno, pero es señal de que alcanzamos una edad que muchos no alcanzan a llegar y es una manera de celebrar que aún seguimos con vida.

— Si tú lo dices.

— Qué amargada — dijo Genoveva y Viviana no pudo evitar sonreír.

La semana transcurrió rápido y, cuando menos lo pensaron, ya era sábado y se encontraban esa mañana, como venía siendo regularmente cada fin de semana, de compras. No obstante, ese día tenían como objetivo, además de adquirir mercancía, mercar un regalo para el colega que las había invitado a su fiesta.

— ¿Qué le podré regalar? — le preguntó Genoveva a Viviana mientras caminaban por los pasillos de prendas masculinas esa mañana —. Es un hombre maduro que ya lo tiene todo. ¿Tú que vas a regalarle?

— Algo que se coma — respondió enseguida —. En particular, es lo que prefiero que me regalen si no saben qué darme. Sea lo que sea, mientras sea comestible es bueno.

— Qué práctica eres.

— Júntate conmigo — dijo, guiñándole un ojo.

Al final, allí estaban las dos en la casa del profesor de matemáticas. Se acomodaron las dos en una mesa bajo la sombra de un árbol, luego de haberle entregado sus respectivos presentes al cumpleaños, que se encontraba feliz hablando, saludando y dándole la bienvenida a todo aquel que llegaba.

Viviana, sin esperárselo, se encontró a gusto en la fiesta y sobre todo en la compañía de Genoveva, que, a pesar de que antes no la soportaba mucho, ahora pasaba mucho tiempo con ella y comenzaba a darle miedo. Por momentos, dejaba que estos pensamientos no la inquietaran, pero, otras veces, le era imposible no pensar en que aquella amistad derivara a que sus sentimientos la llevaran por ese mal camino en que la hacía distanciarse de las personas.

Unas horas más tarde, se despidieron del cumpleaños y de su esposa. Viviana había permanecido más tiempo en la fiesta de lo que usualmente acostumbraba, se encontraba realmente entretenida, como nunca, sobre todo la compañía de Genoveva era diferente, así que se halló a gusto.

Cuando salieron a la calle y se dirigieron hacia donde Genoveva había aparcado el auto, se dieron cuenta de inmediato que las cuatro llantas del vehículo estaban ponchadas y en la acera no se veía ni un alma.

— ¡Pero qué carajos! — exclamó Genoveva al ver su auto.

— Esto fue hecho por pura maldad — manifestó Viviana viendo lo mismo.

— No puedo creerlo. ¿Por qué solo a mí de tantos autos que había? — Genoveva y Viviana se miraron a los ojos.

— Puedo llamar a alguien que conozco para que las repare — dijo Viviana —. Es de confianza. Lo llamo, esperamos a que llegue y, si no quieres esperar, vamos a mi casa y cuando esté listo, te traigo en mi auto ¿Qué te parece?

—Te lo agradecería mucho.

A sus padres les sorprendió ver a Viviana llegar a casa con Genoveva, ya que anteriormente se había mostrado disgustada cada que ella iba, pero, ahora, parecía que la aceptaba y no sabían hasta qué punto. La perspectiva de su hija había cambiado referente a su colega, quizás ahora la miraba de otra manera, porque del odio al amor había un solo paso.

—¿Qué tal les fue en la fiesta? — les preguntó Francisca al verlas.

—Bien, hasta que llegamos a donde estaba el coche de Genoveva estacionado y lo encontramos ponchado de las cuatro llantas — relató brevemente Viviana.

—¿Quién lo hizo? — la pregunta de Francisca hizo que Viviana pusiera en blanco los ojos y fuera Genoveva la que respondiera.

—No lo sabemos. Cuando salimos lo encontramos así y tuvimos que venir en taxi.

—¿Y el carro? — preguntó esta vez el padre de Viviana.

—Tuvimos que llamar una grúa, las llantas fueron ponchadas con un taladro — le respondió su hija —. Son pérdida total.

—Se ensañaron con mi auto.

Lo que ambas no se explicaban es cómo es que habían tenido la oportunidad de agujerear las cuatro llantas con un taladro más de una vez. A la vista, todas las llantas no tenían remedio, Genoveva tendría que comprar cuatro llantas nuevas.

Viviana no había querido que Genoveva se fuera a su casa pronto, pues nunca la había visto tan enojada y encolerizada como hasta esa noche. Por eso, se la llevó a la cocina, le indicó que tomara asiento y le preparó un té, el cual endulzó con miel.

—Gracias — le dijo Genoveva y Viviana se sentó a un lado de ella con otra taza —. Te hubiera aceptado la propuesta de no ir.

—No digas eso. Nos la pasamos bien, ¿no?

—Sí.

—Pues eso es lo que importa.

Genoveva jamás esperó escuchar eso de Viviana, pero allí estaba, sorprendiéndola de nuevo y le gustaba.

—Es mejor que le haya sucedido eso al coche y no a nosotras. ¿No crees?

—Tienes razón — reconoció dando un suspiro, para después darle un sorbo al té.

—No te preocupes por eso ahora. Mañana será otro día y te ayudaré con los gastos.

—No tienes por qué hacerlo.

—Bueno, no vamos a discutir por eso en este momento. Fue una imprudencia de mi parte.

—Pero quieres hacerlo.

Viviana solo respondió con un encogimiento de hombros. De alguna manera siempre terminaban con alguna pequeña diferencia. Era como después de ir en línea recta, a alguna de las dos se les ocurriera tomar una ruta distinta, para luego de eso, volver a retomar las cosas desde el tramo bueno, no desde aquel que se tornaba pedregoso y feo.

Cuando se terminó el té, Genoveva se encontraba más tranquila y Viviana dio un largo bostezo. El reloj de la cocina marcaba las diez de la noche y en la casa ya no se escuchaba el ruido de la televisión.

Viviana sabía que sus padres ya se habían ido a la cama y que ella probablemente también lo hubiera hecho si no fuera por la presencia de su colega, que la mantenía aún despierta.

—Creo que ya es hora de que me vaya — dijo Genoveva bajándose del taburete en el que

se había sentado —. Es tarde, tus padres ya se han ido a dormir y yo aquí desvelando a su retoño — se burló —. No quiero que mañana me reclamen.

—Idiota.

— ¿Con que así nos llevamos?

—Lo siento, se me escapó — dijo sonrojada, al tiempo que se llevaba las manos a la boca.

Genoveva soltó una carcajada y, al acordarse de que ya había personas durmiendo, imitó a Viviana en eso de taparse la boca con las manos. Como si fuesen dos chiquillas, salieron de la casa para reír un poco más a gusto. Viviana debía admitir que, pese a las llantas ponchadas, se la había pasado bien y aún continuaba riendo como si fuese una estúpida sin saber por qué.

—Debo irme, aunque la verdad no tengo ganas de hacerlo — confesó Genoveva.

Viviana se le quedó mirando, ella sentía lo mismo. No quería que se fuera, pero si lo decía en voz alta, sería como empezar de nuevo otra vez con esa manía que tenía de enamorarse de las amigas y con Genoveva se lo pasaba bien, y no quería espantarla ni que la rechazara, porque eso sería muy vergonzoso a su edad. Ser rechazada sería la mayor herida a su ego.

—Bien, ve con cuidado.

—Lo haré.

—Si ves algo raro o extraño, llámame.

—De acuerdo — respondió Genoveva alejándose de Viviana sin dejar de mirarla, caminando de espaldas.

—Mira por dónde vas o te caerás.

—Hasta mañana, bebé — le dijo burlona.

Viviana odiaba que le llamaran bebé, pero no pudo evitar sonreír cuando lo escuchó por parte de Genoveva, que solo lo hizo para molestarla, consiguiendo lo contrario y Genoveva estaba más que feliz de ver aquella sonrisa de perlas perfectas.

Capítulo 9

Como fue domingo, el auto de Genoveva no pudo ser arreglado, así que tendría que esperar hasta el lunes para que le echaran mano. Aun así, esa mañana, Viviana estaba muy temprano como el día anterior en la puerta de su colega para ir a correr otra vez. Aunque Viviana solo lo hiciera los sábados, por motivación de su colega, decidió hacerlo también el domingo.

Cuando Genoveva abrió la puerta, lo primero con lo que se encontró fue con una enorme sonrisa de Viviana y se estaba enamorando de esa forma en la que le sonreía. Mientras que Viviana esperaba ansiosa la salida del sol por la puerta en la que se asomó Genoveva, con esos ojos verdes y ese lunar que decoraba justo el pómulo de su mejilla izquierdo, haciéndola parecer una mujer seductora.

El sol brilló con fuerza y no desde el horizonte, sino en el momento en que Genoveva le mostró a Viviana su mejor sonrisa de la mañana.

—Pensé que la bebé no se iba a levantar temprano hoy — dijo mirándola aún con la sonrisa pintada en sus labios.

—Para que sepas, esta bebé está acostumbrada a levantarse temprano y siempre despierto a la misma hora. Me es imposible quedarme en la cama por más tiempo.

— ¿Por qué?

—Porque luego me duele la espalda o me da nervios.

—Abuela — le enseñó la lengua y echó a correr —. ¡Alcánzame si puedes, abuela! — le gritó mientras de alejaba en su carrera.

—Sigue corriendo así y no aguantarás demasiado.

Como era de esperarse, Viviana alcanzó pronto a Genoveva, que no pudo mantener la misma velocidad con la que inició a correr por más tiempo y comenzó a jadear casi como un perro, mientras que Viviana se reía de ella.

Cuando regresaban, frente a la casa de la profesora de literatura se encontraba un auto que Viviana sabía no pertenecía a ninguno de los residentes de por allí, no obstante, se dio cuenta de que una inusual alegría se apoderó de Genoveva, ya que cada que terminaba de correr, su estado de ánimo era deplorable, casi como si hubiera estado perdida en el desierto.

— ¿Conoces el auto? — le preguntó Viviana deteniendo a Genoveva del brazo con tal fuerza que le sorprendió.

—Es el coche de mi amiga Ana — dijo mirando a Viviana.

— ¿Estás segura?

—Sí, ¿por qué?

—Lo pregunto por lo de tu coche.

— ¿Piensas que vine huyendo de algo o de alguien, me han encontrado y ahora quieren desaparecerme?

—No lo sé.

—Qué imaginación la tuya — dijo tomando la mano de Viviana que sujetaba su brazo —. Vamos, te presentare a mi amiga.

—Pensé que te habías mudado de nuevo — le dijo Ana cuando bajó del auto y sus ojos se clavaban en las manos unidas de su amiga y la mujer que suponía era la que le había ayudado a cambiar la llanta del carro.

—Solo salí a correr con Vivi. Viviana, ella es mi amiga Ana.

—Un gusto — dijo la profesora de historia estrechando la mano de Ana.

—Igualmente, Viviana. Ya he escuchado de ti.

—Espero que cosas buenas.

— ¿Acaso haces cosas malas?

—No, para nada. Soy una Santa.

— ¿Por qué no me dijiste que venías? — le reprochó Genoveva, soltando la mano de Viviana, quien echó de menos el contacto.

—De veras que no te he saludado — recordó Ana, para enseguida darle un fuerte abrazo a su amiga —. No te avisé porque quería darte una sorpresa. Pero deberías darte un baño — dijo arrugando la nariz, luego se acordó de que su amiga no estaba sola, sino que Viviana se encontraba en las mismas condiciones —. No lo dije por ti — se dirigió a Viviana.

—Descuida. Fue un gusto conocerte, Ana. Nos vemos.

—Nos vemos — respondió Genoveva con una gran sonrisa.

Ana miró a su amiga y se dio cuenta de que aquella mujer le gustaba más de lo que llegó a imaginar a través de aquella llamada. Ciertamente, no era el tipo de mujer que solía conquistar Genoveva; Viviana no era fea, su belleza era natural y sobre todo era agradable; se había ganado a Ana más rápido de lo que la ex de Genoveva lo hizo en el tiempo en que estuvieron casadas.

—Creo que vas a necesitar un babero — la picó Ana.

— ¿De qué hablas?

—De las babas que están escurriendo ahora mismo por tu barbilla.

Genoveva hizo ademán de limpiarse, pero se dio cuenta enseguida de que Ana lo decía porque se había quedado mirando el vaivén de las caderas de Viviana.

— ¡Babosa!

—Babosa debes de traer otra cosa.

—No puedo creer lo que escucho — manifestó tapándose la cara con las manos.

—Te gusta — sentenció.

—No es cierto — negó mirándola, sin embargo, se sonrojó y su mentira quedó al descubierto —. Bueno, un poco.

—No lo creo, te gusta bastante. Aunque no es del tipo de mujer en el que solías fijarte. Pero me agrada, me cayó bien.

—Hoy tuviste suerte, la encontraste con una de sus mejores caras. Ella suele ser reservada y seria con las personas que recién conoce. No obstante, la primera que conocí fue la misma que viste tú — Genoveva se le quedó mirando con gesto interrogativo —. ¿Por qué no trajiste a la familia?

—Porque van a ir a una fiesta y yo no quería ir con ellos. Es solo para niños y mamás.

— ¿Acaso tú no eres mamá? — inquirió levantando una ceja.

—Sí, pero me aburren las fiestas de niños. Menos las de mis hijos — aclaró.

Viviana se había ido confiada a su casa una vez que supo que el auto que se encontraba delante de la casa de Genoveva era el de su amiga, aquella de la que le había hablado hacía pocos días y que dijo ya tenía ganas de ver, razón por la que Viviana se alegró mucho por ella.

El lunes, fueron a la universidad en el auto de Viviana. Estacionó en el lugar de siempre, esta vez, Genoveva se percató de que la camioneta de Irene no estaba, así que eso la hizo alegrarse de que su colega no se pondría mal humorada al ver a la joven tan de mañana y estacionada cerca.

Cuando Viviana y Genoveva estaban por separarse, para la primera entrar a su aula y la otra continuar caminando unos pasos más allá, alguien, intempestivamente, salió del salón,

tropezando con ambas, derramando las bebidas calientes sobre Genoveva.

— ¡Quema! — fue lo único que atinó a decir la profesora de literatura mientras intentaba despegarse la blusa de la piel, la cual sentía que le ardía.

—Yo... Yo... lo siento mucho, de verdad — balbuceó Irene, visiblemente avergonzada por lo ocurrido.

Viviana se encontraba bastante enojada y se mordió la lengua para no gritarle que se fijara a la hora de andar. Genoveva notó la ira en su colega y le tomó del brazo, para llamar su atención un momento. Si de algo se había dado cuenta la profesora de literatura es que Viviana era enojona. Todo lo encantadora, amable y simpática que podía llegar ser a veces, también lo tenía de brava.

—Está bien — habló Genoveva tratando de no hacer sentir más incómoda a Irene, que solo se encontraba más preocupada por la reacción de su maestra de historia.

—Deberías tener más cuidado, Irene — la reprendió Viviana, tratando de no sonar tan severa.

—Lo sé, lo siento. No esperé encontrarme con nadie.

—Pues ya ves que sí. ¿Qué hacías tan temprano en el aula?

—Solo venía a traerle un café.

—Ya, muy amable de tu parte — su voz fue irónica.

Sin más que decir, Irene con los ojos algo empañados de lágrimas, se alejó de ellas corriendo por los pasillos, en los cuales resonaron sus pasos. Genoveva se sintió un tanto avergonzada por la situación, pero el ardor en la piel en la zona de los pechos le continuaba molestando.

—Creo que fuiste un poco dura con ella — manifestó Genoveva.

Como otras tantas veces, Viviana puso los ojos en blanco y luego la miró.

—Yo, en tu lugar, en vez de compadecerme de ella, estuviera echando chispas por haberme bañado en café caliente.

—Tendré que ir a cambiarme.

—Tengo ropa limpia en mi bolso, si quieres. Te acompaño al baño, te limpias y te cambias allí.

— ¿Por qué traes ropa a la universidad? — inquirió curiosa, mirándola con su habitual ceja enarcada.

—Porque ya una vez me sucedió lo mismo. Incluso, tengo pomada para quemaduras.

—Mujer precavida vale por mil.

Una vez en el baño, Genoveva se dio cuenta de que buena parte de su pecho y abdomen, por donde el café caliente había escurrido, estaba roja. Deslizó un dedo sobre la piel escocida y experimentó una extraña sensación, luego tomó la pomada que Viviana le había dado y comenzó a aplicar con cuidado. Una vez aplicada, cogió las prendas que su colega le otorgó y no pudo evitar reprimir el deseo de olerla. Genoveva no era fetichista, pero se llevó a la nariz el sostén de Viviana; estaba segura de que le quedaría un poco grande, pues la profesora de historia tenía un poco más de pechonalidad que ella.

Para no sentir que era una loca perversa, se puso rápido el sostén y prosiguió a tomar la blusa; aunque de igual forma no pudo evitar llevarse a la nariz y aspirar el aroma a suavizantes de tela y el aroma de su perfume, ese que usaba y que tanto le gustaba. Con una sonrisa, se terminó de vestir y salió del baño, en donde Viviana la esperaba.

—Gracias por todo — le dijo, al tiempo que le entregaba la pomada.

—De nada.

—Ya van dos veces que me salvas.

—Qué va. ¿Cómo se ve?

—¿Qué cosa?

—La quemadura, tonta.

—Con que así nos llevamos — le devolvió lo dicho y ambas rieron —. Nada grave, tu pomada me ha aliviado pronto el malestar.

—Me alegra.

Por la tarde, una vez que su jornada en la universidad culminó, se dirigieron al servicio automotriz para recoger el coche de Genoveva, ya que le habían prometido que lo tendrían listo para esa tarde y, efectivamente, el coche volvía a estar en perfecto estado, solo que hubo una pequeña disputa a la hora de pagar los gastos.

—Te dije que yo te ayudaría.

—No es tu auto — replicó Genoveva.

—Lo sé, pero fui contigo y me siento responsable.

—No, no fue tu culpa, ni la mía.

—Juguemos un piedra, papel o tijera. Si tú ganas, no pago nada, si yo gano, te daré la mitad.

—No, la mitad es demasiado — dijo, sintiendo cierta vergüenza de que Viviana quisiese jugar al piedra, papel o tijera para influir en si pagaba o no.

—Acéptalo, por favor — suplicó.

—De acuerdo — aceptó Genoveva rogando al cielo poder ganarle.

Como era de esperarse, Genoveva perdió y Viviana se salió con la suya, aunque seguramente habría tenido que pedir prestado o usar su tarjeta de crédito, pues la mudanza y la compra de la casa la habían dejado sin ahorros y ahora se había visto en la necesidad de comprar llantas nuevas porque a un loco se le ocurrió perforarlas con un taladro.

¿Estás enojada?

Le preguntó Viviana a Genoveva por la noche a través de un mensaje de texto, ya que cuando salieron del servicio automotriz, la notó distante.

No, ¿por qué?

Te note seria cuando salimos del servicio.

Es solo que me sentí avergonzada contigo.

¿Por qué?

Porque te dije que no quería que me ayudaras con lo de las llantas y la verdad es que no contaba con la cantidad necesaria para pagar. Con la mudanza y la compra del auto me quedé sin mucho dinero

Comprendo

Antes no contaba con un ingreso tan bueno como este

Conmigo no tienes de que avergonzarte

Apuesto que no sabes cómo gastar tu dinero

*Ja, ja, la verdad es que no
Es demasiado para mi sola*

Capítulo 10

Cada día de la semana que pasaban juntas, Viviana y Genoveva se sentían más a gusto en presencia de la otra. Pero la primera había comenzado a encontrar en su escritorio pequeñas notas con letras impresas, en el cual le daban los buenos días o lo guapa, hermosa o dulce que era.

Viviana no dijo nada a nadie sobre estas notas, se las quedó para ella sola. Ni siquiera se lo comentó a Genoveva porque tenía la ligera sospecha de que podría ser ella, ya que la nota no estaba por la mañana, sino pasado el almuerzo, en el que ella luego de regresar de comer iba a los sanitarios y Genoveva se dirigía sola hacia las aulas. Por otro lado, no creía que fuera Irene, pues, desde el día en que le derramara el café caliente a Genoveva en la ropa, no había vuelto a llevarle uno, mucho menos su golosina favorita. Últimamente se había limitado a observarla durante las clases y nada más.

Esas pequeñas notas, la hacían sentirse secretamente joven, haciéndola sonreír, mientras Genoveva la miraba y no podía evitar que también en sus labios se dibujara una, porque a ella cada día se le hacía imposible no babear por Viviana.

— ¿Ya le dijiste que te gusta? — le preguntó su amiga Ana una noche en la que llamó a su amiga para saber de ella —. Al menos ya te diste cuenta de lo que era obvio, ¿no? Has dejado pasar mucho tiempo ya.

—Solo han pasado tres meses.

—Y eso es demasiado tiempo para las lesbianas — se burló —. Ya estuvieran viviendo juntas.

—No quiero pasar por lo mismo que ya pasé una vez y Viviana es diferente.

—Si ella es diferente ¿Por qué tienes miedo?

—Tengo miedo de no ser lo que ella espera.

—¿Tú qué quieres? ¿Quieres algo serio o solo una aventura?

—Yo quiero todo con ella, compartir mi casa, su gata y todo.

— ¿Y qué te detiene?

—Que me rechace.

—No creo que lo haga, ella te miraba de la misma manera en que lo haces tú y, por lo que me cuentas de todo lo que ha hecho por ti, está más que claro que tienes un sí asegurado de su parte.

El sábado, minutos antes de que Viviana fuera a su casa para ir a correr como cada mañana del fin de semana, fue al jardín de la vecina que tenía a dos casas de distancia y robó una de las muchas rosas que había en ese momento. De haber podido, le habría comprado una, pero era muy temprano para que hubiera alguien vendiendo. Estaba nerviosa y lo estuvo más cuando escuchó que tocaron a su puerta. Eso quería decir que la mujer con la cual deseaba pasar el resto de los días que le quedaban, ya había llegado.

A Genoveva le sudaban las manos por el nerviosismo, así que se las secó en el short que llevaba puesto. Una vez hecho esto, se dirigió a la puerta, con la rosa en la mano, pensando en la frase que le diría al dársela. Tomó aire y abrió.

—Buen día — la saludó Viviana con una sonrisa.

—Buen día — y apenas cerrar la puerta tras de sí, le tendió la rosa a Viviana —. ¿Cómo vive esa rosa que has prendido en tu corazón? Nunca hasta ahora contemplé en la tierra sobre el

volcán la flor.

Viviana miró a la rosa y la cara sonrojada de Genoveva, aunque ella misma estaba segura de que su rostro también se encontraba igual de sonrojado que el de su colega, que por fin se había atrevido a mostrar sus sentimientos.

—Gracias — dijo Viviana emocionada, con apenas voz. Realmente le había gustado el detalle y sobre todo que fue acompañado de palabras —. ¿De quién es el poema?

—De Gustavo Adolfo Bécquer —respondió Genoveva un poco más tranquila.

Se quedaron calladas, mirándose a los ojos. Genoveva nunca antes se había sentido tan nerviosa ante otra mujer. Siempre que ligaba con alguna, ni siquiera le sudaban las manos, se encontraba muy segura de conseguir lo que quería; pero esta vez y en esta ocasión, con Viviana era distinto, porque con ella no quería solo una aventura, con ella estaba dispuesta a volver a intentar hacer una vida, una familia si es que las circunstancias se daban.

—Yo... me gustas — declaró Genoveva —. Y no para una aventura — se apresuró a decir.

Genoveva la miraba a los ojos y Viviana le sostenía la mirada con el corazón acelerado, mientras se estremecía de pies a cabeza por la emoción, pero se contenía de mostrar su excitación. Aun así, no pudo evitar dibujar una enorme sonrisa que hizo que el corazón de Genoveva volviera a latir potente dentro de su pecho.

—Tú también me gustas — se confesó también. Al menos le debía eso —. Solo que yo no traje una rosa.

—Has hecho tanto por mi desde que nos conocimos. ¿Acaso fue porque te gusté?

—Me fijé en tu belleza después de que bajé de mi auto y vi tu rostro. Fue hasta ese momento. Difícilmente las mujeres como tú se fijan en mí.

— ¿Las mujeres como yo?

—Sí, guapas, con bonito cuerpo y de ojos verdes. Además de eso, eres inteligente y me soportas.

—Ese es tu encanto particular. Sobre todo, me encanta tu buen corazón.

Viviana puso los ojos en blanco. Se sentía ridícula ahora por la situación, pero no podía evitar que, por todo su cuerpo, hubiera una agradable corriente eléctrica llevándole felicidad a cada neurona de su cerebro.

—Tienes tu genio, pero eres una buena persona — continuó Genoveva —. Sobre todo, con los que quieres. Me he dado cuenta de eso.

— ¿Tienes un florero? — preguntó Viviana —. No quiero que se marchite. Cuando terminemos de correr, me la llevo.

—Claro.

Con una sonrisa tonta en la cara, entraron a la casa y Genoveva fue por un florero, el cual llenó con agua y se lo entregó a Viviana para que colocara la rosa. Se había dado cuenta de que la rosa era cosechada de un jardín, pero no del suyo, sino del de la vecina de unas casas más allá; aun así, no dijo nada, el solo detalle que había tenido de ir a robar por ella, decía mucho. Aunque sabía que no estaba bien robar y estaba segura de que, si le hubiera pedido con anterioridad la rosa a la vecina, se la hubiera dado; por lo general, las personas de la zona no eran malaleche.

—Vente a almorzar con nosotros — la invitó Viviana cuando se terminaba de beber un gran vaso de agua y miraba a Genoveva desplomada en un banco de su cocina. A pesar de que ya tenía varias semanas corriendo al lado de Viviana, aún no se acostumbraba del todo.

— ¿A qué hora?

—Como a eso de las doce del día.

—De acuerdo, ahí estaré. ¿Quieres que lleve algo?

—Sí, tu presencia.

Y sin que Genoveva se lo esperara, Viviana se acercó y le dio un beso en la mejilla, se enderezó de inmediato por la sorpresa y esperaba no oler a chivo. Viviana caminó hacia la salida con la rosa en la mano, mientras Genoveva la siguió como si estuviera bajo un hechizo; era feliz y ya deseaba que fuera mediodía para ir a su casa, verla otra vez y convivir con aquella familia que la hacía sentir cómoda.

Una vez que se bañó y desayunó, Genoveva revisó su alacena y el refrigerador; quería hacer un postre, no deseaba llegar con las manos vacías, ya que no era la primera vez que comía allí y sabía que todos en la casa eran glotones o, por lo menos, amaban comer algo dulce a cualquier hora.

Genoveva encontró lo necesario para hacer un pay. Hacía mucho tiempo que no elaboraba nada de repostería. Desde que se quedara sola había abandonado el gusto por hacerlo, pero ahora volvía a sentir las ganas y el deseo por ello, así que sin pensarlo se puso manos a la obra. Para cuando llegó el mediodía, el pay se había enfriado y ella estaba más que preparada para ir a la casa de su futura novia, ya había dado el primer paso, ahora solo le quedaba hacer esa pregunta para que Viviana no tuviera dudas de sus sentimientos por ella.

Cuando tocaron a la puerta, Viviana se apresuró a abrir. Ese domingo se encontraba su hermana con su esposo e hijos y la profesora de historia había creído que ese día no irían. Ahora estaba la casa llena y los chiquillos molestando a la tía para que jugara con ellos. Por suerte, los había entretenido con un rompecabezas y otros juegos de mesa.

— ¡Hola! — la saludó de nuevo Viviana cuando abrió la puerta con sus sobrinos detrás de cada una de sus piernas. Piernas que Genoveva encontraba espectaculares, firmes y fuertes.

—Hola otra vez.

—Pasa.

—Traje esto — dijo entregándole el pay.

—Gracias, no te hubieras molestado.

—Me hubiera dado vergüenza venir otra vez con las manos vacías — dijo en voz baja una vez que pasó a su lado.

—Niños, saluden. No solo estén de chismosos — los reprendió su tía.

— ¡Hola! — la saludaron los dos niños a coro, mostrándose algo tímidos ante la presencia de Genoveva, que, aunque no era la primera vez que la veían, continuaban tímidos ante su presencia.

Pasaron directamente al comedor, en donde ya todos los integrantes de la familia se hallaban sentados entorno a la mesa del comedor.

—Espero no haberlos hecho esperar — dijo Genoveva algo avergonzada al lado de Viviana, que le tomó de la mano y la guio junto a los dos lugares vacíos que se encontraban del otro lado de la mesa.

—Para nada — le dijo Francisca empezando a servir.

Cada quien se sirvió a su gusto. Solo Arely fue la que les sirvió a sus hijos, solo que el más pequeño comió de una manera muy particular, en la cual se llenó la cara de comida y todo a su alrededor.

Una vez que terminaron de comer, Arely se encargó de limpiar a sus hijos. Francisca, Genoveva y Viviana, fueron las que se encargaron de recoger la mesa y lavar los trastes sucios.

—Es un hueso duro de roer, ¿no? — le dijo Arely a Genoveva cuando degustaban del pay que había llevado —. Pero ya vi que le has regalado una rosa. Nadie nunca le había dado un

detalle. Ha sido buena idea eso de las pequeñas notas en su escritorio.

Genoveva escuchaba entre avergonzada y confundida por no saber de lo que le hablaba Arely.

—Aunque no lo parezca, Viviana es una romántica. Solo es cuestión de que sepas ganarte su confianza y será toda miel.

—Bueno, sí. Ella es muy diferente de las mujeres que he conocido.

—Pues no lo echas a perder y dile siempre la verdad. Ella te las dirá en tu cara y también aceptará cuando se ha equivocado.

Cuando Viviana volvía a la sala de estar, volvió a sentarse junto a ella y le dedicó una sonrisa, una que hasta entonces no había visto hasta ese día, descubriendo que esa era la verdadera que le dedicaba únicamente a ella. Pero también, ahora tenía la incertidumbre de saber quién era la persona que le había dado notas y deseaba hablar con ella en privado. No obstante, la conversación se fue haciendo cada vez más entretenida y para Genoveva fue difícil romper el momento, porque ella lo estaba pasando bien. El tiempo pasó volando y fue casi por la noche cuando Arely, su esposo e hijos se despidieron de todos, causando así la ocasión perfecta para que Genoveva pudiera hablar con Viviana antes de irse.

—Ven — fue lo único que le dijo Viviana a Genoveva antes de tomarla de la mano y llevarla escaleras arriba.

Genoveva no pudo evitar que su corazón comenzara a latir, al imaginarse cosas que talvez Viviana quisiera hacer con ella en su habitación, luego recordó que sus padres estaban abajo y eso la ponía nerviosa.

—Es mi habitación — anunció Viviana apenas poner la mano en el picaporte de la puerta y Genoveva solo asintió nerviosa. Mientras que Viviana le sonrió maliciosa al ver su reacción —. No te he traído a mi habitación para lo que imaginas.

—Yo... no... — balbuceó por primera vez y volvió a ponerse roja —. Ya veo que te gusta burlarte de mí — se quejó, pero le encantaba ese nuevo poder que Viviana tenía sobre ella.

El maullido de Fresa llegó de algún lugar de la habitación.

—Con que aquí estabas, ¿eh? — le dijo Viviana a su gata, cargándola en brazos, y la gata se mostraba feliz de verla —. No le gusta que mis sobrinos vengan a casa, la persiguen para agarrarla y ella no les quiere. Solo me ama a mí.

—¿Y a mí me teme?

—No, huele que ya no eres joven.

—No sé si sentirme halagada o frustrada.

—Yo elegiría lo segundo. ¿Quieres cargarla? — le preguntó —. Solo si quieres, no te voy a obligar, ni tampoco tienes por qué quedar bien conmigo.

—Quiero tocarla, nada más. Se ve que es muy suave.

—Lo es y huele a fresa, así como su nombre.

Genoveva se acercó despacio y la gata se dejó acariciar, para luego comenzar a ronronear y la profesora de literatura comprobó que el animal ciertamente olía a fresa.

—Ya ves. Le gustas.

—¿Qué raza es?

—Angora, pero no sé qué haré cuando ya no esté, cuando sea viejita y ya no pueda seguir conmigo.

Viviana la dejó de nuevo en el suelo y se fue a lavar las manos, dejando brevemente a Genoveva en su habitación. Iba a tocar algo, cuando se acordó de que había tocado a la gata y de que su colega se fue a lavar, así que ella tuvo que seguir sus pasos.

De nueva cuenta, las dos solas en la habitación, Genoveva miró el espacio de Viviana. Era tan como ella, serio, sobrio y con buen gusto; eso sí, había una cama matrimonial, junto a ella, una mesita de noche con una lámpara y, justo en la ventana, una mesa, en la cual, había un portátil, lápices, lapiceros, hojas y algunas carpetas.

—Yo quiero preguntarte algo — le dijo Viviana en tono solemne.

—Dime.

—Esta mañana te lo iba a preguntar y se me olvidó. En los últimos días, he estado encontrando notas en mi escritorio después de que regresamos de comer.

— ¿Notas?

— ¿No son tuyas? Creí que eras tú.

— ¿Por qué lo supusiste?

—Pues... porque sentí que algo había cambiado entre nosotras.

— ¿Qué dicen las notas? ¿Las tienes?

—Las guardé porque estaba casi segura de que tú las ponía en mi escritorio aprovechando el momento en el que yo me iba al baño — dijo dirigiéndose hacia el tocador, del cual tomaba una bonita caja que había sobre este.

—Lamento decepcionarte, pero no fui yo.

Viviana le tendió la caja, la cual contenía unas veinte notas en las que le decía que era hermosa y se deshacía en halagos hacia su persona.

—Yo te hubiera escrito con mi puño y letra, no lo hubiera sacado impreso. ¿Crees que fue Irene?

—Ahora estoy casi segura que sí — aseguró, tomando la caja de manos de Genoveva y la vació en el bote de basura que había debajo de su mesa de trabajo.

— ¿Vas a decirle algo?

—No, a menos que la vea haciéndolo. Hasta ese entonces no me atreveré a llamarle la atención y pedirle que no lo haga, que no estoy interesada en ella y que jamás podré estarlo.

Genoveva se dio cuenta de que Viviana se encontraba ahora algo irritada al saber que no había sido ella la que había dejado las notas en su escritorio.

—Lamento no haber sido yo la de las notas — dijo, acercándose a Viviana y tomando su mano.

—Debí suponer que era algo demasiado inocente y cursi para una mujer como tú.

— ¿Piensas que ya no puedo ser romántica porque tuve una mala experiencia?

—Tal vez — dijo mirándola a los ojos —. Sé que en el fondo de ti temes de la misma forma en la que te emocionas. Puede que yo nunca me haya casado, pero sé lo que es que rompan tus ilusiones.

—Entonces, si sabes que es que rompan tus ilusiones, espero que cuando descubras quién es la persona que deja las notas en tu escritorio, no le hagas daño. Al menos, no seas tan dura.

—Lo prometo — aseguró, dándole un apretón de manos.

—Supongo que ya te has dado cuenta de que no compré la rosa — manifestó Genoveva mirando su detalle dentro de un sencillo florero de cristal sobre la mesa de trabajo.

—Sí.

—Es que lo hice en el momento en que reuní el valor para hacerlo y si esperaba a comprar un rosa, estoy segura que no lo hubiera hecho. Lo que has dicho es verdad, tengo miedo, aunque me agrada lo que comienzo a sentir por ti.

—Te digo desde ahora que yo no quiero ser solo un pasatiempo para ti; me gustas y mucho. Me encantan las mujeres de ojos verdes — le confesó mirándola a los ojos —. Eres casi

como mi sueño hecho realidad, pero no por eso voy a dejar que hagas lo que quieras conmigo.

—No te quiero para un pasatiempo, desde que te conocí supe que no eras ese tipo de mujer y me gusta eso de ti. Eres alguien muy particular, una mujer de la cual nunca creí me gustaría del modo en que me gustas tú. Tan distinta de la que amé y de las que me encontré por allí.

—Espero que no hayan sido muchas, porque debo de admitir que siento que me pateas el hígado si sigo escuchando eso.

—Eso ha quedado atrás hace mucho tiempo, porque después de estar con alguien me sentía perdida y vacía. Me encontraba en un estado mucho peor y cuando me di cuenta de que quizás estaba llevando un estilo de vida equivocado, me detuve, al igual que dejé de beber.

Sus manos aún estaban unidas. Genoveva tenía el deseo irrefrenable de besarla, de abrazarla, pero temía que Viviana creyera que haberla llevado a su habitación era para otras intenciones, cuando claramente estaba que solo había sido para enseñarle las notas, las cuales habían terminado en la basura, dándose cuenta de que con Viviana era blanco o negro, todo o nada y ella quería ser el todo.

Viviana vio el anhelo que había en los ojos verdes de Genoveva y que lo estaba haciendo de lado por temor a su reacción. No obstante, el anhelo de la profesora de literatura era el mismo que el de Viviana; así que, sin mediar palabra, acortó la distancia que había entre ellas, la miró con intensidad a aquellos ojos verdes y acercó su rostro al de Genoveva, quien sintió como la nariz de Viviana rozaba la suya y su aliento golpeaba su boca, haciendo que su deseo por probar sus labios se hiciera más grande.

Cuando los labios de Viviana rozaron los de Genoveva, esta no pudo evitar cerrar los ojos y entreabrir su boca para recibir mejor la de Viviana, quien aceptó la invitación y la besó más profundamente, de manera lenta y dulce, provocando que Genoveva se estremeciera de pies a cabeza y deseara más y más de Viviana, quien llevó las manos a su cintura y la atrajo hacia su cuerpo. Genoveva se sorprendió de lo suave y firme que era aquella anatomía, mientras que Viviana, se alegraba de sentir aquel cuerpecillo delgado y blando junto al de ella. Viviana siempre había comparado el cuerpo de una mujer con el de una nube o el de un algodón de azúcar, suave y dulce; algo que nunca podrían tener los hombres, y ella tampoco, aunque fuese mujer, ya que ella sentía que su cuerpo era diferente al de su hermana o su madre, pero no sabía que estaba equivocada, porque Genoveva estaba experimentando cosas muy distintas.

Capítulo 11

Tras saber sus sentimientos, ahora les era imposible no tomarse de las manos mientras viajaban en coche rumbo a la universidad esa mañana del lunes. Cuando Genoveva pasó por Viviana a su casa, tras darse los buenos días, se dieron un breve beso en los labios y partieron.

Como acostumbraban, fueron a comer juntas a la cafetería, aunque en esa ocasión, Viviana pidió usar el baño del lugar y no le fue negado por ser clienta asidua. Ese día estaba decidida a poner fin y a descubrir quién era la persona que le dejaba las notas anónimas. No estaba dispuesta a consentir un día más sus días de enamorado anónimo.

Antes había odiado la presencia de Genoveva en su día a día en la universidad, pero ahora se había acostumbrado a ella, a conversar, comer, reír y convivir más de lo que antes pensó debía de arriesgarse a estar cerca de ella.

— ¿Por qué te molestaba estar conmigo? — esa era una pregunta que Genoveva se moría por hacer a Viviana y aprovechó el momento justo para hacerlo cuando la tomó de la mano al salir de la cafetería. Como estaban lejos de la universidad, no vio el problema de hacerlo.

— Porque siempre solía enamorarme de las mujeres con las que compartía mucho tiempo y, al final, ellas nunca sentían nada por mí. Por eso, evitaba pasar tiempo contigo. Porque ya me gustabas, al menos a la vista y eso era un pecado para mí.

— Te viste muy grosera.

— Pero tú eres muy terca. Insististe y aquí estamos — dijo levantando sus manos unidas.

Viviana se alegraba de haberle dicho la verdad y Genoveva de saber que su colega gustaba de ella desde que la vio. Cuando se acercaban a la universidad, se soltaron de las manos, aún no deseaban que circularan rumores de ellas, sobre todo, por aquel enamorado de las notas; aunque Viviana tenía un fuerte presentimiento de que era Irene y, por eso, no deseaba que las vieran de modo cariñoso.

— ¿Vas al baño de nuevo?

— Es solo para despistar y hacerle creer que voy al baño. Estoy segura de que nos espía. Así que haz lo de siempre, ve tú por delante y de ese modo quizás lo o la sorprenda.

— Bien.

Viviana fingió que iba al baño y de inmediato regresó al pasillo, o más bien, casi corrió para llegar a su aula a tiempo para ver quién era la persona de las notas. Cuando llegaba, Genoveva estaba unos pasos más allá de su salón, se encontraba en absoluto silencio recostada en la pared. En el momento en que Viviana la vio, redujo su velocidad y Genoveva le hizo señas de que la persona estaba dentro. Así que, sin dilatar un segundo más, entró y su pesadilla se hizo realidad.

Cuando Irene se daba la vuelta para marcharse, se topó con su querida profesora, quien cerró la puerta, para asegurarse de que nadie entrara o aquel que llegara a pasar por allí escuchara lo que tenía que decirle a su alumna, quien se puso más blanca de lo que era y comenzó a jugar ansiosamente con sus manos, mientras mantenía baja la cabeza.

Sin decir palabra, Viviana se acercó al escritorio y buscó la nota, la cual encontró como siempre entre sus cosas. Miró a Irene que aún seguía dándole la espalda y tan quieta como una estatua de piedra.

— Así que eras tú la de las notas — habló con voz serena —. Es muy halagador de tu parte todo lo que me dices, pero no puedo corresponderte ni es correcto.

Al escuchar aquello, Irene por fin tuvo el valor de girarse y darle la cara.

— ¿Por qué? ¿Por qué no puede corresponderme? ¿Porque yo soy su alumna y usted mi maestra? Si es por eso, nadie tiene por qué saberlo — Irene sonaba desesperada.

—No es solo por eso.

— ¿Entonces? — inquirió acercándose a Viviana.

—Soy una mujer mayor que tú, con ideas y pensamientos distintos a los tuyos.

— ¡Eso no tiene nada que ver! ¡Hay muchas parejas con diferencia de edad!

—Lo sé, pero no es mi caso.

— ¿No le gusto?

—No, Irene. Eres joven y hermosa, pero no me gustas. Hay alguien en mi vida y solo esa persona es quien me gusta.

—Es la profesora de literatura, ¿verdad?

Viviana vio los ojos grises de Irene volverse hielo, al tiempo que desprendían ira y su rostro inocente parecía otro.

—No, no es ella. Ya te he dicho que solo somos amigas y vecinas. Nada más.

Irene volvió sus manos un puño y se alejó de Viviana. Cuando abrió la puerta y estaba a punto de salir, su profesora le dijo:

—Espero que no se vuelva a repetir lo de las notas. Si vuelve a suceder, se lo diré al director de la facultad.

Irene salió sin decir nada y dando un portazo. Justo en ese momento iban a dar inicio las clases y Genoveva ya no tuvo la oportunidad de ver a Viviana, tendría que esperar hasta la tarde cuando se encontraran en el estacionamiento de la universidad para regresar a casa.

— ¿Qué tal fue todo con Irene? — quiso saber Genoveva una vez que salieron del campus.

—Se puso como una fiera.

— ¿De verdad? Ni siquiera le diste motivos.

—Sí y eso es lo que más me sorprende. Su rostro inocente y de niña buena se transformó en el de una mujer totalmente desconocida. Sus ojos parecían brillar de la ira y continúa insistiendo en que eres tú con la persona que estoy saliendo.

— ¿Le dijiste que sales con alguien?

—Sí, se lo tuve que hacer saber para qué entendiera que ella no tiene ninguna posibilidad por muy joven y guapa que sea.

—Me voy a poner celosa.

—No tienes por qué estarlo.

Genoveva le creyó, porque se lo dijo mirándola a los ojos y la convicción que había en sus palabras no dejaba lugar a dudas. Le creía, porque sus acciones hablaban por ella y no sabía mentir.

Los días que siguieron Irene se mostró indiferente con Viviana, incluso parecía no mostrar interés absoluto en las clases y la profesora solo una vez le llamó la atención. Ya todos eran adultos, así que ellos sabían si atendían a lo que enseñaba.

—Las mentiras se pagan — murmuró para sí misma, llena de rabia, mientras apretaba el volante del vehículo entre sus manos.

Aparcó en la calle y bajó de la camioneta, merodeó por la zona hasta dar con la casa que le interesaba. Se colocó la capucha de la sudadera que llevaba y caminó por la acera, que se encontraba solitaria.

—Michi, michi, michi, — comenzó a llamar al felino que se encontraba sentado en la penumbra lamiéndose su pata delantera —. Ven gatito, ven bonita — le habló de modo cariñoso al tiempo que abría una bolsita de alimento para gato y depositaba un poco delante del animal.

El gato dejó de limpiarse su pata y comenzó a oler lo que le habían servido, con un poco de desconfianza. Se acercó poco a poco, hasta que dio el primer lengüetazo al alimento. Se terminó lo servido y ella le puso más hasta que se terminó el sobre.

—Miau.

—Eres un pequeño glotón — dijo, estirando su mano lentamente para acariciarlo y para su grata satisfacción el felino se dejó —. Eres tan suave.

El gato comenzó a ronronear y, al ver su cariño, lo tomó en brazos.

—Mañana te voy a traer más ¿Sabes?

—Miau — le contestó el gato.

— ¡Fresa! — alguien gritó —. ¡Fresa! ¿Dónde estás?

El animal comenzó a removerse en los brazos de la desconocida.

—Así que tú eres fresa. Nunca me equivoco. Ve con tu dueña — dijo, dejándola en el suelo —. Mañana volveré y te traeré más de eso que te gusta — prometió mientras veía a la gata correr.

— ¿Qué vas a hacer este fin de semana? — le preguntó Viviana a Genoveva.

—Supongo que estar en casa, aunque el próximo fin pienso ir a visitar a mi amiga Ana. ¿Te gustaría acompañarme?

—Sí, ¿por qué no?

— ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—Mis padres harán un viaje de fin de semana, únicamente ellos, así que se me ocurrió que podíamos pasarlo juntas en mi casa. Ver películas, series, comer pizza y palomitas — dijo, guiñándole un ojo.

Aquella propuesta no se la esperaba; aun así, le sonaba de maravilla. Ya quería que llegara el sábado y pasar todo el día con ella, más de lo que ya lo venían haciendo, pero en esta ocasión solo serían ellas dos sin nadie a su alrededor y le fascinaba la idea.

— ¿A qué horas quieres que esté en tu casa? — le preguntó Genoveva el viernes por la tarde. Los días de la semana se le habían hecho eternos.

—Bueno, no te creas que te vas a salvar de ir a correr — le avisó Viviana saliendo del estacionamiento, esa semana les había tocado ir en su auto —. Mis padres se van a las siete, a esa hora tú y yo ya habremos terminado de correr. Te vienes bañada y desayunamos juntas. ¿Qué te parece?

— ¡Perfecto! — dijo sonriendo de oreja a oreja y Viviana le tomó la mano como siempre que viajaban de la casa a la universidad y viceversa. Un gesto que para Genoveva no pasaba desapercibido y hacía que su enamoramiento y sentimientos se sintieran seguros.

El sábado fueron a correr como cada fin de semana, se dieron un beso como cada vez que se encontraban y se veían, e iniciaron su marcha. Cuarenta minutos más tarde, Genoveva entraba

a su casa para ducharse y de ese modo partir rápido.

Genoveva llegó a tiempo para desearles buen viaje a sus suegros. Se había apostado a un lado de una Viviana recién duchada que olía maravillosamente bien y tuvo que contenerse mucho para no besarla apasionadamente delante de Francisca y Roberto, que, aunque sabían ya de su incipiente relación, no deseaba que la vieran con malos ojos. Hasta el momento, ellos se habían portado superbién con ella y ya los apreciaba pese al poco tiempo que tenía de conocerlos.

Cuando el auto se perdió de vista, Genoveva abrazó fuerte a Viviana y hundió su rostro en el cuello de su novia. Genoveva se lo había pedido la noche en la que Viviana le enseñó las notas y se dieron su primer beso. En ese momento, tuvo la imperiosa necesidad de pedírselo cuando estaba a punto de irse esa noche, no sabía si había hecho algo anticuado o no, pero solo sabía que con Viviana quería hacerlo, volverlo oficial de alguna manera y dejar en claro sus sentimientos.

—Hueles delicioso — manifestó dejando un camino de besos hasta alcanzar los labios de Viviana, quien le devolvió el beso con la misma pasión que Genoveva la besaba.

Se apartaron dando un suspiro y entraron a la casa para preparar el desayuno. Una vez listo, se sentaron en la mesa de la cocina, una junto a la otra; mientras sus pies, debajo de la mesa, jugaban, sus miradas se encontraban y se bebían el café.

— ¿Qué más planes tienes para este día? — quiso saber Genoveva mientras se llevaba un pedazo de pan a la boca.

—Por el momento, no dejarte ir — respondió con tranquilidad.

— ¿Estoy secuestrada?

—Umm, algo así.

—Me gusta.

Viviana le sonrió con dulzura.

—Iremos de compras, mi madre me ha dejado una lista para que la surta el día de hoy, ya que ellos regresan el lunes y no quiere encontrar la despensa vacía.

—Supongo que no será problema.

Una vez que terminaron de desayunar, fueron a lavarse los dientes y Genoveva se sorprendió de que Viviana la estuviera esperando con un cepillo de dientes nuevo. Su colega se le quedó mirando mientras dentro de su pecho su corazón latía rápidamente y no podía evitar sentirse feliz solo por esa simple cosa.

—No puedo creer que me tengas un cepillo.

—Te dije que te iba a secuestrar — y le dio un piquito en los labios antes de comenzar a lavarse los dientes.

Como no había nadie que las apresurara o las esperara para comer, se tomaron su tiempo para caminar por los pasillos tomadas de la mano, mientras Genoveva empujaba el carrito con su mano libre y Viviana compró palomitas y golosinas para su tarde de series y películas.

— ¿Tienes hambre? — le preguntó Viviana a Genoveva.

— ¿Vas a cocinar?

—Yo no cocino ni en defensa propia. Esperaba que mi novia se ofreciera a preparar algo — dijo, dejándose caer junto a Genoveva en el sofá, mirándola de una forma en que hizo que la mujer en cuestión se sintiera muy especial o quizás era la forma en que Viviana pedía que le cocinara.

—Y yo que creí que me iba a salvar este día de cocinar — iba a ponerse de pie cuando Viviana la retuvo.

—Pediré comida. ¿Qué te apetece?

— ¿Lo que yo quiera?

—Sí, lo que quieras.

—Comida china.

Viviana tomó su celular y buscó el número del mejor restaurante de comida china, bajo la atenta mirada de Genoveva sobre ella. Cuando colgó, Genoveva buscó sus labios y Viviana correspondió al reclamo dulce y urgente que su novia estaba haciendo. Al apartarse, Genoveva deslizó su nariz en la de Viviana. Desde la primera noche en la que Viviana le mostro esa manera de iniciar y culminar un beso, cada que se besaban lo llevaban a cabo.

Viviana acarició el rostro de Genoveva con ambas manos, acomodó su cabello detrás de su oreja y aun no se podía creer que aquella mujer fuera su novia. Era femenina, pero no al extremo, más bien era un tanto práctica. Comenzó a dejar besos en el rostro de Genoveva y esta empezó a reír dejándose hacer. En determinado momento, se dejó caer sobre Viviana y fue ella quien comenzó a besar a Viviana en el cuello. Sin embargo, su juego de besos se vio interrumpido cuando tocaron el timbre. Para ese momento, sus besos habían comenzado a ser pasionales e intensos y su respiración se había vuelto rápida.

Genoveva se apartó de Viviana con una sonrisa en los labios y se le ensancho aún más cuando vio sus cabellos alborotados por el besuqueo que habían estado teniendo en el sofá. Sin darle tiempo a nada más, se apresuró a ir hacia la puerta. Cuando Viviana se dio cuenta de lo que Genoveva pretendía, ya era muy tarde. Cuando llegó junto a ella, estaba pagándole al repartidor.

—Gracias — dijo a modo de despedida antes de volver a cerrar la puerta.

—Qué ventajosa — le dijo una vez que Genoveva se dio la vuelta y se la topó con los brazos en jarra.

—Lo siento, pero si te decía que tú invitabas y yo pagaba, no ibas aceptar — manifestó dándole un beso en la mejilla cuando pasó a su lado —. Ven, vamos a comer y deja de hacer coraje por nimiedades.

Sin decir nada más, Viviana caminó detrás de ella hasta la cocina. Genoveva sacó todo de la bolsa y lo colocó sobre la mesa después de haberse lavado las manos. Se sentaron nuevamente una junto a la otra, para degustar de los platillos que pidieron. Una vez llenas y después de recoger la mesa, se dirigieron nuevamente al sofá en el que se habían besado antes para ver televisión. Viviana ya tenía una lista de las películas que quería ver y se las mencionó a Genoveva para que eligiera cual ver primero. Por suerte, ambas estuvieron de acuerdo en cuál sería la que abriera el maratón de la tarde.

Ambas se acomodaron en el sofá con un tazón de palomitas y Viviana rodeó los hombros de Genoveva con su brazo, a quien le sorprendió el gesto, ya que no era muy dada a las muestras de cariño. La profesora de literatura se había percatado de que, en público, Viviana se limitaba a actuar normal, salvo que de vez en cuando le dedicaba miradas, unas que no le prodigaba a cualquiera, solo a ella, y Genoveva se limitaba a seguir la línea que Viviana le había marcado.

Genoveva la miró y le sonrió, para poco después descansar su cabeza en el hombro de Viviana y esta ladeaba la suya, para unirla a la de Genoveva, viendo de, ese modo, una película tras otra. Solo de vez en cuando una de las dos se levantaba para ir por bebidas o más palomitas de maíz cuando se terminaban, no sin antes haberle puesto pausa a la película.

Eran las seis de la tarde cuando apagaron la televisión, se estiraron y se pusieron de pie.

—Creo que debería volver a casa — dijo Genoveva, dándole la espalda a Viviana.

Sin esperárselo, Viviana la rodeó con sus brazos por detrás y le besó el cuello, Genoveva colocó sus manos sobre las de Viviana y sonrió. Le gustaba que Viviana fuera cariñosa, era muy

dulce el modo en que le demostraba lo que sentía por ella y no es que no tuviera detalles, los tenía, siempre los había tenido, quizá mucho antes de que se declarara, pero era un tanto seca a veces y sabía cómo era su humor.

—Puedes quedarte, si quieres — le propuso.

— ¿Quieres que me quede? — preguntó, girando entre los brazos de Viviana para verla a los ojos.

— ¿Quieres quedarte?

Hacía mucho que no entraban en ese estúpido juego, pero Genoveva quería quedarse y Viviana quería que se quedara.

— ¡Te odio! — dijo algo exasperada, sin poder evitar sonreír.

—Me odias tanto como yo a ti — y la besó en los labios.

Aquello le sonó a Genoveva como una declaración de amor, aunque de manera disfrazada. Hasta ese momento únicamente se habían dicho que se gustaban, mas no que sentían algo más que eso. Sin embargo, Genoveva sentía algo más por Viviana y estaba segura de que a la dueña de Fresa le pasaba lo mismo, pero como era tan reservada y exasperante a veces, no la iba a presionar. Prefería quedarse con el odio, porque realmente sabía que no la odiaba, sino que la amaba.

—Debo ir a encender las luces de la casa y traer un pijama.

— ¿Para qué necesitas un pijama, cuando podemos dormir desnudas? — esto último se lo dijo al oído y la piel de Genoveva se erizó, al tiempo que su bajo vientre se calentaba —. Vamos a tu casa.

Viviana la tomó de la mano y Genoveva se dejó llevar por ella. Una vez en la calle, pensó que la soltaría de la mano, pero caminaron tranquilamente por la acera. Esta vez, el paso de Viviana era tranquilo, se estaba permitiendo disfrutar de la corta y breve caminata de su casa a la de Genoveva. Era la primera vez, desde que la conocía, que iba a paso lento.

— ¿Por qué siempre caminas tan rápido? — le preguntó Genoveva.

—No lo sé, me da pereza ver a la gente caminar como si fuera una tortuga por la calle, no obstante, una vez que suben a un vehículo, van a toda velocidad y luego se detienen en lugares incorrectos o van tan solo a una corta distancia — aguardó silencio un momento y luego dijo —. Supongo que me gusta caminar rápido.

—Ahora vamos lento.

—Es porque solo vamos a tu casa, no tenemos prisa. Me gusta caminar de noche.

— ¿Lo haces a menudo?

—No, es solo porque estoy contigo.

El corazón de Genoveva saltó llenó de alegría y, en lugar de seguir tomada de la mano de Viviana, se abrazó de su brazo y Viviana sonrió ante su efusividad. Una breve distancia andando había hecho que su confianza entre las dos creciera un poco más.

Cuando iban de regreso de nueva cuenta a casa de Viviana, un auto, que iba a toda velocidad, casi las atropella en el momento en el que estaban cruzando la acera. Si no es porque se dan cuenta del loco que conducía sin prestar atención a ellas, probablemente hubieran terminado untadas en el pavimento.

—La gente cada vez está más loca — manifestó Viviana molesta cuando llegaban al jardín de su casa.

—Necesita que le des unas clases, como me la diste a mí — se burló Genoveva.

—Pues gracias a eso, no sigues siendo un peligro.

Capítulo 12

Viviana le dio de cenar a Genoveva la cena ligera que ella acostumbraba hacer, fruta picada con un baño de miel de abeja, granola y pasas. Una vez cenadas, fueron a mirar un rato televisión y, poco antes de que se fueran a la cama, Viviana recibió una llamada de su madre, para decirle que habían llegado bien a su destino y saber si todo se encontraba bien en casa.

Una vez colgar, Viviana llamó a Fresa, pero su gata no apareció. Le parecía extraño, ya que llegaba a pedir su cena mucho antes de las siete de la noche.

— ¿Vas a salir a buscarla? — le preguntó Genoveva.

— No, a veces a Fresa le gusta andar por allí de traviesa y curiosa. Vamos a la cama — le dijo Viviana tomando a Genoveva de la mano —. Pero antes me daré una ducha.

Genoveva la siguió sin decir nada, no sabía si la ducha de Viviana la incluiría a ella o no, así que no dijo nada y la siguió.

— Espérame un momento — argumentó Viviana buscando ropa interior en una cajonera y en otra, un pijama.

— Me dijiste que no necesitaba pijama y tú estás sacando una — le reclamó.

Viviana la miró y le dedicó una sonrisa traviesa.

— ¿Estás decepcionada? ¿Creíste que haríamos otra cosa?

Genoveva se sintió avergonzada además de molesta y enfurruñada. Se fue a sentar en la silla junto a la mesa de trabajo de Viviana y le dio la espalda sin responder nada.

— No te enojas — le dijo Viviana sorprendiendo a Genoveva, pues se había acercado en silencio a ella y le depositó un cariñoso beso en la cabeza —. Será una ducha rápida, sobre la cama te he dejado un pijama y bragas.

Genoveva siguió sin moverse ni darle la cara. Seguía sintiéndose avergonzada por lo que había pasado por su cabeza y por todo su cuerpo. Dejó escapar un suspiro y se puso de pie para ver el pijama y las bragas que le había dejado Viviana sobre la cama.

El pijama constaba de un short y una blusa de tirantes en algodón, los cuales, tenían estampados de corazones de color verde y café. Genoveva no pudo evitar sonreír, sabía que aquello era para no ser tan cursi, aunque descubrió que lo era en el momento en que la vio salir del baño y llevaba exactamente el mismo pijama.

— ¿Te gusta? — le preguntó no sin intentar cubrir su timidez —. Las compré hace unos días cuando pensé en invitarte.

— Gracias.

— ¿Sigues enojada?

— No, ya no.

Genoveva tomó el pijama y las bragas y se dirigió al baño.

— Adentro te dejé una toalla.

— Gracias.

Viviana estaba nerviosa, era la primera mujer que invitaba a quedarse en casa y le compraba ropa. A Genoveva la quería para que formara parte de su vida. Pese a las reticencias que tuvo en un principio con su colega, ahora se habían difuminado, dejando solo un camino limpio y despejado en el que Viviana estaba dispuesta a caminar con Genoveva de la mano.

Genoveva disfrutó de bañarse en la ducha de su novia, uso su champú, su jabón y su neceser. Su vergüenza ya había pasado y, con felicidad, se puso las bragas y el pijama que

Viviana había comprado para esa noche. Cuando salió de la ducha, Viviana estaba sentada en la cama como niña buena esperando a que saliera.

—Puedes usar lo que gustes — le dijo Viviana, indicándole con un movimiento de cabeza las cosas de su tocador.

—Gracias.

Genoveva se acercó al tocador y miró detenidamente las cosas que había en él. Lo primero de lo que tuvo curiosidad de oler, fueron sus perfumes, luego su desodorante de almendras, el cual no dudo en aplicarse y al final buscaba un peine, pero no lo encontró.

— ¿Tienes un peine? — le preguntó.

—Sí, aquí — respondió mostrándoselo —. Deja que te desenrede el pelo.

Genoveva se acercó hasta ella y se sentó en la cama. Viviana se apostó de rodillas a su espalda y comenzó a pasarle el cepillo por los cabellos aún húmedos. Para Genoveva, aquello era algo nuevo, su ex nunca hizo algo como eso y le gustó la atención recibida.

—A mí nunca me gustó jugar con muñecas — expresó Viviana mientras la peinaba —. Me gustaban más los juguetes de niño, como los balones, los autos y las pistolas de agua.

— ¿Por qué no te gustaban?

—Porque no tenían nada especial, solo una cara bonita y bien peinadas y no hacían nada. Pero a mi hermana sí que les gustaba. Un día, le pedí a mi papá un coche de juguete y me lo compró.

— ¿Y después?

—Pues se dieron cuenta de que lo mío eran las cosas de niño y mi padre no tuvo reparos en comprarme balones, pistolas de agua, trenes y cosas de ese tipo.

— ¿Y tu mamá qué decía de eso?

—Nada, mi mamá era, y es, feliz, si yo lo soy.

—Qué suerte la tuya — la voz de Genoveva sonó triste.

— ¿Cómo fue tu infancia?

—No tan feliz como la tuya.

Viviana dejó de peinarla y se sentó al lado de Genoveva para escucharla y prestarle toda su atención.

—Mi padre era un borracho y mi madre una mujer triste por la vida que tenía junto a él.

— ¿La golpeaba?

—No, no la golpeaba, pero no había día en que no llegara ebrio después del trabajo.

— ¿A qué se dedicaba?

—Era abogado, solo se mantenía sobrio por la mañana y cuando tenía casos importantes. Aún sigo sin entender su gran capacidad para hacer su trabajo en su estado. No pasé hambre, ni nada, pero mi madre parecía frustrada de tener que atenderme a mí y a un hombre borracho que solo hacía que darle molestias todas las noches. Que, en lugar de darle placer, le daba vómitos y mal aliento.

Viviana la rodeó con un brazo y le dio un beso en la sien, esperando a que continuara.

—Hasta que un día, me di cuenta de que mi mamá tenía un amante. Cuando lo descubrí, me enojé mucho, pero al verla por breves momentos feliz, me quedé callada y su secreto se convirtió en el mío.

Viviana no podía imaginar el peso que aquella joven Genoveva tuvo que cargar sobre sus hombros.

— ¿Cuánto tiempo duró su aventura?

—Poco tiempo.

— ¿Por qué? ¿Qué sucedió?

— Mis padres se accidentaron. Como siempre, mi padre llegó borracho una tarde exigiendo comida y en casa no había nada porque esa semana, nunca se dignó llevar a mi madre al mercado y mucho menos le había dado dinero. Así que molesto, dijo que irían en ese momento. Mi madre no quería ir por miedo, pero no era la primera vez que mi padre iba y venía borracho a casa en su auto. Razón por la que mi mamá se confió de él y aceptó ir, dejándome a mí con la vecina, prometiendo regresar pronto.

Genoveva se quedó callada un momento, podía sentir la mirada intensa de Viviana sobre ella y su brazo rodeándola, otorgándole ese abrazo que deseó tener en el momento en que la vecina le dijo que sus padres habían muerto.

— Mi papá se quedó dormido y se estampó contra un tráiler. Como te imaginarás, los dos murieron casi al instante. Quedé huérfana al cuidado de mi abuela, hasta que murió cuando yo estaba en la universidad. En ese entonces, ya conocía a mi ex mujer; poco después de la muerte de mi abuela me casé con ella. Me sentía sola y con Lucía encontré consuelo, compañía y una amiga, hasta que me traicionó. Entonces mi mundo cambió y me volví como mi papá.

— Pero ya no lo eres.

— No y hasta ese entonces comprendí a mi padre, por qué buscaba el refugio en el licor. Me hacía estar en una nube, feliz y me olvidaba de todo. Creo que mi papá ya no amaba a mi mamá y no me quería.

— ¿Por qué lo dices?

— Porque nunca tuvo una muestra de cariño para mí. Después me enteré de que mi abuela lo había obligado a casarse con mi madre. Condenó a dos personas a ser infelices.

Genoveva no quería llorar, porque de eso ya hacía muchos años, aun así, no podía evitar que le doliera recordar su historia, la pérdida y el alcoholismo. Viviana la abrazó fuerte en silencio, dándole ese cariño y consuelo que había ansiado, que siempre anhelaba, pero que, desde su ruptura con Lucía, no había tenido ni paz ni sosiego.

— Vamos a dormir — le dijo Viviana en tono cariñoso.

Encendió la lámpara de la mesita de noche y se puso de pie para apagar la luz del cuarto. Cuando estuvo de vuelta junto a la cama, Genoveva se acostó y Viviana se metió detrás de ella, la abrazó por la espalda y Genoveva se refugió en ella.

— ¿Apago la lámpara? — inquirió.

— Sí, ya no soy una niña para tenerle miedo a los monstruos. El que hay está dentro de mí y aún me da terror de que salga.

— Yo te ayudaré a luchar contra él — le dijo Viviana dándole un beso en su hombro descubierto antes de apagar la lámpara.

— ¿De verdad lo harías?

— Lo haría, Geno. De verdad lo haría, pero siempre y cuando pongas de tu parte. Siempre es cosa de dos.

Genoveva se dio la vuelta y quedó de frente a Viviana, se refugió en su cuello, inhaló profundamente y llevó a sus pulmones el aroma de su novia. Por alguna razón, aquella mujer le proporcionaba calma y seguridad; quizás porque era distinta de todas aquellas que desfilaron por su vida luego de su matrimonio fallido y del cual continuaba arrepintiéndose.

Las manos de Viviana le acariciaron la espalda de manera lenta y suave, a modo de tranquilizarla. Probablemente se había dado cuenta de que recordar su infancia, los secretos y la muerte de sus padres, la pusieron mal de nuevo, a pesar de los años transcurridos. Pero al fin lo había sacado. A nadie le había contado el secreto que su madre y ella compartían, hasta ahora

que se lo contaba a Viviana, sintiendo un alivio en su cuerpo y alma.

—Duerme — le susurró Viviana dejando un beso en su cabeza —. Duerme, mi niña.

Genoveva cerró los ojos, dejándose llevar por la voz dulce de Viviana, que la arrullaba. Quizás, si hubiera estado sola y recordando todo aquello, no hubiera dormido, pero en ese momento, los párpados le pesaban y el calor proveniente del cuerpo de Viviana era el bálsamo perfecto para que se sumiera en un profundo sueño.

Como era de esperarse, a Viviana la despertaron las ganas de hacer pis, no hacía falta que mirara el reloj para saber qué horas eran. Su reloj biológico no la engañaba nunca, eran las cuatro con treinta minutos de la mañana, momento en el que se ponía de pie, pero ese día haría la excepción, pues la mujer a su lado aún continuaba dormida y ella no pensaba desaprovechar la ocasión de seguir compartiendo la cama.

Con cuidado, se apartó de Genoveva y se fue a hacer pis. Tan pronto como pudo, estuvo de regreso y con el mismo cuidado que se levantó, se acostó nuevamente junto a ella; sin embargo, Genoveva se despertó.

— ¿Ya vamos a ir a correr? — preguntó con voz adormilada aun, luchando por abrir los ojos.

—Hoy te daré vacaciones — dijo, dándole un beso en la frente, para luego descender a sus mejillas —. Si te apetece, podemos quemar calorías de otra forma.

Los ojos de Genoveva se abrieron y miraron a Viviana, que la observaba de manera divertida; después su expresión se puso seria mientras la miraba directamente a los ojos y le acariciaba el rostro con las manos, la besó en los labios con ternura y Genoveva no pudo más que corresponder a la dulzura con que Viviana la besaba.

—Es posible que no quieras llevar más tiempo puesta el pijama.

Genoveva no podía creer lo que estaba escuchando, al parecer, a la Viviana de anoche la habían cambiado por otra. La verdad es que con ella nunca se sabía y Genoveva aún no se acostumbraba a todas sus facetas, mucho menos saber lo que podía estar cruzando por su cabeza cada segundo.

—Ya que lo dices, no, no quiero seguir llevando puesta el pijama. Gracias por el detalle, ayer ya no te agradecí por el gesto.

—No era necesario, ya me lo iba a cobrar hoy.

—Qué desvergonzada — le respondió Genoveva siguiéndole el juego.

Se sonrieron y, para sorpresa de ambas, la afinidad que sentían era casi mágica. Se sentían cómodas la una con la otra, ni había temor en entregarse. La sonrisa se desvaneció de sus rostros y Genoveva rozó su nariz con la de Viviana, para luego besarla con la pasión que se había despertado e inundado por todo su cuerpo.

Viviana la estrechó contra su cuerpo y Genoveva la rodeó con las piernas, mientras se fundían en un largo beso que las dejó sin aliento, poco después la boca de Viviana comenzó a dejar besos por todo su cuello, mientras Genoveva le daba todo el acceso posible a él, al tiempo que cerraba los ojos llena de felicidad.

Viviana abandonó el cuello de Genoveva para ahora morder suavemente el lóbulo de su oreja y deslizar su lengua por todo el contorno de esta, provocando que Genoveva se estremeciera de pies a cabeza y temblara como una gelatina.

Poco después, dejó su oreja, para volver a su cuello y bajar un poco más hasta el nacimiento de sus pechos. Las manos de Viviana comenzaron a deslizarse por el abdomen de Genoveva, quien sintió la gloria ante las caricias de Viviana sobre la piel que iba dejando al descubierto conforme iba levantando la blusa del pijama, la cual quedó hasta la altura de los

pechos, para que su boca comenzara a besar el área despejada de prendas.

—Me siento más en forma ahora — declaró Genoveva mientras sentía los besos de Viviana en su piel —. Una mañana que te miré correr, me desnudé ante el espejo y vi que mi cuerpo ya no era el mismo. Me sentí fofa, sobre todo viendo tu trasero y esas piernas duras y firmes delante de mí cada mañana en pantalones.

Viviana dejó de besarla para mirarla y escuchar atentamente lo que estaba diciendo.

—La verdad es que a mí me gustas tal como eres. Tu cuerpo está perfecto. De querer un cuerpo joven y firme, hubiera aceptado las notas de Irene. No quiero a una niña, deseo a una mujer hecha y derecha. No soy joven y tú tampoco. No espero a una modelo.

Genoveva se sentó en la cama y levantó los brazos para que Viviana la desnudara de una vez por todas. Sin decir nada más, Viviana captó y se acercó a ella para quitársela. En lugar de hacerlo, deslizó sus manos a todo lo largo de los brazos estirados de Genoveva, entrelazó sus dedos con los de ella y la hizo bajarlos, mientras la miraba a los ojos. La besó en los labios y alargó el momento, besó sus hombros y cuando Genoveva había perdido la esperanza de que Viviana la desnudara y le hiciera el amor, la sorprendieron las manos de Viviana colándose de nuevo por debajo de su blusa de pijama.

Viviana se moría de ganas de ver a Genoveva desnuda, pero también sentía nervios, por eso retrasó el momento lo más que pudo, hasta convencerse a sí misma de que pronto estaría viendo desnuda a la mujer por la cual sus sentimientos se habían vuelto más profundos, pese al miedo que en un principio tuvo de acercarse de más a Genoveva. Sin embargo, ahora era distinto, la situación se había mostrado diferente y se había enamorado de la profesora de literatura, aquella que le dio una rosa y le recitó un poema mientras su cara se ponía roja como nunca antes se la había visto.

—Quién iba a decir que terminaría queriéndote — le confesó Viviana a su manera lo que sentía y Genoveva volvía a recobrar la seguridad de volver a entregarse por completo a una persona.

A pesar de que a Viviana le gustara Genoveva y supiera que aquello era recíproco, temía que no hubiera sentimientos más profundos por parte de la profesora de historia hacia ella. Aunque tuviera detalles, eso no quería decir que sintiera algo más por ella que atracción física, pero ahora, en ese momento, no le dejaba dudas de que Viviana sentía cosas por ella.

Viviana le quitó la blusa y luego, levantó los brazos para que Genoveva hiciera lo mismo con ella y no perdió tiempo en hacerlo, deseaba ver el cuerpo de la mujer que veía cada día y los fines de semana correr en un corto short, luciendo unas bonitas y firmes piernas, además de un bonito y redondeado trasero. Su delantera tampoco estaba nada mal, consideraba que Viviana tenía la proporción justa y perfecta de senos.

Cuando los pechos de Viviana quedaron al descubierto y a la vista de Genoveva, esta no pudo más que maravillarse y recrear la vista sobre su torso desnudo, para luego llevar sus manos a los hombros de Viviana, acariciarlos y descender hasta sus pechos, en donde detuvo sus manos y las mantuvo inmóviles, sintiendo la calidez que desprendía esa parte de su cuerpo. Mientras sus manos descansaban allí, sus ojos verdes, viajaron por la línea que se marcaba en su abdomen. Ciertamente no tenía una barra de chocolate, ni llena de cuadritos como esas mujeres que veía en la televisión, pero Viviana, a pesar de los años que tenía y de solo hacer ejercicio los sábados y ahora también los domingos, tenía muy buen físico. Un cuerpo firme, real y las proporciones perfectas. No era como el suyo, que era delgaducho y escuálido. El de Viviana era diferente y las golosinas que se comía, al parecer se le alojaban en los lugares justos.

Viviana se quedó quieta aguardando a que la mujer que tenía delante de ella, terminara de

embeberse con la parte de su cuerpo que estaba desnudo. Una vez que Genoveva se dio cuenta de que se había tardado admirando la anatomía de Viviana, retiró las manos de sus pechos y se quedó quieta para que esta vez fuera Viviana quien la mirara. Poco después, aquellos ojos marrones, comenzaron a acariciarla.

A diferencia de Viviana, Genoveva era más delgada y sus senos eran más pequeños, pero para la profesora de historia, la anatomía de la mujer que tenía delante era perfecta. Viviana le dedicó una sonrisa, una que no era de burla, sino una de cariño, afecto, aceptación, confianza y de que estaba disfrutando lo que estaba pasando.

Las manos de Viviana se posaron esta vez sobre los senos de Genoveva, los acarició despacio, disfrutando de la sensación y calidez de su piel sobre la palma de su mano. Genoveva cerró los ojos y sus pezones reaccionaron a la parsimoniosa caricia de Viviana, que se deleitaba con el cuerpo de la primera mujer en su vida. Siempre imaginó que la sensación sería maravillosa, pero ahora que la estaba viviendo, descubrió que era única e inigualable.

Acortaron la distancia entre sus cuerpos y los pechos entraron en contacto. Viviana dejó escapar un gemido en la boca de Genoveva mientras se besaban de manera apasionada y sus manos le acariciaban la espalda. Al igual que ella, podía sentir las de Genoveva en la suya.

Tras años perdidos, una en aventuras que la dejaban sintiéndose vacía y perdida y la otra porque posaba los ojos en mujeres equivocadas, se encontraban experimentando por fin lo glorioso y maravilloso que era estar compartiendo la intimidad con la persona que al fin parecía ser su alma gemela. Esa otra mitad que nunca creyeron encontrar, mucho menos en la edad en la que se encontraban, una en la que ya eran mujeres más adultas que jóvenes.

Las caricias se fueron sumando una a una como las hojas al caer bajo los árboles, suaves y silenciosas. Sus cuerpos desnudos se fundieron en solo uno, mientras los dulces besos caían como estrellas fugaces hacia el horizonte, intensos y llameantes.

Capítulo 13

Genoveva se encontraba abrazada a Viviana, habían perdido la noción del tiempo luego de que empezaran a amarse y el reloj quedó olvidado por primera vez para Viviana. Incluso Fresa no había ido a reclamar su desayuno, rasgando la puerta de la habitación de su ama como solía hacer cada que se quedaba afuera.

Aun así, en lo menos que pensaba Viviana era en su gata, más bien la que ronroneaba de felicidad era ella junto a Genoveva, que la abrazaba y ella se sentía atrapada en una espesa nube de felicidad y satisfacción. Cuando volvió a la tierra, miró a Genoveva que hacía mucho la contemplaba en silencio. Esta, al tener su atención de nuevo, buscó los labios de Viviana y la besó.

Viviana se puso de lado y se apretó a ella para de esa forma besarla mejor, hasta quedar sin aliento.

— ¿Todo bien? — preguntó Genoveva.

— Todo bien, solo que no debiste de tratar con demasiada fuerza a este modelo.

Momentos antes mientras hacían el amor, Genoveva había abierto demasiado rápido la pierna de Viviana, haciendo que esta se quejara cuando su amante lo hiciera para quedar en medio de sus piernas. La situación provocó que la pasión se apagara por un momento, pero después todo volvió a empezar en donde lo dejaron.

— Lo siento — volvió a disculparse Genoveva mientras besaba el rostro de Viviana.

— Perdonada — respondió entre risas, feliz de la vida con la mujer que había hecho que hasta entonces lo desconocido, se volviera realidad.

En determinado momento, Viviana tomó el rostro de Genoveva entre sus manos y la miró fijamente a esos ojos verdes que tanto le gustaban.

— Voy a decirte algo.

— Dime — respondió igual de serio al ver su rostro.

— Así como tú me contaste que tenías aventuras, yo era todo lo contrario a ti. Quizás no sea importante, aun así, quiero decírtelo.

Los ojos de Genoveva seguían fijos en los de Viviana, a la espera de lo que sea que tuviera que decirle.

— No sé si se considere virgen a una mujer que solo se ha masturbado con la mano o un juguete sexual. Pero yo nunca había estado con una mujer, tú eres la primera y deseo que seas la primera y única.

Si ante la espera Genoveva había tenido el corazón en un hilo latiéndole a mil por hora, al escuchar aquello, ahora se había detenido y quedado sin habla, sosteniéndole la mirada a Viviana, a quien se le ponían rojas las orejas.

— Yo... Yo... La verdad no sé qué decir.

Genoveva tenía una mezcla de sentimientos encontrados que la mantenían con la mente en blanco. Había escuchado una nueva confesión o más bien eran dos. Dos en una. Deseaba que ella fuera la primera y la única. Viviana era intensa y a ella le gustaba, al igual que su sinceridad.

Como Genoveva seguía sin decir nada, Viviana se sintió muy avergonzada y retiró las manos del rostro de Genoveva, que no reaccionó hasta que experimentó la pérdida de calor del tacto de Viviana.

— Me hubiera encantado compartir algo así contigo — dijo cuando se dio cuenta de lo

torpe que se estaba viendo —. En este momento no encuentro palabras para ti — su voz fue dulce —. Pero me gustaría compartir mi vida contigo, si es que aceptas a esta grulla baleada. Me alegra que tú no hayas tenido que pasar por cosas desagradables como yo.

Genoveva rozó su nariz con la de Viviana, para después besarla en los labios con todo ese sentimiento que se hallaba burbujeando dentro de ella y que la hacía feliz.

Dejaron la cama alrededor de las once de la mañana, porque Viviana había empezado a echar de menos a Fresa, que no había ido a llamar a su puerta para que le dieran de comer. Aquello era muy raro, así que una vez vestidas, salieron de la habitación y, antes de tomar café, se dirigieron a la puerta que daba a la calle para llamarla, pero lo que encontraron hizo que el estómago de ambas se revolviera y que Viviana se horrorizara al ver a su gata hecha pedazos, junto con una nota escrita a mano sobre una cartulina blanca con una bonita caligrafía.

Maldita mentirosa

Ante la impresión y el dolor de ver a su mascota muerta de tal manera, Viviana no pudo evitar devolver el estómago. La escena era escalofriante y, aunque Genoveva también tuviera ganas de hacer lo mismo que su amante, se hizo la valiente y se acercó a donde Viviana vomitaba y lloraba a la vez, para frotar su espalda con una mano y con la otra, detenía su cabello.

Genoveva no podía creer que su buena noche y maravilloso amanecer, se hubiera convertido en algo horrible y escalofriante. No podía hacer que Viviana dejara de llorar y eso le dolía. Odiaba a la persona que había hecho semejante atrocidad con Fresa, pero también había sembrado en ella la incertidumbre al llamar a Viviana mentirosa y, aunque moría por saber si tenía vecinos enemigos, se lo guardó para otro momento.

Entre hipidos, Viviana le dio una bolsa plástica negra a Genoveva para que recogiera los restos de Fresa, y a la profesora de literatura no le quedó más remedio que levantar el cuerpo de la mascota sin vida. A Genoveva también se le revolvió el estómago, pero tuvo que hacer de tripas corazón y actuar como que no le afectaba tanto como a Viviana.

—Mi pobre Fresa. Ella no le hacía daño a nadie — y se echó a llorar de nuevo cuando vio la bolsa que Genoveva traía en la mano con los restos de su mascota.

Ahora, Genoveva, además de sentir revuelto el estómago, tenía un nudo en la garganta, porque el dolor y el llanto de Viviana se estaban convirtiendo en el suyo.

— ¿Me ayudas a enterrarla en la parte de atrás?

Genoveva asintió y siguió a Viviana a la parte trasera de la casa. Sin pensarlo mucho, la doliente eligió el sitio en donde descansarían los restos de Fresa. La enterrarían a un lado de los rosales de Francisca, era la zona más alejada de la casa y probablemente era la mejor opción por si no cavaban muy hondo y los malos olores de la descomposición salían a la superficie.

— ¿Con qué hacemos el hoyo? — preguntó Genoveva.

— Iré por las palas que mi madre usa para sembrar y desenterrar plantas.

Poco después, Viviana estaba de vuelta con dos pequeñas palas de jardinería y le entregaba una a Genoveva, que la miró no sin cierta reticencia de que con aquello pudieran cavar un hoyo decente.

— ¿Segura que podremos hacer algo con esto?

— Apuesto a que sí, mi mamá cava para sembrar plantas con estas.

A Genoveva le asombraba que, pese al llanto y el dolor que experimentaba Viviana por ver a su gata muerta de una manera tan atroz, tuviera la capacidad de pensar con claridad. Esa era otra cualidad que a Genoveva le gustaba de Viviana, que pensara y se moderara, aunque a veces podía ser impulsiva; sin embargo, descubrió que actuaba de esa manera cuando se trataba de ella.

Tras sepultar a Fresa, ninguna de las dos quiso beber o comer algo, aún no podía procesar

lo ocurrido, pues su maravillosa noche y mañana de hacer el amor había sido arruinada por semejante acontecimiento. Lo único que les quedó por hacer ese medio día, fue quedarse tumbadas en el sofá, mientras Genoveva acariciaba los cabellos sueltos de Viviana, quien ya había dejado de llorar y solo se encontraba triste.

— ¿Quién habrá sido capaz de hacer algo tan cruel y desalmado como eso a Fresa? — preguntó Viviana sin dirigirse a nadie.

— ¿Tienes algún vecino al que ustedes le caigan mal? — quiso saber Genoveva para así quizás deshacerse de la zozobra que aquella nota había sembrado en ella.

—No. Nos llevamos bien con todos. Nunca hemos tenido problemas con nadie.

— ¿Estás preocupada por la nota?

Genoveva se quedó callada y Viviana sintió la tensión de su cuerpo debajo del de ella.

—No tengo idea quien habrá hecho eso y no soy una mentirosa — dijo apartándose de Genoveva.

—Yo no...

—Pero lo has estado pensando todo este tiempo. No hay necesidad que me lo digas — le hizo saber mirándola a los ojos —. Tienes miedo de que vuelvan a mentirte.

Genoveva se quedó callada sentada en el sofá, no tenía nada qué decir. Viviana lo había dicho todo, no era tonta, no tenía ni un pelo de estúpida y a pesar de que viera en ella muchas cosas buenas que nunca tuvo con su ex, la nota había vuelto a ponerla a la defensiva. Si el río suena es porque agua lleva y Viviana, pese a lo muy perfecta que casi pudiera ser, no estaba libre de tener errores.

—Lo que escribieron en esa nota es solo una vil mentira — Viviana se pasó las manos por el rostro y dijo —. La única que creo capaz de llamarme mentirosa es Irene y eso porque le dije que no salía contigo.

—Pero no la creo capaz de hacer algo así.

—Yo tampoco y mucho menos sabe dónde vivo. Esto es de alguien que está psíquicamente mal de la cabeza. Irene no tiene pinta de hacer algo así, tiene rostro inocente.

—En eso te concedo razón.

Guardaron silencio y Genoveva extendió sus manos a Viviana. No debía creer lo que decía aquella nota, ¿Por qué debía considerar lo que un desquiciado puso en un papel y no a la persona que había hecho tanto por ella sin siquiera conocerla por primera vez?

Viviana aceptó el gesto. Por una parte, entendía la desconfianza de Genoveva, pero no permitiría que desconfiara de ella a la primera solo porque un loco le decía maldita mentirosa luego de que descuartizara a Fresa y si Genoveva no iba a confiar completamente en ella, era mejor que dejaran la relación en donde estaba, antes de que avanzara más.

Por otro lado, sus ojos mostraban arrepentimiento en el momento en el que le tendió las manos para que volviera a ella. Por esa ocasión, se lo dejaría pasar, todos merecen segundas oportunidades y Genoveva la merecía. Sobre todo, luego de haberse abierto con ella anoche y contarle lo que nunca había dicho a nadie sobre su familia.

Genoveva se sintió aliviada de que Viviana no la rechazara y la culpa que había estado sintiendo por dudar lo de la nota, se esfumó y se volvieron a tumbar en el sofá. Más tarde, Genoveva dijo que iba a preparar algo de comer y pese a que Viviana no sintiera hambre, la acompañó a la cocina y se sentó en los taburetes para observar cómo preparaba el almuerzo.

— ¿Quién te enseñó a cocinar?

—Mi abuela — respondió Genoveva mirándola brevemente mientras movía el pollo en la sartén.

—Me imagino que la querías mucho y que la extrañas.

—Sí, me sentí más unida a ella que a mi madre.

Viviana escuchó el tono triste en su voz y, como un fantasma, se levantó del taburete, se acercó a Genoveva y la abrazó por la espalda. Ambas se habían puesto melancólicas y Viviana sentía la necesidad de consolarse la una a la otra, sabía que Genoveva estaba cocinando para ella y lo menos que podía hacer era reconfortarla.

Genoveva pegó su mejilla a la de Viviana y continuó cocinando, aunque tenía ganas de echarse a llorar, porque Viviana le profesaba cariño cuando menos lo esperaba y la hacía débil. Así que se concentró en cocinar para que no se le salieran las lágrimas y achacaba que aquello era el síntoma premenstrual que la ponía sentimental.

Genoveva fue y vino de un lado a otro de la cocina con Viviana pegada a ella detrás de su espalda; le parecía una locura y casi peligroso, pero lo cierto era que no quería que se apartara de ella. Aun así, se obligaron a hacerlo, cuando debían esperar a que el pollo y los guisos se cocieran.

Una vez que estuvo la comida se sentaron a comer, después de eso, fueron a lavarse los dientes y se dirigieron al sofá a mirar películas. Fresa estaba muerta y Viviana sabía que su llanto no la traería de vuelta, lo mejor era distraer su mente un rato.

Cenaron temprano y se fueron a la ducha. Esta vez, decidieron compartir el baño, se enjabonaron la una a la otra con las ganas de volver a tomarse, pero decidieron aguantarse las ganas hasta estar fuera. Una vez en la cama, se dejaron llevar por la tensión sexual que se había estado acumulando en el baño y aunque esa mañana ambas habían sido dulces, suaves y tiernas, en ese momento era todo lo contrario, ya que desataron toda la pasión que inesperadamente las había envuelto desde el momento en que se encontraron desnudas dentro de la ducha.

Viviana despegó la espalda de la cama cuando la lengua y los dedos de Genoveva la hicieron alcanzar el orgasmo, casi llegó a sentarse cuando alcanzó la cúspide del placer, luego se dejó caer de nuevo a la cama y continuó con los espasmos que Genoveva continuaba otorgándole.

—Detente — le pidió Viviana con un jadeo, al tiempo que llevaba una mano a los cabellos de Genoveva.

Genoveva obedeció y dejó un beso en cada cara interna de los muslos de Viviana antes de tumbarse junto a ella, que tenía los ojos cerrados y la respiración agitada. Poco después, Genoveva comenzó a besarle los hombros, esta vez, ya no había esa pasión desbordante que las llevó amarse sin tanto juego previo de besos y caricias. En ese momento, sus besos eran dulces, tiernos y anhelantes, que Viviana no pudo hacer más que suspirar y esperar con ansiedad los besos de su amante.

Viviana despertó desnuda y abrazada al cuerpo de Genoveva, dio un suspiro y besó en la nuca a la mujer que le había hecho compañía toda la noche y de la cual estaba enamorada. Genoveva se removió y Viviana continuó dejándole besos, se pegó aún más a su cuerpo, hasta escuchar cómo se le escapaba un suspiro y no opuso resistencia, cuando la mano de Viviana comenzó a acariciarle el abdomen suave y redondeado, amenazando cada vez más con descender hacia su sexo.

Para ese momento, Genoveva estaba más que despierta y le resultó muy grato ser despertada de esa manera, dulce y tentadora. Pegó su trasero al pubis de Viviana y al provocarla de esa manera, esta llevó su mano hasta la entrepierna de Genoveva y comenzó a recorrer sus pliegues, que para ese momento ya estaban húmedos por la deliciosa provocación a la que Viviana la había sometido.

Viviana se deleitó recorriendo el cálido y húmedo sexo de Genoveva, que no hacía más que estremecerse en la dulce prisión en que Viviana la había subyugado. Sabía exactamente dónde tocar y cómo atacar para hacerla estremecer sin hacerla llegar a correrse, y aunque le gustaba la forma en que la hacía disfrutar, la desesperaba y sus fluidos la delataban.

Viviana le mordió el lóbulo de la oreja y Genoveva se retorció. Sentía a Viviana en todas partes, era fuerte y ella, debilitada por la excitación, poco podía hacer para escapar de ella, aunque si pudiera, estaba segura de que no se alejaría hasta que Viviana la llevara al orgasmo y, cuando menos lo esperó, la palma de la mano de Viviana hizo presión sobre su pubis, mientras dos dedos se movieron rápido en el clítoris de Genoveva, que se corrió entre estertores y suaves gemidos.

—Buenos días — le susurró Viviana al oído una vez que hubo hecho que Genoveva se corriera.

Genoveva solo sonrió y permaneció quieta disfrutando de lo que había acabado de pasar. Cuando se desperezó, se dio la vuelta y quedó de frente a Viviana, la miró a los ojos y la besó en los labios. Era su turno de dar placer, estaba segura de que aún había tiempo antes de que se pusieran de pie para arreglarse e ir a la universidad.

— ¿Está bien si paso por ti en cinco minutos? — le dijo Viviana a Genoveva cuando se iba a casa para vestirse adecuadamente y apagar las luces.

—Sí, estaré lista pronto.

—Bien.

Llegaron a la universidad a la hora de siempre y todo transcurrió con normalidad, a excepción de que cuando estaban por retirarse, encontraron un sobre pisado con el parabrisas del coche. Al verlo, ambas se miraron sin saber de qué podía tratarse, así que, sin perder más tiempo, Viviana lo tomó y lo abrió.

— ¿Qué dice? — preguntó Genoveva cuando vio el rostro de disgusto y enojo de Viviana, quien le pasó el sobre.

Otra vez era una nota escrita a mano, en la que volvían a llamar a Viviana mentirosa, pero esta vez la trataban de puta mentirosa.

La incertidumbre y la desconfianza volvieron a apoderarse de Genoveva y Viviana se percató de ello. Ahora había tensión entre ellas y ninguna de las dos se atrevía a hablar.

— ¿Tienes idea de quien pueda ser? — preguntó Genoveva estrujando la nota en su mano.

—No, a menos que se trate de Irene. No creo que sea tan estúpida para acosarme aquí mismo y hacerlo con su propia letra.

Genoveva respiró hondo y trató de controlar su enojo y la inseguridad que aquella nota volvió a sembrarle, así que no dijo nada más y viajaron en silencio. No obstante, durante toda la semana, la profesora de historia recibió la misma nota y Genoveva no pudo evitar explotar el viernes por la tarde cuando Viviana le mostraba la nota.

— ¿Por qué te llama mentirosa? ¿Acaso me estás mintiendo u ocultando algo? — inquirió frustrada y molesta. Sin saber con quién realmente lo estaba.

—No voy a discutir contigo lo que ya te he dicho. Es una difamación por parte de esta persona.

—Pues vamos a la policía y denúncialo por acoso.

— ¿Y crees que van a hacer algo? No tengo nada, solo estas notas ¿Sabes cuantos casos hay en los que la policía no hace nada? Me van a tomar como a una señora loca.

— ¡Entonces, sí escondes algo!

Viviana no quería dar un espectáculo en la universidad peleando con Genoveva, así que se tragó su ira y subió al auto sin decir nada. Sabía que Genoveva la iba a seguir y así lo hizo.

— ¿Por qué te quedas callada? — insistió Genoveva.

Viviana arrancó el coche y salió del estacionamiento sin decir nada todavía, mientras sentía la intensa mirada de Genoveva sobre ella. Luego vislumbró de soslayo que estaba llorando e intentaba esconder las lágrimas.

—No te estoy mintiendo — habló con voz calmada dedicándole una breve mirada a los ojos.

—Pero, ¿por qué insiste en llamarte de esa forma?

— ¡Porque está loco, mal de la cabeza! Yo que sé.

—No te creo. No sé qué creer.

—Pues si no me crees es mejor que dejemos las cosas hasta aquí. No confías en mí y no voy a rogarte.

A las dos se les formó un nudo en la garganta, no dijeron nada más durante el trayecto de camino a casa y, en cuanto el coche se detuvo frente a la casa de Genoveva, esta salió disparada y sin decir adiós. Viviana había terminado por las dos y eso la molestaba, al tiempo que le dolía.

—Cuando estés dispuesta a confiar de verdad en mí, ven a verme — le dijo Viviana cuando Genoveva había alcanzado la puerta de su casa.

Por más que Genoveva quisiera confiar completamente no podía. El recuerdo de su ex mujer engañándola aún le podía y, a pesar que tenía claro que Viviana era diferente, no estaba segura de qué tanto podía serlo. Esas notas le habían hecho volver de derrumbar la poca seguridad que había reunido para creer de nuevo en el amor y en una persona y aunque quería confiar plenamente, no podía. Odiaba sentirse otra vez de ese modo y hacer sentir mal a Viviana.

Capítulo 14

Como se habían disgustado, ese fin de semana Viviana corrió sola y Genoveva no fue a almorzar con ella, además de que se encontraba de un humor de perros y de vez en cuando se ponía a llorar por Fresa. Sus padres estaban preocupados al enterarse de la trágica y fea muerte de Fresa, pues temían que algo malo le pasara a su hija mayor. Así que esa semana se la pasaron pendientes de ella al darse cuenta de que ya no iba acompañada de Genoveva a la universidad y eso solamente indicaba que se habían peleado.

Curiosamente, esa semana no hubo sobre con una nota dentro tratándola de mentirosa. Por otro lado, Irene había comenzado a hablarle, al menos le daba los buenos días y volvía a prestar atención a las clases. Al parecer había comprendido que su profesora nunca le haría caso, por más joven y bonita que fuera.

Viviana iba sola a comer a la cafetería de siempre, mientras que Genoveva había optado por ir a otro lugar, aunque echaba de menos a Viviana y Viviana a Genoveva, pero no estaba dispuesta a permitir que desconfiaran de ella, no podría estar en una relación con una mujer que desconfiara de su palabra. Aun así, las dos morían por verse, por tocarse y estar lejos las tenía enfermas y no era del cuerpo.

Pese a su miedo e inseguridad, Genoveva no dejaba de pensar en Viviana y en lo triste que podía estar sin su gata, así que cada que salía de la universidad, se paseaba por las veterinarias o en aquellos albergues de animales para encontrar una gatita parecida a Fresa. Al menos, si ya no eran ni novias ni amantes, podían ser solo amigas, eso era mejor que nada. Aunque la verdad, es que quería superar ese miedo y deseaba decírselo a Viviana.

Genoveva era consciente de que lo que le pasaba estaba mal y dañaba a Viviana. En sus muchas horas que tenía sin verla, cada segundo del día, lo dedicaba en tratar de retirar ese miedo de su mente y de todo su ser, porque sabía que su miedo y su desconfianza no la llevaría a tener una relación sana jamás con nadie, mucho menos con la mujer que le interesaba y por eso, y por ella, decidió tener confianza y creer. Le creería con los ojos cerrados, se aventaría al precipicio una vez más, no podía vivir a medias, ni amar, ni confiar a medias.

El viernes por la tarde, Genoveva encontró la gata ideal. No era exactamente idéntica a Fresa, pero era una angora y pedía ser adoptada a gritos, era aún de meses y sus maullidos le llegaron al corazón a Genoveva.

—Esta noche te quedarás conmigo, mañana te llevaré con tu verdadera dueña — le dijo a la gatita, acomodándola dentro de una caja de zapatos para que durmiera por esa noche —. Espero que de verdad le gustes y no te rechace. Aunque ella es muy buena. Parece de pocos amigos, pero al final es tan tierna como tú.

A la mañana siguiente, Genoveva despertó temprano. Desde que empezara a correr con Viviana, había tomado la costumbre de despertarse muy de mañana y, aunque desde el sábado pasado no fuera a correr con ella, Genoveva seguía levantándose a la misma hora para apostarse en la ventana de su habitación y verla pasar.

La extrañaba a horrores y, después de lo que había pasado entre ellas, se sentía como una adicta a la droga en abstinencia. Sin embargo, ese día estaba decidida a verla. Viviana se lo había dicho, que cuando estuviera dispuesta a confiar en ella completamente, la buscara y el momento había llegado, agradeció que Viviana le hablara de esa forma, dándole la oportunidad de pensar y aclararse a sí misma.

Se vistió de manera casual, metió a la gatita en una caja de regalo y salió de su casa decidida a pedirle disculpas a la mujer de la que se había enamorado. Una vez que estuvo delante de la puerta de la casa de Viviana, tomó aire y tocó a la puerta. Esperaba que fuera Viviana quien le abriera, pero fue Francisca quien lo hizo; sin saber por qué, se sintió avergonzada de que fuera ella.

— ¡Hola! — saludó a Francisca con demasiada efusividad.

—Hola, Geno. Pasa.

Genoveva respiró tranquila al ver que Francisca la recibía bien y no le ponía caras.

—Gracias. ¿Está Viviana? — preguntó

—Ya sabes que sí, esa no sale de su madriguera. Hasta que tú la hiciste salir.

— ¿Dónde está?

—En la sala.

Francisca caminó con ella y encontró a Viviana con su padre, ambos se hallaban metidos en la lectura, él con un periódico y ella con un libro.

—Vivi, tienes visita.

Viviana levantó la vista y Genoveva por un momento tuvo miedo de que la primera mirada que ella le dirigiera en días fuera de enojo o desprecio, pero no fue nada de eso. Viviana le sonrió y Genoveva sintió que su corazón volvía a latir. Mientras que Viviana, experimentaba la más pura de las alegrías al ver que Genoveva no la había decepcionado. Se levantó de un brinco del sofá, y dejó el libro que estaba leyendo en la mesita de centro.

— ¡Hola! — la saludó Viviana.

— ¡Hola!

La dos parecían bobas mirándose, querían lanzarse una en brazos de la otra, pero antes de poderse fundir en un abrazo superfuerte y un beso apasionado, debían de hablar de sus sentimientos; aunque, ya con verse y estar Genoveva en su presencia, significaba que le creía, que había avanzado un paso en firme contra su miedo de ser traicionada e inseguridades.

— ¿Cómo estás? — le preguntó Genoveva.

—Bien. ¿Y tú?

—Más o menos — reconoció mirando a Viviana a los ojos y esta entendió perfectamente a qué se refería —. Te traje un regalo — dijo, extendiéndole la caja de cartón color café con un moño rojo.

Cuando Viviana la tomó, sintió que pesaba, además de que había algo que hacía ruido dentro de ella, se movía e hizo miau. Como una niña, se agachó y depositó la caja en el suelo para abrirla. Tanto Francisca como José, se habían quedado en silencio mirando la escena.

Viviana destapó la caja y se encontró con un gatito parecido a Fresa. Sacó al felino y lo tomó en brazos, luego se puso de pie para mostrarlo a sus padres, al tiempo que dibujaba una sonrisa en sus labios. Sonrisa que llegaba directo al corazón de Genoveva.

— ¡Miren, se parece a Fresa! — exclamó Viviana acariciando al minino —. Ahora voy a tener dos.

— ¿Dos? — preguntó Genoveva, confundida.

—Sí, mi papá me regaló uno hace unos días. Ya tendrá un compañero de juego.

—Entonces, en todo caso, será compañera, es hembra.

—Gracias — le agradeció de todo corazón.

—De nada. ¿Podemos hablar? — preguntó tímida.

Viviana la llevó a su habitación junto con sus dos mascotas, el otro gato era blanco y Viviana parecía feliz de tenerlos a su lado.

— ¿Te costó mucho encontrarla? — quiso saber Viviana una vez que entraron al cuarto.

— Toda una semana. Aun así, encontré una parecida.

— Aprecio tu gesto, de verdad. Muchas gracias.

— Lo hice porque te quiero — declaró Genoveva.

— Yo también te quiero. Pero sabes que, si no confías en mí, esto no va a funcionar.

— Lo sé y lo siento — dijo en voz baja —. Entiende que a veces es difícil para mí. Cuando te hacen daño no es lo mismo y sé que tú no eres ella, no eres como ella. Pero he tenido toda esta semana para pensar y aclarar mi mente y sentimientos.

— ¿Crees en mí o no? — le hizo la pregunta del millón, no quería llevarse una desilusión de que hubiera ido solo para regalarle un gato.

— Te creo. Te creo, Vivi. Sé lo molesto que puede ser cuando desconfías de ti solo por falsas calumnias y tú nunca me has dado motivos para dudar de ti.

Viviana volvió a dibujar la sonrisa más grande del día y se lanzó a los brazos de Genoveva una vez que hubo dejado sus mascotas en el suelo. Genoveva experimentó que la paz volvía a ella y que se sentía otra vez dichosa. Viviana la miró con arrobamiento y la besó en los labios hasta que terminaron sin aliento.

Una vez reconciliadas, de abrazarse y besarse, volvieron a bajar con los mininos en brazos, Viviana estaba exultante y Genoveva también lo estaba de verla. Como era de esperarse, se quedó a almorzar y a pasar todo el día con Viviana, pues no quería perder más tiempo del que ya habían perdido esa semana.

El domingo volvieron a retomar el correr juntas, el lunes retomaron el ir en un mismo auto a la universidad, recomenzando de esa forma, la rutina que habían echado de menos y hacía felices.

— ¿Quieres venir conmigo a visitar a mi amiga Ana? — le preguntó Genoveva el viernes mientras comían en la cafetería.

— ¿Cuándo te irías?

— El sábado por la mañana y regresaríamos el domingo por la tarde. ¿Vienes?

Viviana continuaba sin decir nada.

— ¿Te gustaría acompañarme?

— Sí, vamos. Aunque me gustaría manejar a mí.

— ¿Por qué?

— Aún no confío en tu manera de hacerlo.

— De acuerdo — aceptó Genoveva con tal de que Viviana fuera con ella.

El sábado, alrededor de las seis de la mañana, Genoveva pasó por Viviana, quien había dejado a los dos pequeños gatos a cuidado de su madre. Por suerte, los mininos no daban muchas molestias y ella se podía ir tranquila a su breve viaje con su novia, que le cedió el volante.

— Nos vemos mañana — le dijo Genoveva a sus suegros que salieron a despedirlas.

— Se van con cuidado — las encomendó José.

— Lo haremos, papá.

Viviana arrancó y se pusieron en marcha. Poco después, Genoveva puso música a bajo volumen y llevó una de sus manos a la pierna de Viviana, quien se estremeció ante su toque. Luego se acostumbró a lo que aquella mano puesta inocentemente sobre su pierna le hacía sentir.

—Así que no fue suficiente sembrar duda e incertidumbre en ti — dijo en voz alta para sí misma —. Volviste con ella, pero no me quedaré de brazos cruzados viendo como las dos juegan a ser felices.

Sabía la hora exacta en que Genoveva y Viviana salían a correr por las mañanas los fines de semana y aunque la que había pasado no lo habían hecho, así como tampoco llegar juntas en el mismo auto a la universidad, creyó que la guerra estaba ganada. No obstante, esa mañana de sábado, las miraba subir un poco de equipaje en el auto de Genoveva y dirigirse hacia algún lugar.

Como era de esperarse no lo pensó dos veces en seguir las, necesitaba saber hacia dónde se dirigían, para de ese modo tramar un nuevo plan. Deseaba separarlas de alguna u otra forma, vivas o muertas.

La mano de Genoveva de vez en cuando se deslizaba por la pierna de Viviana, que ya se había acostumbrado a la caricia y por primera vez estaba disfrutando de viajar, así como de la música de fondo a bajo volumen que llevaba Genoveva, que inesperadamente, estaba resultando de su agrado.

— ¿Ya te has cansado? — le preguntó Genoveva luego de una hora de viaje.

—No — respondió mirándola brevemente y dedicándole una sonrisa.

—Si te cansas, me dices y te relevo.

—De acuerdo.

Pero Viviana no necesitó ser relevada y condujo sin problemas hasta casa de Ana. A la distancia, la profesora de historia vislumbró el jardín, en donde había un bonito quiosco con una mesa, en la cual ya se encontraban los alimentos puestos, al igual que dos niños revoloteando alrededor de las dos mujeres, la cual Viviana reconoció a una de ellas como Ana y la otra seguramente era su mujer.

Estacionaron frente a la casa y antes de que ambas bajaran del auto, Ana ya se encontraba a la espera de Genoveva para recibirla con un fuerte abrazo, mientras que detrás de ella, se hallaban los demás integrantes de la familia.

—Veo que ya se reconciliaron — le dijo Ana en cuanto tuvo oportunidad de pegar su boca al oído de Genoveva durante el abrazo de bienvenida.

—Y veo que tú no pierdes el tiempo para andar de chismosa.

—Ya la conoces como es.

— ¡Hola, Cris! Me alegro de verte — exclamó Genoveva al verla y fue a darle un abrazo —. Y... ¡Hola a ustedes también! — saludó con efusividad a Paul y Paulina que estaban detrás de su madre y le sonrieron al verla.

— ¡Hola! — respondieron los gemelos al unísono, yendo hacia ella para abrazarla, así que Genoveva se acuclilló para quedar a su nivel, para de ese modo abrazarlos y besarlos.

— ¿Cómo has estado? — fue el saludo que Ana le dio a Viviana.

—Bien, gracias. ¿Y tú? Bueno, ¿tu familia? — rectificó al ver a Cristal y a sus dos hijos.

—Estamos bien.

—Vivi, ella es mi esposa Cristal — la presentó Ana, ya que Genoveva seguía atareada con los pequeños que le hacían una pregunta tras otra.

— ¿Qué tal? Un gusto conocerte — dijo Viviana estrechando la mano de Cristal.

—Lo mismo digo.

—Ellos son nuestros hijos gemelos, Paul y Paulina — continuó Ana con la presentación.

— ¿Cuántos años tienen? — preguntó.

—Cuatro años — respondió Cristal —. Pero vayamos al quiosco, ya está listo el desayuno. Seguramente tienen hambre.

— ¡Mucha! — dijo Genoveva volviendo a ponerse de pie y hacía una mueca resentida por el tiempo que pasó acucillada.

—No sabía que ya eras abuela — se burló Ana de ella.

— ¡Cállate!

—Si las llegas a escuchar más intensas, no te preocupes. Ellas así se llevan — le dijo Cristal a Viviana.

Todas fueron a lavarse las manos y, después de eso, se sentaron a la mesa bajo la sombra del quiosco. Viviana no tenía muchas amigas, al menos no del tipo que eran Cristal y Ana para Genoveva. Ahora que conocía a las dos, deseo también ser su amiga, Genoveva les había hablado de ellas y de cómo la ayudaron a salir de su problema de alcoholismo, así que Viviana de alguna manera sentía un aprecio por ellas sin siquiera conocerlas mucho todavía.

— ¿Qué miras con tanta atención? — le preguntó Ana a Cristal.

—Una camioneta que no conozco, ya van varias veces que pasa a una velocidad lenta especialmente frente a nuestra casa.

—Entonces iré a ver — dijo poniéndose de pie.

— ¿Y si es alguien malo y te hace daño? — expresó tratando de detener a su mujer.

—Pues ya me entierras — manifestó alejándose de todas maneras de la mesa para ver de quien se trataba.

Cristal se le quedó mirando entre preocupada y enojada, Viviana lo vio con claridad en sus ojos, mientras que Genoveva observó a su amiga ir hacia la calle. Cuando Ana estaba a punto de llegar, la persona de la camioneta se percató de su presencia, aumentó la velocidad y se fue mucho antes de que Ana pudiera detenerla y, pese a todas las musarañas que le hizo, la camioneta desapareció y no volvió.

—O estaba perdido, o en verdad estaba espiando a alguien — dijo Ana cuando llegó hasta ellas.

—No deberías ser tan atrevida — la reprendió Genoveva —. Piensa en tus hijos.

—No me regañes, si también por ellos es que me preocupo. No me gustaría que los secuestraran para pedir dinero o para otra cosa. Solo de pensarlo se me revuelve el estómago.

—Solo por eso, voy a olvidar tu imprudencia — dijo Cristal —. Pero para la próxima, llama a la policía.

—Sí, mamá.

Viviana se sintió a gusto y no le molestó el ruido de los niños a su alrededor, pues estaba acostumbrada a convivir con sus sobrinos, así que aquellos dos gemelos le cayeron tan bien como sus madres.

Por la noche, ambas fueron alojadas en la habitación de huéspedes y como habían tenido una larga semana sin verse y otra para solo darse besos, en el momento en que se quedaron a solas, cerraron la puerta y pusieron seguro, se lanzaron a comerse la boca, mientras se estrechaban con fuerza.

— ¿Quieres bañarte conmigo? — le preguntó Genoveva, comenzando a desvestir a Viviana.

— ¿Para qué me preguntas si ya me estas quitando la ropa?

—No podía esperar a tu respuesta.

Viviana también empezó a desnudar a Genoveva y entre risas cómplices entraron al baño, en dónde una vez estar bajo el agua no pudieron evitar que sus manos se tocaran y acariciaran de modo pasional, para después alcanzar su zona íntima y regalarse el primer orgasmo de la noche.

Se sentían como dos adolescentes amándose a escondidas en casa de sus amigas, pues tuvieron que ahogar sus gemidos para que no las escucharan, sobre todo Ana. Genoveva temía a que Ana pudiera escuchar cualquier ruido y la molestara al día siguiente. Por esa razón, se amaron en silencio, unas veces rápido y otras lento, hasta que ambas se quedaron rendidas una en brazos de la otra.

—Te echaba mucho de menos, y no por el sexo — le susurró Genoveva a Viviana.

—Yo también.

Viviana se había dado cuenta de que Genoveva había perdido peso, solo que no le había dicho nada. Casi se veía como el primer día en que la conoció, demasiado delgada y con aspecto cansino. Sin embargo, una vez que empezaron a comer juntas y a convivir, el aspecto de Genoveva cambió, además de que se veía más animada, más feliz que a su llegada.

Viviana despertó sintiendo el brazo delgado de Genoveva sobre su cintura y su aliento detrás de su nuca le hacía cosquillas. Permaneció quieta mientras con delicadeza tomó la mano de Genoveva entre la suya. Le gustaba la forma delicada de sus manos y la manera en que sus venas se notaban a través de su piel blanca. Llevada por el sentimiento de fascinación de lo que veía, llevó la mano hacia su pecho y la retuvo allí, hasta que sintió cómo Genoveva despertaba y, adormilada, llevaba los labios a su nuca y la besaba, tardando lo suficiente para constatar que estaba allí con ella y no era un sueño.

—Deberíamos despertar así todos los días. ¿No crees? — manifestó Genoveva.

—Lo creo.

—Tengo una casa, un auto, buen salario. ¿No estás interesada en alguien como yo?

—Suenan tentador — dijo siguiéndole el juego.

—Además, sé cocinar.

—¿Qué más?

—Umm... me temo que ya no tengo nada más que ofrecer.

—Casi me convencías.

—Apídate de mí — le suplicó besándole el cuello, pero Viviana sintió más bien cosquilla y se removió entre los brazos de Genoveva, que inesperadamente la retuvo con las fuerzas justas para que no se escapara.

—Me haces cosquillas — se quejó, tratando de soltarse una vez más.

—Ya no te puedes ir tan fácil, ¿ves?

—Ya veo.

—Como que me ha servido hacer ejercicio con la señorita míster músculo.

—¿Cuál músculo?

—Los de tus brazos y piernas.

—No es nada.

—Para ti, porque para mí son espectaculares.

Entre juego y juego, terminaron cediendo a la pasión y se levantaron justo a la hora del desayuno. Ana las miró con una sonrisa pícar, pero no dijo nada, debido a que Cristal le dio un golpe en el brazo. Aunque una vez en la mesa, sus ojos las miraban con humor, provocando que las dos mujeres delante de ella se sonrojaran y Cristal mirara a Ana con ojos de reprimenda.

Alrededor de las tres de la tarde, Viviana y Genoveva se despidieron de Cristal y Ana,

debían volver para dar clases al día siguiente por la mañana.

—Gracias por venir — les dijo Ana.

—Se van con cuidado — les recomendó Cristal.

— ¿Lo dices por la manera en que Geno conduce? — le preguntó Viviana.

—Un poco, sí, la verdad.

—No te preocupes, que manejaré yo, aunque ya le he enseñado cómo hacerlo.

—Me parece bien.

—Gracias por todo — les dijo Viviana —. Hasta luego.

—Nos vemos luego — se despidió Genoveva de sus amigas.

La carretera se encontraba poco transitada, era domingo y su viaje de una hora hasta ese momento parecía tranquilo. Genoveva había vuelto a poner música a bajo volumen y su mano volvió a posarse sobre el muslo de Viviana.

Estaban en una agradable charla cuando, de pronto, sintieron que alguien las golpeaba con fuerza por la parte trasera del auto y hacía que Viviana perdiera momentáneamente el control, provocando que casi se saliera de la carretera.

— ¡Pero qué diantres! — expresó Viviana — ¿Qué...

Viviana no terminó de hacer la pregunta cuando por segunda vez volvieron a sentir el impacto.

—Ella nos está golpeando — la voz de Genoveva fue casi un chillido.

Viviana la observó de soslayo mientras volvía a luchar con el volante, en tanto Genoveva observaba quien las golpeaba por detrás.

—Acelera — le pidió Genoveva.

Pero antes de que Viviana pudiera hacer eso o detenerse en el arcén para ver qué era lo que ocurría, esta vez el impacto fue mucho más fuerte. La camioneta arrolló el auto con gran facilidad varios metros, hasta que las hizo caer a una zanja en donde el coche se estrelló y quedó como si solo se tratase de una lata vieja.

Capítulo 15

Genoveva despertó dolorida, sobre todo algo le hacía presión en la pierna izquierda, cuyo punzante dolor le advertía que no se moviera mucho o se intensificaría aún más. Abrió y cerró los ojos varias veces para enfocar su vista. No sabía dónde se encontraba, pero luego de unos segundos recordó lo que había sucedido.

La camioneta que las había chocado era la de Irene, era la misma que se había paseado en más de una ocasión en la calle frente a la casa de Ana y Cristal y, aunque se le había parecido a la de la alumna de Viviana, no pensó que sería realmente la de Irene, hasta que la vio con sus propios ojos conduciendo la camioneta en contra de ellas, hasta hacerlas caer en un barranco.

Una vez consciente de esto, buscó con la vista a Viviana. Esperaba que estuviera en mejores condiciones que ella, pero no fue así. Estaba inconsciente y su blusa estaba empapada de sangre, la cual escurría por su cuello. El corazón de Genoveva se agitó, intentó moverse, pero la bolsa de aire y la pierna se lo impidieron.

— ¡Vivi! ¿Puedes oírme? ¡Despierta!

Como pudo, liberó el brazo izquierdo que estaba próximo a Viviana y lo llevó hasta su rostro para moverla, pero no obtuvo ninguna respuesta. Era como si estuviera muerta y aquella idea la aterrorizó, comenzando a llorar.

—Les dije que me las pagarían. Si Viviana no es mía, no puede ser de nadie.

Antes de que Genoveva intentara buscar su celular en alguna parte del auto, se percató de que ya habían comenzado a llegar personas. Sin embargo, no podía vislumbrarlas bien, era como si de repente su capacidad visual hubiera menguado o eran sus lágrimas que no la dejaban ver ni escuchar con claridad. No obstante, poco después, perdió la conciencia.

Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró con Ana y creyó por un momento que aún estaba en casa de su amiga, hasta que el rostro de preocupación de su amiga le hizo darse cuenta de que lo que estaba viviendo no era más que la pura realidad.

—Tranquila — le dijo Ana colocando sus manos suavemente en uno de sus brazos —. Viviana está bien.

— ¿De verdad?

—Sí.

—No me mientes, ¿verdad? Porque, si es así, no te lo perdonaré.

Ana se quedó callada mirándola a los ojos. Aunque se había tranquilizado momentáneamente, su corazón volvió a ponerse inquieto y la angustia se transformó en un nudo en la garganta.

— ¿Qué le ha sucedido? Porque ella no despertó, yo sí lo hice, pero ella no y salía sangre de alguna parte de su cabeza — habló rápidamente, perdiendo el control.

—Está en coma inducido. La han sometido a una cirugía y están esperando a ver cuál será su respuesta en las próximas horas cuando despierte. Había un coagulo de sangre en su cabeza.

Genoveva no pudo evitar ponerse a llorar y Ana la consoló.

—Estará bien, pero te has puesto a llorar por ella y ni siquiera sabes lo que te ha pasado a ti.

—Supongo que me rompí la pierna.

—En tres partes y han tenido que unírtela con clavos y tornillos.

Genoveva bajó la mirada y se encontró con su pierna inmovilizada por unos fierros que atravesaban su piel. Le dolía como el demonio, pero se sentía aliviada de estar con vida y de que Viviana no había muerto

—Yo vi a la persona que nos chocó apropósito — dijo Genoveva con voz alterada —. Fue ella, fue Irene, que con su cara de inocente nos hizo creer que no era capaz de matar ni una mosca y mira lo que le ha hecho a la mujer de la que dice estar enamorada.

—Ya la han detenido.

— ¡¿Qué?! ¿Cuándo?

—Ayer lo hicieron. Alguien grabó con su celular lo que hizo y en él se mostraba el modelo de la camioneta y el número de placas. La muy estúpida regresó a su casa como si no hubiera hecho nada malo y cuando la llevaron para tomar su declaración parecía bastante trastornada. Al final, terminó declarando todo lo que había hecho y qué fue lo que la motivó a hacerlo. Ella mató a la gata, te echó a perder las llantas y era ella la que dejaba las notas en donde llamaba mentirosa a Viviana para que tú la dejaras y así tener el camino libre. Dijo que llevaba tiempo espiándolas. Era tan buena acechándolas que se había acercado a ustedes sin que se dieran cuenta, así que escuchaba a menudo sus conversaciones. Por eso es que sabía cosas tanto tuyas como de Viviana.

— ¡Dios mío! Yo no la creí capaz de eso, su rostro era tan inocente y no.... no parecía capaz de hacer algo como lo que había hecho.

—Limerencia, eso fue lo que dijeron según padece para restarle gravedad al asunto. Por lo que logre investigar en Google, es que las personas con este padecimiento no se comportan de una manera tan agresiva. Esta chica estaba obsesionada. No solo se trata de limerencia. Tras navegar un rato en internet, las personas con la condición de Irene pueden llegar a hacerse daño a sí mismas o a la otra persona por la que han dejado caer su fijación.

— ¡Dios mío! ¿Dónde se encuentra Irene ahora?

—Está bajo custodia por el momento, a la espera de que los especialistas terminen de analizar su situación, si va a la cárcel o va a terapia, pero me temo que será lo segundo. Sus padres tienen mucho dinero y por lo que escuché, van a ofrecerles una jugosa indemnización por los daños causados.

—Pues están muy equivocados si creen que vamos a aceptar su cochino dinero — dijo levantando la voz y le dolió todo el cuerpo —. Su hija está loca y su intención era matarnos. Viviana está en coma por su culpa.

—Lo sé, pero ellos...

—Son ricos y hacen del mundo un pañuelo — dijo con tristeza.

—Como te imaginarás, evitarán a toda costa que su hija vaya a prisión.

Genoveva estaba que le hervía la sangre de la impotencia de no poder hacer nada, pero gracias a los sedantes, luego de su exaltación y coraje, se quedó dormida. Cuando volvió a despertar, Francisca estaba en la habitación. No tenía buen aspecto, aun así, le sonrió y

Genoveva intento devolvérsela, aunque lo que le salió fue un puchero el cual terminó en llanto.

— ¿Viviana está bien? ¿Cómo está? — le preguntó Genoveva con el alma en un vilo, pensando lo peor.

— Dicen que está bien, que va evolucionando y que quizás mañana despierte. Ruego para que todo salga bien y no tenga ningún daño.

— ¿Qué sabe de la desquiciada que nos atacó?

— No sé mucho, pero según lo que José me ha dicho, es que probablemente la dejen libre y bajo tratamiento psicológico.

— ¿Solo eso?

— Sí, argumentan sus abogados y doctores que la chica tiene un problema mental no tan grave.

— No puedo creerlo.

Genoveva estaba inquieta en su cama, la pierna le dolía horrible y quería ir a la habitación en donde seguramente yacía Viviana inconsciente todavía. Las horas le pasaban lentamente y le había dicho a Ana que no era necesario que se quedara con ella, ya le había dado bastantes problemas al sacarla de su casa.

Genoveva estaba acostumbrada a pasar la mayor parte de las situaciones de su vida en solitario. Aunque sus amigas estuvieran allí, solo era por ratos, la mayor parte del tiempo afrontaba sus miedos y sus demonios sola y ese no iba a hacer la excepción.

— ¿Cómo te sientes? — le preguntó Francisca a Genoveva en su segunda visita.

— Adolorida y desesperada. ¿Cómo está Vivi?

— Mejor, pero no despierta. Dicen que lo hará mañana, antier dijeron que ayer y hoy sigue igual.

Las dos mujeres se pusieron a llorar y Francisca se sintió culpable de no poder evitarlo, pues había ido con la intención de darle ánimos y apoyo a su nuera, y terminaban plañendo las dos.

— No hay que llorar — dijo Francisca tratando de calmar y calmarse —. Mi hija es fuerte y sé que va a despertar.

— Por supuesto que lo hará.

Para alegría de todos, Viviana despertó ese mismo día por la tarde. Abrió un momento los ojos para luego volver a dormirse, pero había reaccionado a los estímulos y todo indicaba que estaba bien y no había ningún daño cerebral.

Genoveva fue dada de alta el mismo día en que Viviana abrió los ojos y antes de irse a casa con ayuda de Ana, fue hasta la habitación de su amada para verla. Lo primero que le causó impresión fue el que le raparan todo el pelo de la cabeza y que su rostro estuviera un tanto hinchado, aun así, se alegró de verla y tenerla con vida. Era todo un caso, pero la amaba y Genoveva no estaba muy segura de volver a soportar otra pérdida.

— ¿Segura que estarás bien sola? Deberías venir con nosotras — le dijo Ana mientras la dejaba sentada en la sala.

— Eso sería dar molestias y no creo que tenga problemas en arreglármelas yo sola.

— ¿Cómo vas a subir a tu habitación? O, ¿quién te ayudará a bañarte? Acuérdate que dijo el doctor que debes de cuidarte.

— Te recuerdo que este es un sofá-cama y hay un baño aquí abajo. Tengo todo lo necesario.

— Tal vez, pero vas a necesitar ayuda. Yo me quedaré contigo esta noche y mañana. Aunque no quieras, voy a buscar a alguien que te ayude.

—No es necesario, yo puedo sola.

Ana se le quedó mirando con los brazos en jarra.

—Genoveva, sé que eres una mujer fuerte y que has vencido cada uno de los problemas que has tenido en tu vida, pero esta vez no vas a poder sola. No puedes mover demasiado esa pierna y tampoco puedes permanecer mucho tiempo de pie.

—No voy a estar de pie, te lo prometo.

—Buscaré a una persona que te ayude y eso no está en discusión,

—Ana....

—Ana nada — dijo buscando en su celular algunos contactos.

—No puedo permitírmelo, sabes que estoy pagando la deuda del dinero que pedí para esta casa y pasará un buen tiempo para que me quiten esto.

—Entiendo, pero que no se te olvide que van a pagarte los daños. Así que no tienes excusa.

—No estoy de acuerdo con eso.

—Pues lo tendrás que estar, porque ellos nunca dejarán que vaya su hija a la cárcel y tú vas a pasar un buen tiempo con esos clavos y tornillos. Lo mejor que puedes hacer, nos guste o no, es aceptar el arreglo.

Le gustase o no, Ana tenía la razón. Ella tendría que pasar de dos a tres meses con la pierna inmovilizada y no se podía dar el lujo de rechazar el pago de daños. Por mucho que quisiera justicia, sabía que no iba a obtener la que quería.

Días más tarde, Viviana fue dada de alta y estaba desesperada por ver a Genoveva, a la cual no había visto desde que cayera inconsciente, siendo Francisca la que le llevara noticias de su novia. Por eso se alegró al punto de las lágrimas cuando vio a Genoveva esperándola sentada en una silla de ruedas, con un ramo entre las manos lleno de gomitas, semejando a uno de flores. A pesar de las lágrimas, en sus labios se dibujó una sonrisa y con pasos lentos y vacilantes, se acercó a donde Genoveva la esperaba y la abrazó. Se abrazaron.

—Pensé que no te volvería a ver — sollozó Genoveva.

—Te quiero — soltó Viviana, debía confesarlo de una vez, antes de que fuera demasiado tarde y nunca pudiera decirlo.

—Yo también te quiero — y sin importarles que tuvieran espectadores, se besaron dulcemente.

Genoveva entregó el presente a Viviana y esta sonrió al ver que era un ramo comestible. Luego no le gustó mucho saber que la mujer que estaba a unos pasos de ella y que nunca había visto, era la que se encargaba de ayudar a Genoveva, pero comprendió que su novia no podía hacer muchas cosas sin ayuda por el momento.

Como era de esperarse, Irene salió bien librada de todo mal. Sus padres eran ricos y con contactos en todos lados, así que la declararon casi inocente, mandándola a terapia para que se recuperara pronto. No obstante, tuvieron que pagar los daños y una indemnización a Viviana y a

Genoveva, que estaban enojadas y frustradas por el resultado de la supuesta justicia. Aunque por consejo de su abogado, les sugirió que aceptaran el dinero que los padres de Irene les otorgaban por los perjuicios ocasionados, ya que, si Irene iba a la cárcel, la joven quedaría libre pagando una considerable multa.

— ¡No puedo creerlo! — exclamó Genoveva —. Esa estúpida niña casi nos mata y lo único que hacen es darnos dinero. No hay justicia para nosotras, pero si fueran ellos, ya nos hubieran enterrando vivas.

Viviana estaba tan enojada como Genoveva, pero no había nada que hacer. Las leyes eran tan retorcidas como la cabeza de Irene, aunque, por otro lado, sabía que Genoveva iba a necesitar de ese dinero.

—No hagas coraje.

— ¡No puedo creer que estés tan tranquila! Sobre todo, tú, que estuviste medio muerta por su culpa.

—Hay un dios que todo lo ve, que no se te olvide, y todo lo que se hace aquí se paga.

— ¿De verdad vas a esperar la justicia divina?

—Es la más justa y más perfecta que hay.

Genoveva lo escuchaba y no lo creía. Desde que la conocía y visitaba su casa, nunca se había dignado a acompañar a Francisca a misa y ahora le salía con aquello. Sin duda, Viviana la dejaba muchas veces perpleja.

Genoveva aún no se movía tan libremente, pero Viviana se había mudado con ella inesperadamente una mañana en la que el médico le dio de alta diciendo que podía hacer su vida normal. Así que una tarde llegó a casa de Genoveva con sus gatos y cosas imprescindibles. Genoveva no preguntó, ni dijo nada. Esa mañana simplemente se había despedido de la mujer que la había ayudado por un mes y ahora entendía el porqué.

—Vengo a quedarme contigo — anunció sentándose al lado de Genoveva y mirándola a los ojos —. No te molesta, ¿verdad?

—Ni lo más mínimo — respondió, sosteniéndole la mirada.

A Genoveva aún le costaba acostumbrarse a la mujer de cabello corto que tenía delante de ella. Si bien sabía que era la misma, el cabello corto le hacía verse distinta y le costaba decidirse si le gustaba más así o con el cabello cayendo a sus hombros. Solo que, con el pelo corto, se notaba la parte en la que había sido la cirugía y ver la cicatriz no le agradaba porque le recordaba lo vivido.

—Pienso ayudarte yo, en lo que te libras de esos fierros.

—Me parece bien.

—Lo que no me parece es que vayas a dar clases, creo que deberías guardar más reposo.

—Lo mismo digo de ti.

—El doctor me ha dado de alta. Además, no es que me esfuerce mucho dando clases.

—Pues lo mismo, yo puedo permanecer sentada mientras doy la clase. Sabes que no puedo permitirme tanto tiempo de no trabajar.

—Tienes el dinero de la indemnización — le recordó Viviana.

—Tengo que pagar la deuda con el banco y si me quedo sin trabajo ¿Qué hago después?

—Puedo liquidar tu deuda.

— ¿Por qué siempre intentas pagar mis cuentas?

Se miraron a los ojos y Viviana no dijo nada, ambas se limitaron a guardar silencio mientras se sostenían la mirada.

—Porque quiero. Porque me da la gana hacerlo. Porque te quiero y porque podríamos

compartir este techo juntas si me soportas a mí con dos gatos y yo a ti con una pierna rota y con todo lo demás que venga.

Genoveva quería decirle que la verdadera razón para hacerlo era porque la amaba, pero no lo decía porque le daba vergüenza y aunque ella quería soltar este comentario a modo de broma, se lo calló. De decirlo, no estaba segura de cuál sería la reacción de Viviana, probablemente se enojaría y se iría, y por supuesto que ella no deseaba eso. Estaba más que contenta de estar las veinticuatro horas del día con Viviana, compartiendo techo y gatos.

—Es un gesto muy noble de tu parte, pero no quiero parecer una aprovechada — le respondió tranquilamente al escuchar que Viviana se había exaltado un poco, descubriendo que era solo una muestra de miedo al mostrar lo que sentía —. Tus padres podrían pensar que me estoy aprovechando de ti.

—Mis padres no tienen por qué saberlo y es mi dinero.

—Aun así, es aburrido estar en casa todo el día. Iré a trabajar — dijo firmemente para que Viviana no tuviera nada que objetar.

Para el lunes, Viviana se había despertado muy temprano para alistarse ella y a Genoveva para ir al trabajo. Una vez que la hubo vestido con una enorme falda larga muy amplia. Estaba feliz y satisfecha de que no mostrara las piernas. El sábado por la tarde se había ido de compras ella sola y estuvo de vuelta en una hora con un rostro tan exultante y feliz que Genoveva sintió que le lastimaba tanta alegría y ahora que se encontraba vestida con una larga enagua, entendía por qué Viviana había estado tan contenta y satisfecha con su compra.

—No me mires así — le dijo Viviana cuando le entregaba la taza de café —. ¿Creías que te iba a comprar algunos diminutos pantalones cortos para ir a dar clases?

—No, pero pensé que al menos pensarías en pantalones amplios de tela de vestir o algo así.

—Es más complicado, las faldas son mucho más simples y sencillas de poner.

—Me siento como si estuviera desnuda.

—No lo estás y te ves muy guapa.

Una vez en la universidad, Irene miró a lo lejos como Viviana ayudaba a salir del coche a Genoveva y la ayudaba a sentarse en la silla de ruedas y la llevaba hasta las rampas. La escena le hizo hervir la sangre en las venas, experimentando unas ganas enormes de hacer pedazos a Viviana del mismo modo en que lo hizo con su gata. La odiaba porque no era a ella a quien le prodigaba esos cuidados, ni la miraba de la forma en que miraba a Genoveva.

La hora que Viviana no deseaba llegó y, por primera vez desde lo ocurrido, se encontró de nuevo con Irene, quien la miró de manera triunfante. En sus labios se dibujó una sonrisa burlona y en sus ojos vislumbró la ira y el odio en contra de ella.

Viviana no había sentido tanto odio hacia Irene hasta ahora, que la miraba entrar al salón, haciéndole ver que su vida y la de Genoveva no valían nada para ella. Con la rabia enroscada en todo su ser y con unas ganas enormes de gritarle a aquella jovencita de rostro inocente lo que sentía por ella. Pero se lo quedó todo para sí misma. Así que se tragó su ira y coraje, para dar inicio las clases.

Viviana fue por Genoveva al salón para llevarla al coche. Pese a que le prometieran el que Irene no volvería a meterse con ellas, Viviana no estaba muy confiada de ello. Tenía muy claro que Irene era una niña rica abandonada del cuidado y atención de sus padres, una joven acostumbrada a tener lo que quería y cuando quería.

Genoveva se percató de inmediato del estado de ánimo de Viviana. Otras veces en que iba a ayudarle estaba de buen humor, pero, en ese momento, parecía enojada. No le preguntó

nada y solo se dejó llevar por ella. Una vez sentadas dentro del auto, inesperadamente, Viviana se puso a llorar mientras apretaba el volante con todas sus fuerzas.

— ¿Qué pasa, Viviana? — inquirió Genoveva preocupada colocando la mano en su brazo —. ¿Por qué lloras?

—Lloro de coraje, de rabia, de impotencia.

— ¿Es por Irene?

— ¡La odio! — manifestó Viviana con todo el rencor que nacía de su corazón y Genoveva se preocupó al escuchar la manera en que su novia se expresaba —. Hoy en cuanto la vi, tuve tantas ganas de hacerle pagar por lo que te hizo, lo de Fresa, por todo. Nunca en mi vida había deseado ver a nadie muerto como a ella y sé que eso está mal, pero no puedo evitarlo. La muy.... todavía se burló en mi cara.

—Lo hace solo para molestarte — dijo Genoveva con voz tranquilizadora —. Si sigues así, te va a explotar la vesícula. ¿Qué pasó del castigo divino para ella? Acuérdate que me dijiste que hay un dios que todo lo ve.

—Sí y se ha tardado mucho en hacernos justicia.

—Por favor, Vivi. No te atormentes más, sabes que no vamos a resolver nada.

Viviana aflojó su agarre y buscó refugio en Genoveva, que la abrazó y la consoló un buen rato hasta que dejó de llorar y se tranquilizó.

—Lo siento — se disculpó Viviana cuando se apartó del regazo de Genoveva.

—No lo sientas, creo te hacía falta desahogarte. Crees que no sé que te habías estado haciendo la dura por tus padres y por mí. Si no nos apoyamos la una en la otra, ¿cómo esperas que tengamos un buen matrimonio?

— ¿Quieres casarte conmigo?

— ¿Tú no quieres casarte conmigo?

—Por supuesto que sí.

Capítulo 16

Viviana se fue mudando poco a poco a casa de Genoveva y sus padres solo miraban su acarreo hormiga y no decían nada. Solo la veían feliz y lo estuvo mucho más cuando a Genoveva le retiraron los clavos y tornillos de la pierna.

— ¡Por fin puedo moverme libremente! — se expresó Genoveva apoyando cuidadosamente su pierna.

—Sí, pero debes de tener cuidado aún.

—Lo sé. No vas a irte, ¿verdad? — preguntó a Viviana, pues ya no tenía una excusa para que continuara en su casa, aunque ya hubiera un montón de sus cosas en su hogar, no deseaba que volviera con sus padres.

— ¿Quieres que me quede?

— ¿Por qué has de irte? Si ya hemos estado más de un mes bajo el mismo techo, compartiendo cama y nuestros dramas. Quiero que te quedes.

—Igual no pensaba irme. Pin, Pon y yo nos hemos acostumbrado aquí — respondió con una sonrisa en la cual dejaba ver que solo había puesto a sufrir a Genoveva por algo que ya tenía claro.

— Querías que te rogara, ¿verdad? — preguntó indignada.

—No, solo deseaba escucharte decir que querías que me quedara.

—No puedo creerlo. No te soporto a veces, ¿sabes?

—Pero es menos que más.

—A parte, descarada.

Viviana comenzó a sentirse menos enojada y frustrada con la situación al ver que Genoveva podía moverse sin esos fierros atravesando sus huesos y su piel. Se sentía menos culpable. La verdad es que Viviana se sentía culpable de los acontecimientos, pensaba que quizás debió haber rechazado los cafés y las golosinas que Irene le daba desde aquel primer momento y tal vez de ese modo hubiera evitado que su alumna llegara a obsesionarse con ella de ese modo tan enfermizo.

Sin embargo, para Irene ver que su amada profesora de historia y la de literatura se amaban y ya no ocultaban su relación, llevándola a sentir una rabia enorme. Verlas cada día era como si ellas dos se burlaran de ella por ser mejores y, aunque sus padres y abogados le pidieron encarecidamente que no volviera a meterse en problemas, para Irene le fue imposible mantenerse al margen, pues comenzó a seguir las nuevamente en el auto nuevo que sus padres le compraron tras chocar la camioneta con el coche de Genoveva.

Para más irritación, descubrió que vivían juntas y el medicamento que debía tomarse todos los días por las mañanas antes de ir a la escuela, lo sacaba de su boca luego de engañar a sus padres de que se lo había tomado obedientemente. Irene se decía que estaba bien, que los que estaban equivocados eran los demás y no ella, mientras pensaba que su única manera de estar tranquila y en paz, era deshacerse de Viviana, la causante de todo su dolor y su sufrimiento.

Mientras Irene se estrujaba los sesos para hacer pagar a Viviana su rechazo y engaño, Genoveva estaba en vista de anillos de compromiso. Desde que se viera libre de los cuidados de Viviana y dejara de usar aquellas faldas largas, por su mente pasó el comprometerse una segunda vez, aunque esta vez era distinto y confiaba en que esta ocasión no se iba a equivocar.

Por eso es que recurrió una noche del viernes con Francisca, para que le pidiera a Viviana

que se quedara con ella y, de ese modo, Genoveva poder ir sola a elegir el anillo. Antes, nunca habría imaginado que Viviana y ella no se despegarían ni un segundo, pero ahora, no hacer las cosas juntas como comprar una argolla de compromiso le resultaba un tanto difícil y no quería decirle la razón por la que deseaba ir sola de compras, Genoveva quería darle una sorpresa cuando le propusiera matrimonio.

—Solo necesito que la tenga con usted un rato, de otro modo no podré darle la sorpresa — le explicó a su suegra.

—Entiendo, le diré que me siento mal y no se va a negar a quedarse conmigo.

—Muchas gracias — manifestó con una gran sonrisa.

—De nada.

— ¿Qué le decías a mi mamá? — le preguntó Viviana cuando Genoveva regresaba a su lado para volver a casa —. Espero que no hayas ido a darle quejas de mí.

— ¡Cómo se te ocurre!

Estaban terminando de tomar el desayuno para ir a hacer las compras, cuando el celular de Viviana comenzó a sonar. Tal y como lo esperaba, una vez que Francisca se reportó como enferma, Viviana descartó ir con Genoveva de compras y apenas librarse de la cocina, se fue a casa de sus padres.

A Genoveva no le gustaba mentirle, mucho menos haber involucrado a su suegra para urdir aquel pequeño teatro, pero de otra forma no hubiera podido comprar un anillo y dar la sorpresa. Se hizo de la despena lo más rápido que pudo, para inmediatamente dirigirse a una joyería. Ahora, por su experiencia, sabía que no hacía falta tantos quilates ni piedras preciosas para demostrar el verdadero amor. Con Viviana valía cualquier pequeño detalle y la cosa más sencilla para demostrar sus sentimientos.

Aunque deseó dárselo ese mismo día, una vez que regresó de las compras, como era de esperarse, se quedó a comer en casa de sus suegros y la tarde se le pasó volando, razón por la que ya no pudo hacer el almuerzo que había planeado para darle el anillo a Viviana. Al oscurecer, cuando llegaban a su casa, Ana y familia llegaron a visitarlas, haciendo que la propuesta de matrimonio se retrasara un día más.

— ¿Qué te pasa? — le preguntó Viviana por la noche cuando se encontraba a solas en su habitación a punto de acostarse —. Parece que no estás muy contenta con la visita de Ana y Cris.

—No es eso — respondió entrando a la cama —. Me alegra que hayan venido.

—¿Pero? — dijo Viviana, acurrucándose a su lado.

—Pero tenía otros planes para mañana.

— ¿Cómo qué?

—Si te digo, no será sorpresa.

—O sea, que por eso mi madre me mintió diciendo que se sentía mal, para que yo me quedara con ella y tú te fueras sola.

—No me digas nada, que antes ni querías ir conmigo de compras.

—Ya veo que cambian las cosas. Antes le rogabas a mi madre para que fuera contigo y ahora le ruegas para que me quede con ella — fingió indignarse.

—No seas dramática, fue solo por hoy — dijo abrazándola y dándole un beso en la frente —. El lunes, espero, te daré mi sorpresa.

— ¿A qué hora me darás mi sorpresa? — le preguntó Viviana a Genoveva mientras bebían café en la cocina, ya listas para ir a trabajar.

— ¡Dios! ¡Qué desesperada! Ahora entiendo por qué estuviste tan inquieta anoche.

—Pues podrías haberme evitado eso si me hubieras dado la sorpresa ayer por la noche.

—No se pudo. Pero hoy haré la cena y, después de cenar, te daré tu sorpresa.

Viviana puso los ojos en blanco y Genoveva sonrió ante aquel gesto de disgusto ya conocido por la mujer que tenía delante de ella. Una vez lavarse los dientes, se dirigieron a la universidad, en donde el día a Viviana se le hizo eterno, mientras en sus ratos libres pensaba en qué era eso que Genoveva le daría.

Genoveva había escondido el anillo en la guantera del auto del coche de Viviana, sabía que era el único lugar seguro en que ella ni siquiera se imaginaría que escondía su sorpresa, ya que nunca se metía con esa parte del auto, siendo esa la razón por la cual decidió ocultarlo ahí.

Una vez en casa, Genoveva se quitó los zapatos y se fue descalza directamente a la cocina y se colocó el delantal. Mientras que Viviana recogió sus zapatos y los llevó a la habitación, poco después bajó con las sandalias de Genoveva en la mano.

— ¿Cuántas veces te he dicho que no hagas eso? — dijo, dejándolas junto a su amada.

—Muchas, pero pierdo tiempo en ir a la habitación en ir por ellas.

—Sí y para ti es más fácil que vaya yo, ¿no?

—Yo no te pido que las traigas, lo haces porque quieres. Así como también te encanta que yo cocine cuando regresamos de la universidad y no lo hago porque me lo pidas, lo hago porque quiero.

—No te enojas — la abrazó por la espalda y le dejó un beso en la mejilla.

— ¡Pues no te quejes! — y le dio un golpe en el muslo.

Cuando llegaron a casa esa noche, Genoveva se las arregló para bajar poco después que Viviana del coche y de ese modo poder sacar el anillo de la guantera, esconderlo justo en medio de sus pechos y allí se quedara el tiempo necesario, hasta que llegara el momento de pedirle que fuera su esposa.

— ¡Lasaña! Se me hace agua la boca — exclamó Viviana cuando Genoveva le sirvió —. Por eso te amo.

— ¿Solo porque cocino lo que te gusta?

—Por eso y otras razones — respondió mirándola a los ojos dejando ver su verdad en ellos.

Ambas se sonrieron y Viviana la besó en los labios. Tras el beso, Genoveva se sirvió y tomó asiento junto a ella.

— ¿Qué tal me ha quedado?

— ¡Deliciosa! — dijo, con la boca llena.

Genoveva agradeció el que Viviana se hubiera quedado tranquila todo el tiempo en que estuvo cocinando y ahora que cenaban, se hallaba igual, totalmente entregada a la lasaña. Sabía que Viviana amaba comer y, aunque no eran de cenar mucho por las noches, a veces, se daban el lujo de comer algo distinto. Sin embargo, aquella noche era especial.

Habían terminado de cenar y antes de que Viviana comenzara a levantar los platos sucios, Genoveva sacó la cajita que contenía el anillo de entre su pecho. Había pensado muchas maneras de hacerlo antes de que Viviana se levantara de la mesa, pero, como siempre, la profesora de historia era mucho más rápida, así que tomó una mano de Viviana entre las suyas y preguntó:

— ¿Te gustaría casarte conmigo?

Viviana la miró entre sonriente y divertida, al tiempo que miraba la otra mano de

Genoveva en la cual apretaba con fuerza la caja en la que se encontraba el anillo.

—Sí.

Soltando el aire, sin siquiera haberse dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración, Genoveva sonrió feliz y con manos temblorosas por la emoción, abrió la caja y le colocó el anillo a Viviana.

—Ahora estamos comprometidas — dijo Genoveva y, antes de que pudiera decir más, fue atrapada en un beso apasionado por parte de Viviana.

—Acepto casarme si me prometes cocinar más lasaña — dijo a modo de broma.

—Lo haré si tú prometes traerme las sandalias.

—Lo prometo.

Al día siguiente, Viviana llegó a la universidad luciendo su anillo de compromiso, el cual le había encantado, dado a que no era demasiado ostentoso ni llamativo. Genoveva había tenido el buen gusto de saber escoger. Casi nadie se percató de la argolla que descansaba sobre su dedo anular, excepto Irene, ella sí que se dio cuenta de la delicada joya que su maestra portaba. Para Irene era imposible no observarla cuidadosamente de pies a cabeza y, aunque Viviana se diera cuenta de lo que hacía, no podía hacer nada. No obstante, esa mañana, de manera maliciosa, dejó que viera su argolla de compromiso. Luego de asegurarse de que su alumna la había visto, Viviana la miró a los ojos e Irene, en lugar de sentarse en su asiento de siempre, lo que hizo fue salir del salón hecha una furia.

Viviana comenzó la clase y minutos después de que la iniciara, Irene apareció asomando únicamente la cabeza por la puerta del aula. Viviana intentó ignorarla, pero el alumnado ya la había visto, razón por la que los ojos de sus estudiantes se posaron en ella, esperando a que preguntara que le sucedía.

— ¿Sucede algo, Irene? — le preguntó Viviana mirándola.

— ¿Puede venir un momento, por favor?

Viviana se dio cuenta de que Irene había estado llorando, tenía los ojos rojos al igual que la nariz. Sentía que no podía más con la situación, así que decidió en ese instante dejar la universidad para ir a otra, ya no podía seguir allí con aquella chica poniéndole los nervios de punta.

En cuanto Viviana cruzó la puerta del aula, se percató de que Irene llevaba las manos detrás de la espalda y se puso en alerta. No debía confiarse de ella, aunque estaban en la universidad, no sabía hasta qué punto Irene era capaz de hacer daño.

— ¿Qué pasa? — inquirió Viviana.

— ¡Que te odio!

— ¿Para esto me sacaste de la clase? Si no quieres tomarla, no lo hagas y deja de molestarme con estupideces — susurró para que no la escucharan.

—La que va a dejar de molestarme eres tú.

Irene por fin mostró sus manos, evidenciando la razón del porqué las había ocultado detrás de su espalda. Su mano derecha aferraba un cuchillo, con el cual alcanzó a herir a Viviana en un brazo, quien afortunadamente se dio cuenta de lo Irene pretendía hacer. La herida comenzó a sangrar de inmediato y algunos cuantos alumnos del salón se dieron cuenta de lo que Irene hizo, así como también vieron el cómo Viviana echó a correr con Irene detrás de ella amenazando con matarla.

Genoveva se encontraba dando clases, cuando miró de reojo lo que le pareció ver la figura de Viviana corriendo por el pasillo con alguien detrás, pero continuó su clase sin prestar atención a lo que ocurría allá fuera.

Mientras que Viviana corría para intentar llegar a la planta baja de la universidad para encontrar a los guardias de seguridad y le ayudaran a quitarse de encima a Irene, pues no quería tener más problemas con ella, su familia y las autoridades.

Irene no podía creer que aquella mujer, mucho mayor que ella, corriera mucho más rápido. La había subestimado.

Cuando Viviana e Irene estaban por llegar a las escaleras, Genoveva y los demás profesores se enteraban de lo que estaba ocurriendo, decidiendo llamar de inmediato a la policía.

Viviana había terminado de bajar el último peldaño, cuando escuchó un ruido sordo proveniente de las escaleras. Al volverse, vio la insensatez de la joven al correr con el cuchillo en mano. Cuando la trayectoria de Irene rodando por las escaleras se detuvo, Viviana observó que el cuchillo se había clavado en su abdomen hasta el fondo, haciéndola sangrar profusamente, además de que se encontraba inconsciente.

Genoveva, junto con los demás, miró desde arriba la manera en que Irene había terminado al final de las escaleras y, justo en ese momento, se acordaba de la justicia divina que había dicho Viviana, a quien miró y descubrió que sangraba de uno de sus brazos. Asustada, descendió por la rampa que había para las personas discapacitadas y llegó hasta ella.

—Estoy bien — le dijo Viviana cuando vio la angustia en el rostro de Genoveva —. Es solo una pequeña herida en el brazo.

La pequeña herida de Viviana iniciaba en el codo y terminaba en la muñeca, continuaba sangrando y su cara estaba tan blanca, que Genoveva temía que se desmayara en cualquier momento, sin saber realmente si era por la pérdida de sangre o por el susto que la loca de Irene le había dado.

Genoveva no dijo nada y la sostuvo cuando las piernas de Viviana comenzaron a fallarle. Por suerte, para ese momento habían llegado más profesores a la escena y ayudaron a Genoveva a llevar a Viviana a tomar asiento en lo que llegaba una ambulancia a ofrecer los primeros auxilios.

Las clases fueron suspendidas. Por desgracia, Irene había muerto para cuando llegaron los primeros auxilios. Poco habían podido hacer para detener la sangre que salía del cuerpo maltrecho de la joven. Mientras que Viviana, fue llevada en la ambulancia para recibir una transfusión y algunos puntos de sutura, para, más tarde, dar su declaración a la policía.

Aunque Viviana le había pedido a Genoveva que no le dijera nada a sus padres de lo ocurrido, con las noticias en las redes sociales y medios de comunicación, fue imposible que lo sucedido se mantuviera ajeno a ellos. Por eso, apenas fue libre de todo aquel jaleo, en lugar de ir a casa con Genoveva, se dirigió a la de sus padres, para narrarles de viva voz lo acontecido.

— ¿Tienes hambre? — le preguntó Genoveva una vez que estuvieron en casa.

—No.

—Pero no has comido nada.

—Tú tampoco.

—Lo sé y debemos hacerlo, sobre todo tú que tienes que tomarte algunas pastillas.

Genoveva estaba a punto de irse cuando Viviana la tomó de la mano y no la dejó irse. Ambas estaban de pie justo en la entrada de la puerta, Genoveva se giró y Viviana la envolvió en un fuerte abrazo que ella correspondió y, sin que se lo esperara, la mujer que hasta entonces se había mantenido fuerte se puso a llorar. Genoveva la sintió estremecerse y sintió que su corazón se contraía dentro de su pecho, experimentando el sufrimiento de Viviana.

—No quería que terminara de esa manera — sollozó.

—No fue tu culpa, ella sola fue quien se hizo eso.

—Aunque tuve miedo de que en verdad terminara con mi vida. La determinación e ira que había en sus ojos era aterradora.

—Pero no fuiste tú quien buscó su fin, ha sido ella y la justicia divina.

—No sé si eso fue algo venido del cielo. Si fue así, dios es muy cruel.

—Ya no tendremos que preocuparnos por esa niña, aunque es una pena que sus padres no hayan sabido prestarle atención y haya terminado de ese modo.

Epilogo

Tras un mes de planear su boda, Viviana y Genoveva se casaron una tarde en una ceremonia íntima con las personas más allegadas, unos cuantos colegas y alguno que otro vecino. La reunión se llevó a cabo en el patio trasero de la casa y las recién casadas estaban exultantes, que disfrutaron todo el tiempo que demoró la fiesta, la cual terminó entrada la noche.

Una vez a solas y de haber despedido a sus últimos invitados, se dirigieron a la cocina por un vaso de agua. Una vez saciaron su sed, Viviana se le quedó observando a Genoveva llena de fascinación.

— ¿Qué tengo? — preguntó Genoveva, sintiéndose nerviosa ante su intensa mirada.

— Que hoy exageraste de guapa — dijo y se acercó hasta ella sin dejar de verle a los ojos.

— Me pones nerviosa cuando me miras así — confesó mientras Viviana le rodeaba la cintura con los brazos y Genoveva posaba los suyos alrededor del cuello de su ahora esposa.

— ¿Por qué?

— Porque cuando lo haces de ese modo, sé que ya me estás haciendo cosas perversas en esa mente tuya.

— Pero yo no te escucho quejarte cuando lo llevo a cabo.

— Quien te mira con esa cara tuya, ni se imaginan lo que eres capaz de hacer.

— No es nada fuera del otro mundo — murmuró mientras merodeaba el cuello de Genoveva.

Viviana comenzó a deslizar sus manos por las caderas de Genoveva, después, empezó a levantar la suave tela de su vestido blanco de novia, para acariciar su suave piel.

— ¿Qué piensas hacer? — le preguntó Genoveva mientras su vestido iba siendo levantado lentamente.

— Demostrarte mi amor, amarte.

— Entonces, vamos arriba.

— Quiero hacerlo aquí.

— ¿En la cocina?

— No, en la encimera.

Ambas rieron por la ocurrencia, pero Genoveva no se opuso; no dijo ni sí, ni no, quién era ella para negarse a esa experiencia, además no había nadie, solo ellas dos y su amor flotando por toda la casa y recorriendo sus cuerpos como pequeñas hormiguitas, cosquilleándole por toda la anatomía.

Viviana desnudó a Genoveva y una vez que la tuvo como dios la trajo al mundo, completamente excitada por y para ella, la apretó contra su cuerpo, mientras sus dos manos se deslizaban por la espalda y se detenían hasta alcanzar los glúteos, los cuales, apretó suavemente y poco después la levantó hasta sentarla sobre la encimera.

Ella tan caliente y la encimera tan fría, provocaron que Genoveva se estremeciera y lo hizo aún más cuando la boca de Viviana se apropió de uno de sus senos y una de sus manos descendía peligrosamente por su abdomen, alcanzando su entrepierna ya cubierta por los fluidos de su excitación. Iba a protestar por el hecho de que Viviana aún siguiera vestida y ella desnuda, pero no le dio tiempo, porque de pronto sintió la boca de su ahora esposa en su sexo, besando los labios mayores y Genoveva, instintivamente, abrió aún más su compás para darle más acceso a todo lo que aquella boca podía darle.

Viviana ya podía escuchar la suave y agitada respiración de su mujer. Le encantaba la manera tan delicada en que gemía, para nada era escandalosa y no es que no lo disfrutara, lo hacía al máximo. Viviana se daba cuenta en lo abundante de sus fluidos antes y después de que alcanzaba el orgasmo.

Genoveva sintió la lengua de Viviana deslizarse por cada una de sus líneas y jugar un poco en la entrada de su vagina, pero luego la abandonó para posarse en el pequeño bulto erecto que pedía la liberación. Al primer roce, Genoveva llevó una de sus manos a la cabeza de Viviana y la instó a que no la abandonara, después se aferró a la encimera al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás y se dejaba inundar por las sensaciones que Viviana la estaba haciendo sentir.

Una vez que terminó, Viviana se levantó y Genoveva se apoyó en ella sin fuerzas. Viviana la rodeó con sus brazos, la volvió a tomar de las nalgas y la sujetó con fuerzas, comenzando a caminar con ella.

— ¿Qué haces? — le preguntó Genoveva.

—Llevarte a la habitación.

—Me vas a tumbar, más bien nos vamos a caer. ¡Bájame! — protestó.

— ¿No confías en mí?

—En ti sí, pero no en que tu fuerza sea la suficiente para llegar hasta el cuarto — dijo mirándola a los ojos.

Viviana había alcanzado casi las escaleras, pero era cierto, ya sus fuerzas se estaban yendo.

—Luego no digas que no soy romántica — manifestó dejándola en el suelo.

—Ve a buscar mi ropa — le pidió mientras le daba la espalda a Viviana y esta aprovechaba para darle una nalgada que sonó fuerte en la casa silenciosa y salió corriendo —. Me las vas a pagar cuando llegues a la habitación.

—De todas formas, tienes que pagarme el favor que te acabo de hacer.